

Miguel Á. Asiain

A photograph showing three people in winter clothing walking away from the camera on a vast, snow-covered field. They are silhouetted against a bright, low sun that creates long shadows and a shimmering reflection on the snow. In the background, a range of mountains is visible under a hazy sky. The overall mood is contemplative and serene.

**LA FIDELIDAD VOCACIONAL
ESCOLAPIA
UNA VIDA EN PROCESO**

MIGUEL Á. ASIAIN

**LA FIDELIDAD VOCACIONAL
ESCOLAPIA
UNA VIDA EN PROCESO**



Ediciones Calasancias - Madrid/Roma 2010

Colección Cuadernos

34

Autor: Miguel Á. Asiain



@ Publicaciones ICCE
Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación
José Picón, 7 - 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

ISBN: 978-84-7278-406-2

Depósito legal: M-1927-2010

Fotomecánica: Dextra Graphic

Imprime: Gráficas Tetuán

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Presentación	5
La fidelidad, un reto	7
Fidelidad ante los desafíos de la vida religiosa ...	29
Viviendo el seguimiento de Jesús en fidelidad ...	49
La fidelidad al crecimiento en comunidad	69
¿Somos fieles a la oración?	89
Fieles en la castidad	111
Fidelidad a la defensa del Instituto	133
Fidelidad a la voluntad de Dios	153
Fidelidad a la misión escolapia	171
Fidelidad a una vida en proceso	189

PRESENTACIÓN

Con el libro que tienes en tus manos, “*La fidelidad vocacional escolapia. Una vida en proceso*”, damos comienzo a una pequeña colección que irá viendo la luz, anualmente, a lo largo del sexenio 2009-2015. La iniciativa de esta publicación es de la Congregación General, que desea ofrecer al conjunto de las Escuelas Pías una sencilla aportación a la formación de los escolapios, centrada en la reflexión sobre los principales desafíos que hoy tiene planteada la Vida Religiosa, leídos e iluminados desde nuestras Constituciones y las de Calasanz.

Estos son los seis temas que nos hemos propuesto desarrollar:

- a) La fidelidad vocacional escolapia. Una vida en proceso.
- b) La oración que nos centra y nos fortalece.
- c) Centrados en Jesucristo.
- d) La pasión por la misión.
- e) La significatividad de nuestra vida.
- f) La revitalización de nuestra Orden.

Cada uno de ellos representa, sin duda, un aspecto central de nuestra vida escolapia. Seguro que podríamos habernos planteado algunos más, pero hemos querido dejarlos en seis, uno por año, pues se trata de una propuesta circunscrita al espacio propio del sexenio que la Orden nos ha encomendado.

El primero de estos libros se lo hemos pedido al P. Miguel Ángel Asiain. Aborda un tema sin duda central para nosotros. ¿Cómo podemos crecer en fidelidad vocacional, sabiendo que ésta, como toda experiencia cristiana, es a la vez don y tarea? ¿Qué significa para nosotros entender nuestra vida como un proceso, como un camino, como un itinerario en el que somos llamados a vivir siempre en autenticidad, pero desde circunstancias y momentos diversos? ¿Cómo iluminan nuestras Constituciones y las de San José de Calasanz este desafío?

Deseamos que este libro –y el conjunto de los seis– nos ayuden a todos a vivir con más autenticidad nuestra vocación y a testimoniarla con más claridad en los diversos contextos en los que vivimos y trabajamos. Agradecemos a Miguel Ángel su disponibilidad y trabajo al escribir este libro, y a todos y cada uno de los autores a los que les iremos pidiendo su colaboración para escribir los restantes.

Roma, 25 de enero de 2010

Conversión de S. Pablo

Pedro Aguado,
Padre General

LA FIDELIDAD, UN RETO

1. Pero ¿es posible ser fiel?

¿La fidelidad es una realidad, una ilusión o un fracaso constatable? Es fácil hacerse semejante pregunta ante las estadísticas que nos llegan de la misma Santa Sede. Según el diario vaticano “L’Osservatore Romano” en el año 2006 los religiosos católicos disminuyeron el 10% respecto al año anterior. Comparando el año 2000 con el 2007, según información aparecida en Zenit, el total de sacerdotes religiosos descendió un 2,73%, llegando a algo más de 135.000 en 2007.

Localizando el descenso de sacerdotes religiosos, el informe destaca su disminución además de en Europa y Oceanía, en el continente americano, donde han pasado de 45.000 en el año 2000 a menos de 42.000 en el 2007. Respecto a los religiosos profesos no sacerdotes, el estudio refleja un descenso de 55.057 en el año 2000 a 54.956 en el 2007.

Si nos fijamos en las religiosas, en ocho años el descenso fue de 800.000 en todo el mundo a

750.000. Casi el 42% de ellas residen en Europa y el 60% de éstas en Francia, España e Italia.

Cuando uno se enfrenta con estos números, y más con la vida que late detrás de ellos, los problemas que subyacen, los dolores soportados, los dramas tantas veces vividos, cuando uno ha conocido a algunas de estas personas que han pasado por su vida o han estado muy cerca y conoce la trayectoria que han recorrido, se pregunta ¿pero es posible la fidelidad? E incluso se lo aplica a su propia vida. Si otros han salido, ¿qué puede ocurrir en mi vida? Si otros no han logrado realizar el ideal que un día les llevó a entregar su vida con ilusión y voluntad, ¿qué me puede ocurrir a mí?

2. No todo lleva el mismo signo.

Es verdad, no todas las cifras son del mismo signo. Las mismas fuentes de las que están tomadas las estadísticas anteriores dicen que el total de sacerdotes diocesanos en el mundo ha crecido un 2,5, pasando de 265.781 en el año 2000 a 272.431 en el 2007. Por lo que se ve en los últimos años el número de sacerdotes diocesanos en el mundo ha evolucionado de manera divergente al de sacerdotes religiosos, creciendo el primero y disminuyendo el segundo.

Pero en cuanto pasamos a hablar de los seminaristas, nos encontramos con toda clase de hechos. Depende de los lugares a los que nos refiramos. Así, mientras la publicación “La Iglesia católica en

España. Estadísticas” dice que en 2001 había 1797 seminaristas en España y en 2006 sólo 1461, otros destacan el aumento de los mismos en Nigeria, República Dominicana, India, Filipinas y el impulso en algunos países del este como Polonia.

3. El pasado ya no vuelve

No obstante es claro que no vamos a volver en lo que respecta al número de vocaciones a situaciones anteriores. Es cierto que desconocemos los caminos del Señor. Si miramos hacia atrás, aunque eran tiempos diferentes de los nuestros, hacia el último tercio del siglo XVIII se contaban alrededor de 300.000 religiosos, mientras que a mediados del siglo siguiente quedaban sólo unos 80.000. Fue una fuerte crisis la que sufrió la Iglesia debido a diversas circunstancias: la Revolución francesa, las guerras napoleónicas, la revolución industrial y liberal. Algo semejante ocurrió durante la reforma protestante, y en este caso no se trató sólo de la salida de miembros de las Órdenes religiosas, sino también de la desaparición completa de algunas de ellas.

Hoy día basta fijarse en el número de entradas en la vida religiosa en algunos lugares y en el envejecimiento en muchas Órdenes y Congregaciones para poder afirmar que estamos atravesando de nuevo una crisis no menos importante que las anteriores y que en el futuro no vamos a ser tan cuantiosos como lo hemos sido en el pasado.

4. Pero, ¿por qué se van tantos?

Muchas son las causas que se podrían aducir. Señalemos algunas muy sencillas:

- a) Puede ocurrir que las vocaciones que han entrado no hayan sido bien discernidas. Han entrado en la vida religiosa por diversos motivos que luego se han dado cuenta que eran insostenibles. Van haciendo un camino en el que descubren poco a poco que ese no es su lugar y terminan por dejar la vida religiosa. He ahí la importancia del discernimiento de las vocaciones antes de ser admitidas y el acompañamiento que se ha de llevar a lo largo de toda la formación.
- b) También hay personas que llegado un momento de su vida, normalmente no al comienzo de su vida sacerdotal o al poco de emitir su votos perpetuos, sino más bien alrededor de la mitad de la misma, no se sienten ni realizados ni satisfechos. A veces ni ellos mismos saben el porqué, pero sí se dan cuenta de que esa es su situación, y prefieren buscar un lugar donde se puedan sentir mejor, según ellos creen, y dejan la vida religiosa.
- c) No faltan quienes no han evolucionado en la vida religiosa. Entraron por un ideal, lo alimentaron durante muchos años y lo han ido persiguiendo sin alcanzarlo. Y ya se han cansado. No sólo, se han topado con la dura realidad de su vida, tan diferente de lo que pensaron cuando entraron en el noviciado y durante muchos

años. No han conseguido el ideal ni, en consecuencia, la felicidad que, según ellos, se les iba a conceder a través de ese ideal. Por el contrario se han encontrado con una realidad dura que les enseña lo que son y que nunca supusieron ni aceptaron. Y optan por salirse,

- d) Otros han evolucionado de tal manera que ya no se encuentran a gusto en la Institución. Apenas representa nada para ellos. Puede que se hayan deslomado trabajando por ella y se hayan entregado de verdad a la misión que tiene confiada por la Iglesia, pero algo les ha ocurrido. Han tenido un provincial con el que no se han entendido; un superior con el que han chocado frontalmente, o bien creen que no han sido valorados como se debía o se han cansado de vivir en comunidad. De una manera u otra se han sentido mal y al final han dejado la Institución y han buscado otro camino.
- e) Están quienes han podido darse sinceramente a la vida religiosa y la han vivido lo mejor que han sabido. Pero ha llegado un momento en que todo aquello que antes era vida para ellos ha ido perdiendo fuerza y sentido, y realidades que habían dejado noblemente han ido ganando de nuevo su corazón. Echan en falta la vivencia de todo aquello que un día ofrecieron al Señor; ansían vivir lo no vivido. Ni la pobreza ni el celibato ni la obediencia tienen ya para ellos el valor del pasado. Al revés, las realidades opuestas les

atraen con demasiada fuerza. Y como no tienen ya radicado el corazón en Cristo Jesús, la puerta que les queda es decir adiós a la vida religiosa. Y ahí está la razón de su salida.

- f) Otros han llegado a una situación en la que son ya incapaces de ver la voluntad de Dios en los mandatos del superior. Han sido educados en la lógica de la asimilación, de aceptar lo que viene de fuera a través de la mediación del superior como voluntad de Dios, pero cuando han empezado a vivir la experiencia de una vida que crece de dentro afuera, necesitan afirmar su autonomía y no saben cómo compaginarla con la obediencia. Experimentan que tienen que ser fieles a sí mismos, con una autenticidad que no han vivido y para hacerlo no encuentran otra forma que romper con la vida que llevaban. Autoridad y obediencia son para ellos realidades irreconciliables.
- g) Finalmente religiosos que no han tenido experiencias fundantes del amor de Dios. Han trabajado, pero no amado. Se han entregado, pero no se han sentido amados. Dios no ha sido para ellos un “tú”, un alguien, un padre en quien confiar en todo momento y en cuyas manos reposar la vida. Ni Jesús, de quien han hablado tantas veces, ha llegado a constituir un amigo de verdad. No han sabido qué era eso de estar bajo la guía del Espíritu y de someterse a sus deseos. Su vida espiritual ha sido floja. Quienes no han tenido experiencias fundantes del amor

de Dios, no pueden permanecer así toda la vida. Cuando el corazón no está cogido por Dios, lo ocupan otras realidades. Y se van, dejando el manantial de la vida para buscar otros lugares que nunca acabarán de saciar su sed.

5. ¿Y si uno no se va?

Existe otro género de personas que no se van, pero cuya fidelidad hay que ponerla en entredicho, porque la fidelidad no se quebranta sólo dejando el género de vida que se llevaba (a veces ni en ese caso), también quedándose de ciertas maneras.

- a) Están los escépticos. Los hay, y bastantes en la vida religiosa. Quienes miran con cierto aire de superioridad a quienes ven ilusionados con la vida, con el Señor, con el trabajo, con lo que llevan entre manos, y les dicen: 'Ya verás, ya verás, ya se te pasará'. Son incapaces de valorar lo que tienen los demás. Han caído en el escepticismo. Sí, siguen en la vida religiosa, pero uno puede preguntarse, ¿dónde está la fidelidad?
- b) Otros buscan su "hueco", el lugar de su seguridad porque han empezado a notar que el suelo que está debajo de sus pies, ha empezado a moverse. No son tan eficientes como antes, la gente no acude a ellos y busca a otros más jóvenes o mejor preparados, ven que no pueden controlar la vida, sienten una inseguridad que antes jamás habían experimentado. Resultado,

meterse en el “hueco” de lo sabido, de lo bien conocido, renunciando a cualquier motivo de aventura. Son los eternos “seguros”. En cambio la fe es aventura, capacidad de riesgo, ponerse en las manos de Dios sin saber lo que a uno le va a suceder al día siguiente o en el momento sucesivo. ¿Son acaso estos fieles?

- c) Están quienes han caído en la frustración de sus esperanzas. Pero ¿qué clase de esperanzas albergaban cuando tan fácilmente han caído en la frustración porque no se han cumplido? La esperanza está unida al amor. No se puede esperar sino porque se ama. Y en última relación está unida a la fe; no se puede esperar sino porque se tiene fe. No es extraño que quienes se han frustrado en sus esperanzas no vivan la fe. Y quien así se encuentra, ¿es acaso fiel? Quien no ama no lo es, ni tampoco quien no vive la fe. Quien se encuentra en esta situación, ¿es acaso fiel? La fidelidad es una de esas realidades esenciales en el creyente.
- d) Encontramos en la vida religiosa personas que ya no esperan nada. Están agobiados no por el trabajo, el esfuerzo o la entrega de amor, más bien por la desilusión y el desencanto. A su edad, ¿cómo pueden esperar que Dios cambie sus vidas? Con lo que son, ¿cómo pueden vivir una vida mejor o un amor más generoso? Nada de todo esto puede darse. Viven del pasado, viven con nostalgia, se alimentan de lo que ya no son. ¿Es que las cosas pueden ser distintas de lo que son? No esperan ya

nada de Dios; éste se ha convertido en alguien lejano con quien en todo caso procuran estar bien. Pero ¡qué lejos están del amor!

6. No todas las fidelidades son iguales

Por referirnos a algunas de ellas:

- La fidelidad del esposo enamorado que se sacrifica constantemente en el trabajo, en el empeño porque su familia tenga lo necesario para vivir, pero no somete el amor al trabajo. Ama con todo su ser a su esposa a quien le entrega vida, cuerpo y alma.
- La fidelidad, a veces inconcebible, de la esposa que aunque conozca las debilidades de su marido, no lo traiciona, sigue perdonando y amando para ver si el amor logra vencer el mal comportamiento de su pareja.
- La fidelidad del amigo que es capaz de no romper la amistad aunque muchas veces no sea comprendida y está dispuesto a cualquier gesto de retorno del amigo sin reprocharle nada.
- La fidelidad entre dos personas que se quieren y mantienen lazos profundos de relación interpersonal que nada tiene que ver con el sexo, sino más bien con una auténtica amistad.
- La fidelidad dada a la Institución más allá de las dificultades sufridas o los desengaños experimentados.

- La fidelidad a Dios y a su amor que no depende de ninguna gratificación, que sabe permanecer constante aun en medio de sufrimientos acaso incomprensibles o de oscuridades soportadas con paz y entrega a su divina providencia y santa voluntad.

7. La fidelidad no es unívoca

No es la misma la del esposo enamorado que la de quien es fiel a la Institución; ni la de la esposa amante que sabe perdonar que la de los amigos que se quieren bien.

Por eso cuando uno se enfrenta con esta realidad, la mira de frente, sin ocultar nada, no acaba de sentirse de verdad fiel porque ve con lucidez las ambigüedades que habitan en su vida, porque el centro de su corazón no termina de estar centrado en el amor, porque la entrega al prójimo es demasiado interesada, porque le falta libertad interior y lo nota en las muchas esclavitudes a las que aún se encuentra atado.

Uno puede encontrarse más cerca de aquel Pedro que en una misma noche fue capaz de obrar de dos maneras completamente opuestas: decirle al Señor que estaba dispuesto a morir por él, y luego, a las pocas horas, negarle completamente y afirmar que no lo conocía cuando tenía que poner por obra lo que poco antes había afirmado.

La fidelidad fundamental es siempre la que se tiene a Dios, y a esta fidelidad han de someterse todas

las demás. Puede ser que una persona por ser fiel a Dios tenga que romper con la Institución. Caso claro, Madre Teresa de Calcuta. Es religiosa y se dedica a la educación de niñas bien, pero en un momento de su vida le llega la luz del Señor que le hace ver que su vocación es otra, que Dios le llama a otra cosa. Ocurrirá en un momento sencillo: está esperando para ir de ejercicios y ve lo que tantas veces había visto, un anciano que muere en medio de la calle. Pero Dios le da “luz” para comprender lo que antes no había comprendido. Es la llamada de Dios a servirle de otra manera. Y tendrá que luchar contra la Institución –no quiere dejarla salir– e incluso con la jerarquía, porque ante todo está la fidelidad a Dios.

Dos formas muy opuestas de fidelidad, a las que tantas veces solemos sucumbir, y ambas vividas como deseo del Señor: por una parte, la fidelidad que se resume en cumplir lo prometido, mandamientos, constituciones, reglas, obligaciones asumidas como forma de vida; por otra, la fidelidad que consiste en un amor coherente, sin divisiones. Las dos son formas de poder vivir la fidelidad, pero ambas miran al objeto de la fidelidad, al Señor, y al proyecto de vida correspondiente. ¿No hay otra forma de vivirla? Creo que sí y lo veremos.

8. La fidelidad es posible

Pese a cuanto hemos ido diciendo, si ha podido nacer en el corazón de alguien la duda respecto a

la posibilidad de la fidelidad, es preciso afirmar que se puede dar en nosotros, que el hombre puede ser fiel, que la mayor parte de personas son fieles en su vida religiosa, siempre contando con las debilidades propias del hombre, aunque la plenitud de la fidelidad sea normalmente algo más deseado que poseído. La fidelidad es posible por múltiples motivos:

- a) Porque el hombre puede comprometerse. El compromiso es una obligación contraída, una palabra dada. En la vida el hombre está moviéndose constantemente dentro de este marco. Acepta obligaciones que crean en él al mismo tiempo derechos, y se obliga muchas veces a través de la palabra. En muchas culturas un apretón de manos crea lazos tan fuertes que nadie puede romper, sino que se permanece fiel a ellos. El hombre, precisamente por ser racional, por la capacidad intelectual que posee puede realizar este acto que no se da entre los animales. Si no fuera capaz de comprometerse no sería posible la fidelidad al compromiso contraído.
- b) Por otra parte la libertad no está opuesta a la fidelidad. El hombre es un ser libre, y la libertad es uno de los dones más preciados. Pero la libertad no consiste en la simple disposición de todas las posibilidades que puede tener el hombre. Es difícil comprenderlo, pero el cristiano tiene que llegar a descubrir y vivir que su mayor libertad está en ser fiel. Si esto para algunos llega a convertirse en cadenas que lo atan y no le dejan ser

él mismo, el cristiano al contrario lo vive como el mayor gozo de ser libre, porque su libertad no se realiza en el hacer lo que quiere, sino en la obediencia al Padre de los cielos. Y esa obediencia es fidelidad vivida cada uno de los días de la vida.

- c) Si la fidelidad es compromiso, no se compromete uno desde la irresponsabilidad, sino desde el buen hacer. Irresponsabilidad es lo contrario a fidelidad. Cuando uno no hace caso de la palabra dada, cuando los compromisos no se toman en serio, cuando hace lo que le apetece sin tener en cuenta lo prometido, entonces se está faltando a la fidelidad. Pero ésta no es una realidad a la que el hombre se siente impulsado fácilmente. Sólo la sienten de esta manera aquellos que tienen el fuerte convencimiento de que su compromiso lo deben vivir desde la sensatez humana y no desde la irresponsabilidad del adolescente, que hace caso sólo a los impulsos de sus deseos.
- d) El compromiso es algo de cada día. No podemos prever el futuro, sólo podemos y debemos vivir el hoy, el presente. Por eso, uno se compromete cada día, que es lo mismo que decir que uno es y debe ser fiel cada día. Por una parte está el deseo, por otra la realidad. El deseo quiere abarcar el futuro sin medida, y gracias a ello se hacen compromisos de por vida. En esos momentos manda el amor. No se piensa lo que puede ocurrir en el futuro. Si cuando una persona va a profesar sus votos perpetuos pensara en las posibles dificultades

que le pueden venir en la vida religiosa, si pensara en los momentos malos que puede pasar, pues quizá no llegara a emitir sus votos, a decir que “sí” para siempre. Pero en la profesión (lo mismo podríamos decir del matrimonio) no se piensa en eso, es un acto de amor y se dice “sí” a la fidelidad a aquel a quien uno ama y se entrega. La fidelidad es posible porque es la respuesta de amor de cada día, sin pensar en el siguiente, sin el agobio del que hablaba Jesús del día de mañana.

- e) Sí, la fidelidad es posible, pero hay que situarla bien. Ser fiel para siempre no es posible desde las propias fuerzas. Es tal el cúmulo de dificultades que se le pueden presentar al amor, que uno se da cuenta que por sí mismo no puede ser fiel para siempre. La fidelidad hay que vivirla desde Dios. En el fondo es Dios quien sostiene la propia fidelidad. Si Él no nos ayudara, nosotros no podríamos ser fieles para siempre, porque el esfuerzo humano es incapaz por sí sólo de soportar semejante realidad que aunque sea de amor, no por eso deja de ser un realidad que a veces se hace pesada.
- f) El compromiso es de todo el ser. Toda la persona es la que se compromete en el acto de amor, porque la fidelidad es acto de amor. En la fidelidad se entrega lo que uno es, y todo pertenece a quien se es fiel. Pertenencia es esa realidad, difícil de definir, pero que todos percibimos cuando se da en nosotros. Sabemos qué es pertenecer a alguien, porque cuando se da lo notamos y lo diferencia-

mos de cualquier otra vivencia. La fidelidad es el compromiso de pertenencia hasta el fondo y hasta el final. Por eso en ella se depende del Señor y es difícil conseguirla con las simples fuerzas humanas. La fidelidad va más allá de los simples compromisos. Estos pueden quedarse en elementos externos, la fidelidad va más a lo interior.

- g) La historia de la salvación muestra la posibilidad de la fidelidad. Esta nace de Dios, él es fiel porque ama. Ha amado desde siempre y amará siempre. “Por la mañana proclamamos tu misericordia y de noche tu fidelidad” (Sal 91,3). Este Dios llama al pueblo creyente a responderle con igual fidelidad (cf. Sal 89). El amor de Dios, manifestado de manera increíble en la alianza, nunca se echa atrás. Todo el AT está plagado de la fidelidad de Dios. A esta fidelidad se responde con la confianza, creyendo y fiándose de él. La fe es el punto de partida de la fidelidad del hombre. Este compromiso fiel se vive mediante una actitud de entrega amorosa a Dios y a los hombres.
- h) Si Dios se ha entregado definitivamente al hombre y lo ha amado hasta lo inconcebible de la Cruz, hasta dar la vida por entero, la respuesta del hombre quiere estar también en esa línea. Por eso la fidelidad tiene un componente definitivo. Luego, podrá darse o no, podrá fracasar un compromiso por muchas razones, pero la fidelidad como entrega definitiva tiene sentido. Dios no garantiza la calma y por eso podrá ha-

ber dificultades, como le ocurrió a Jesús en su vida. Pero cuando Dios da una vocación, pone su germen y en él, una esperanza de vida.

9. La fidelidad desde el proceso

Como hemos visto, la fidelidad puede vivirse en cuanto se refiere al objeto de la fidelidad al Señor y al proyecto de vida correspondiente. Es la manera más habitual de vivirla sea como cumplimiento de lo prometido o bien como un amor coherente sin divisiones.

Sin embargo no es la única manera de vivirla. Hay un tipo de fidelidad que se refiere no tanto al objeto sino primordialmente al sujeto. En este caso la clave es el proceso. De esta manera la fidelidad se vive de otra manera.

Aparece aquí un elemento, el proceso, del que últimamente se habla y escribe mucho. Nosotros lo aplicamos a la fidelidad y hay que aplicarlo a la vida entera. Decimos que la fidelidad vocacional es una vida en proceso.

- a) Con mucha frecuencia, dada la educación recibida, todo se ha centrado en ofrecer al educando, pensamos ahora a quien entra en el noviciado o está en camino de formación, doctrina y pautas de conducta. Era lo fundamental. Había que transmitir a quienes vienen detrás lo recibido de los predecesores, lo que se había recibido de la Institución, lo que había dicho el Magisterio o

enseñado los teólogos. El punto focal del maestro era la enseñanza y el del alumno la adquisición de los saberes. Pero no se enseñaba el talante existencial con que había que aceptar todo lo recibido. El resultado era que muchas generosidades quedaban bloqueadas. ¿Por qué tantos jóvenes que llevaban una vida generosa cuando salían de las comunidades formativas aparecían con planteamientos diversos o incluso se salían? ¿Y por qué gente con un camino ya recorrido, hacen sus ejercicios espirituales, escuchan el Evangelio con corazón abierto y como resultado al final lo único que se les ocurre es renovar simplemente sus deseos de entrega? ¿Han olvidado su historia? ¿No les ha enseñado nada la vida, de forma que se comportan como cuando tenían 20 años menos? Y todo lo que ha sido su dramática existencial, ¿para qué les ha servido?

- b) Es que quizás la manera de plantearse la vida, y no está la cosa tanto en los valores, sino en el modo de vivirlos, no es la exacta. Aquí es cuando aparece el proceso. La fidelidad vocacional es posible, pero siempre realizada como una vida en proceso.
- c) Tratemos de centrarnos en el proceso. ¿Cómo se solía educar? Lo mejor de la educación tradicional se centraba en el deseo. Este se dirigía hacia los ideales que constituían la meta de la persona. Podían ser ideales muy elevados y cuanto más elevados eran más se inflamaba el deseo. Pensemos con cuánto amor se quería amar a

Jesús, seguir el Evangelio o vivir las bienaventuranzas. Pero ¿qué sucedía? A veces se vivía en el autoengaño queriendo alcanzar ciertos ideales sin tener conciencia de la propia realidad, y cuando uno se topaba con ésta llegaba el desencanto, el desánimo y a veces la conciencia de que se había perdido el tiempo.

El proceso, en cambio, no niega los ideales, sino que los resitúa, porque se llega a descubrir que la fuente de la vida cristiana no es el deseo sino la obediencia de fe. La personalización, por tanto, supone un viraje. El centro de la educación no está en lo que uno recibe de fuera, dado por la Institución y que debe asumir lo mejor posible para adecuarse a ella, sino en un proceso por el que el candidato se hace sujeto y dueño de su propia historia, toma la vida en sus manos y trata de descubrir desde su propia autonomía la voluntad de Dios.

- d) Aplicado todo ello a la fidelidad, podemos decir:
- * que no es una realidad hecha de una vez por todas, es un camino, un proceso en el que uno va aprendiendo a vivir la voluntad de Dios;
 - * que lo fundamental no está en lo que se hace sino en el corazón, en la forma de vivir esa realidad;
 - * que lo decisivo no es asimilar lo que viene de fuera, sino aprender a vivir desde dentro;
 - * que lo necesario es aprender a situarse en el momento de la vida por el que se está pasan-

do, sin añorar otros precedentes o adelantar los que no han llegado aún;

- * que lo peligroso es querer quemar etapas, ir más rápido de lo que pide el propio proceso, porque esto puede llevar al fracaso;
- * que lo que importa es la dinámica de transformación de la persona desde dentro de su subjetividad;
- * que el criterio de cambio no debe de estar dado por la Institución, sino que depende del crecimiento interior del sujeto actuado por el Espíritu Santo.

e) Llevar una vida en proceso implica:

- * conciencia de que la subjetividad no está dada de una vez por todas, sino que se va haciendo en el tiempo, se aprende poco a poco;
- * que no existe este proceso sin respeto al ritmo del cambio interior, porque llega un momento en que el ideal se viene abajo y uno se encuentra con su propia realidad;
- * conocer la propia historia, dándose cuenta de que toda ella constituye una unidad que es la propia historia de salvación, en la que cualquier parte tiene sentido y que ningún hecho de la misma deja de tenerlo desde los ojos de Dios;
- * que conlleva una dinámica de cambio de conversión;
- * que se da una clara diferenciación entre identidad personal y social que puede expresarse

así: ¿soy yo mismo o intento ser lo que los demás esperan de mí? ¿Vivo de mi realidad o en función de mis ideales de santidad?

- * que es preciso distinguir claramente el ideal y la realidad como clave de adultez.

Preguntas para la reflexión personal

- 1ª ¿Qué es para ti la fidelidad?
- 2ª ¿Cómo la has entendido a lo largo de las diversas etapas de tu vida?
- 3ª ¿Desde dónde vives tu existencia y cuánto hay en ella de aceptación o de proceso? ¿En qué lo notas?
- 4ª ¿A qué cambios te obligaría vivir la fidelidad y la vida como proceso?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1ª ¿Cómo se puede aplicar lo dicho a nuestra comunidad?
- 2ª ¿Cuáles son los objetivos a los que ha de tender una fidelidad comunitaria?
- 3ª ¿Existen aspectos en nuestra comunidad que puedan engendrar desilusión, desánimo, apartamiento del grupo, individualismo? ¿Qué habría que hacer si fuera así?
- 4ª ¿Qué actitud hemos de propiciar para conseguir un verdadero discernimiento comunitario? ¿Qué nos falta?

Sugerencias para un día de oración

- 1^a Empezar con una oración en común. Estar en la presencia de Dios.
- 2^a Leer personalmente el tema o una parte elegida.
- 3^a Puesta en común con alguno de los puntos de la “Reflexión personal” y/o “Sugerencias para el discernimiento comunitario”.
- 4^a Preces comunes.
- 5^a Oración final.

Textos bíblicos

- Dios, roca que no cede ni se rompe: cf. Deut 7,9; 32,4; Is 26,4; 49,7.
- Dios hace lo que promete: Num 23,19; Mal 3,6.
- Fidelidad de Dios a Moisés: Ex 34, 6-7; a Abrahán: Miq 7,20; al Pueblo: Deut 7,9; a David: 1 Reg 8,26.
- Sus promesas no engañan: 2Sam 7, 28.
- Amor eterno a pesar de los pecados: Sal 98,3; 118.
- Amor de Padre: Ex 4,22; Deut 8,5; 14,1; Is 63,16; Jer 3,19; 31,20.
- Amor de madre: Is 49, 15-16; 66,13.
- Amor de esposo: Os 2, 16-22; Is 54, 5-8; 62, 4-5; Jer 3,20; Ez 16; 23.
- Dios se hace historia en Xto: Gal 4,4; Heb 1,1-2.

- Espera la vuelta del hijo: Lc 15.
- Su llamada es irreversible: Rom 3, 3-4; 11, 29; 2Tim 2,13.
- Cristo es el “sí” a las promesas; 2Cor 1,20; el “amén”: Ap 3,14; el “testigo fiel”: Ap 1,5; 3,14.
- En él se cumple lo que Dios ha prometido a los patriarcas: Lc 1, 54-55. 72-73; Heb 13, 32-34; Rom 15,8.
- Es nuestra esperanza: 1Tim 1,1.

Se vive en fidelidad:

- Si no se añora lo que se entregó al Señor.
- Si el proceso es la dinámica constante de la vida.
- Si se vive más desde dentro que no buscando la asimilación de lo que viene de fuera.
- Si no se quieren quemar etapas en la vida por puro perfeccionismo.
- Si lo fundamental en la vida no es lo que se hace, sino lo que se vive en el corazón.
- Si se da un cambio de conversión.
- *Si a la fidelidad a Dios se someten todas las restantes fidelidades.*

FIDELIDAD ANTE LOS DESAFÍOS DE LA VIDA RELIGIOSA

Hablamos de fidelidad, pero fidelidad ¿a qué vida religiosa? Porque hemos de confesar que la vida consagrada se encuentra hoy día ante desafíos no pequeños. Lo que nos lleva antes que nada a hacer un diagnóstico de semejantes desafíos y a hacerlo con la suficiente amplitud como para darnos cuenta de que no se trata de una moda; que la problemática actual es tan seria que no podemos encontrar realmente respuestas sino en la misma medida que tengamos un horizonte de conocimiento de los desafíos que sufre la vida consagrada. De ahí podemos preguntarnos por el mañana de la vida religiosa.

1. La vivencia central evangélica

La necesidad de vivir de verdad y en profundidad el evangelio nos está obligando a clarificar nuestra vocación y carisma. Prácticamente después del Va-

ticano II esto quedó plasmado en la redacción de unas nuevas Constituciones. Fue el desafío más importante asumido por la Institución. Pero, ¿es suficiente? ¿Basta una legislación más adaptada para tener sentido del propio carisma? ¿No tenemos una vez más el peligro de vivir los desafíos más desde formas externas, desde leyes, que no desde procesos de conversión?

La vivencia original evangélica es un desafío que no podemos resolver con cambiar y clarificar simplemente los fundamentos a nivel teórico. Supone una enorme clarividencia de lo que es la fe en relación a los procesos humanos. No basta lo objetivo dado por la Institución, se necesita la experiencia subjetiva de los propios procesos. Y esto es importante porque nosotros por principio renunciamos a una serie de mediaciones de realización humana. Es en esa renuncia donde damos el salto de la fe al seguimiento de Jesús, y eso es entrar en la sabiduría de la cruz.

Por tanto, este reto se plantea por una parte como integración de lo humano y, por otra y a la vez, en relación al seguimiento de Jesús, donde lo fundamental es la fe desnuda en la sabiduría de la cruz.

He ahí nuestra vida religiosa ante este primer reto: hasta qué punto somos fieles al evangelio en la vida consagrada y cómo lo encarnamos en las Constituciones.

2. Nuestro Dios

Otro reto es el Dios que es nuestro verdadero Dios. Porque es preciso recuperar el sentido de Dios en medio de nuestro mundo utilitario; nuestro mundo, lo hemos de reconocer, no valora sino lo que controla y ante este hecho nuestro Dios no “sirve” para nada. Con nuestra vida religiosa confesamos en fe que nuestro Dios no necesita autojustificarse sino desde sí mismo, como amor, como sin-razón. Y la vida religiosa participa de esta sin-razón. Y, en consecuencia, es la afirmación más total del sentido de Dios para el hombre. Por eso, la vida consagrada tiene que recuperar en nuestro mundo todo lo que atañe a Dios y lo que le da valor a ella misma: la oración, la donación en gratuidad, el amor sin límites, la entrega desinteresada, el sufrimiento soportado como gracia, la vivencia bajo el cuidado de la Providencia.

De esta manera manifestamos ante la gente quién es nuestro Dios. No queremos, ni podemos, controlarlo; él está más allá de todos nuestros esfuerzos por alcanzarlo. En un mundo ateo, la vida consagrada está llamada a recuperar al único Dios como salvaguarda. Por eso no tenemos complejo alguno en confesar nuestra fe, sino todo lo contrario, ser muy lúcidos respecto al mundo y a la historia. Y ver muy claro que cuando Dios desaparece del horizonte del hombre, éste se destruye.

¿Somos fieles al Dios de nuestro Señor Jesucristo o más bien a la imagen de otros dioses que nos hemos fabricado y a los que seguimos?

3. Bienaventurados los pobres

¿Por qué el tema de los pobres es siempre un reto para la vida religiosa? Y esto cuando la mayor parte de las Instituciones religiosas, sobre todo femeninas, han nacido en servicio y ayuda de estos pobres. Y también la nuestra. Recordemos la experiencia de Calasanz y el nacimiento de la Orden y su porqué.

Quizá porque en la medida en que nos examinamos, miramos nuestras obras, nos damos cuenta de nuestra dedicación, revisamos nuestra identidad, no lo que decimos, sino lo que hacemos, constatamos que no todo, ni mucho menos, es evangélico. ¿Es cierto que nuestra Iglesia es un Iglesia de poder? ¿Es verdad que las Instituciones religiosas no están al servicio de los pobres –hablamos de manera general– como dicen estarlo o en la medida en que sí lo estuvieron en sus inicios?

Al mismo tiempo porque en la revisión de los procesos históricos y culturales, ha habido una renovación de mentalidad, el rechazo de un paternalismo social que obliga a replantearse el servicio a los pobres.

En relación con este tema está la vivencia de la pobreza. ¿Qué es la pobreza para nosotros, una

norma ascética o debe ser una opción existencial en pobreza, con una dinámica de conversión afectiva a ella? ¿Vivimos la pobreza o hablamos de ella? Basta un examen de la vida, de nuestras habitaciones y de otras realidades semejantes para poder dar respuesta a esta pregunta. Y, sin embargo, hay que ser fiel al seguimiento de un Jesús que no tenía donde reclinar la cabeza.

También hay que superar todo paternalismo ante los pobres. La Iglesia ha tendido a situar su misión más como beneficencia, como caridad que como entrega y lucha a favor de los marginados. Hay que tomar una nueva conciencia de la misión. Por eso, los pobres ya no aceptan ningún paternalismo, lo que es una llamada a la conversión evangélica, a la conversión a la auténtica misión, que en definitiva es convertirse a la pobreza.

4. Dios amor y el hombre criatura

Es el desafío de siempre, formulado de otra manera. Es el reto de la relación entre evangelización y justicia o entre salvación y realización humana. Ya que acabamos de hablar de los marginados, aplicado a ellos, la pregunta se puede hacer de la siguiente manera: ¿hay que evangelizar a los pobres o liberarlos?

La Iglesia y las Instituciones tienen que plantearse este tema de si ser signo o no de los derechos humanos y, en último lugar, del mismo hombre,

sin que por eso se entre en esquemas políticos que no hacen sino entorpecer lo que se quiere afrontar y resolver.

En el fondo es también la relación que debe darse entre Iglesia y Reino. Si la Iglesia es signo real del Reino, en cuanto encarna el querer de Dios para los últimos tiempos de un mundo más justo, más de acuerdo con los valores evangélicos, donde son bienaventurados quienes normalmente se les tiene por desgraciados; basta leer las bienaventuranzas del monte.

Es cierto que este reto de los desheredados no puede entenderse sólo desde una dimensión social, de transformación humana. En este tema se plantea el misterio del mal, la profundidad del sufrimiento humano. Por eso, es un problema más que social, es el de la condición definitiva del hombre que en última instancia apela al misterio redentor de la cruz. El problema de la pobreza no puede ser planteado sino desde la revelación, desde el amor de un Dios entregado incomprensiblemente a los hombres en el acto en el que asume él mismo el mal, el dolor y el pecado de todos los hombres. Y ahí nos encontramos con Jesús hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza.

Necesitamos ser fieles a los pobres, a la dinámica del Reino como un mundo mejor del que existe, por el que hay que luchar y trabajar, fieles a quienes sufren el mal y la injusticia, manifestando un

Dios que es el que los defiende, aunque sea difícil muchas veces entrever semejante defensa.

¿Cómo reaccionamos ante estos desafíos? ¿Los convertimos en devoción o nos implicamos también con nuestra acción?

5. Institución y carisma

Esta bipolaridad se da no sólo en la vida consagrada, sino antes en la misma Iglesia. Ésta es, por una parte, institución y como tal tiene sus leyes, sus reglas, una autoridad, unas leyes, una mediación entre las realidades dadas. Pero, por otra, es obra del Espíritu Santo, que habita en ella, que le sugiere lo que tiene que hacer, que le recuerda al Señor Jesús y lo que él hizo y enseñó y que estará con ella hasta el fin de los tiempos.

Este desafío se puede encarar desde distintos puntos de vista:

- a) En la vida religiosa hay que recobrar antes que nada el sentido carismático que es su misma esencia. ¿Qué queremos que sea la vida Religiosa? ¿Un simple estilo de vida que se asume por distintas razones, o más bien un signo profético dentro de la Iglesia? ¿Nuestra mentalidad es más bien carismática o institucional? ¿Qué es lo que más atrae, la obediencia o la autenticidad de vida que procura seguir el propio camino, sin duda en escucha al Espíritu, pero sin omitir el discernimiento y la aventura personal?

- b) Se debe revisar un elemento importante en la vida consagrada que es la autoridad. Está puesta no tanto para vigilar lo institucional, defenderlo y hacerlo cumplir, cuanto para conducir el discernimiento de una comunidad en busca del querer de Dios. No hay por qué oponer los dos elementos, pero con frecuencia en la vida consagrada ha existido siempre una sobrecarga de lo jurídico, lo que hay que superar.
- c) Si nos fijamos en un elemento importante de la vida religiosa como es la comunidad, es muy diferente entenderla como algo que proviene desde arriba y marca cuanto hay que hacer, que como un proceso comunitario de participación a todos los niveles.
- d) También el binomio de institución-carisma afecta a la misma misión. Porque no es lo mismo vivirla como un trabajo que hay que realizar y que uno ha elegido o como la entrega a la que la Iglesia ha llamado a una persona; y no es lo mismo vivir la misión sólo en formas institucionalizadas que en la búsqueda de nuevas formas que hay que crear, lo que supone un discernimiento evangélico y, al mismo tiempo, de las circunstancias del mundo actual.

En todo ello se requiere un empeño por ser fiel a lo que el corazón se siente movido por el Espíritu Santo, siempre sin dejarse engañar por las trampas que suelen presentar las pasiones o las debilidades a

las que tan fácilmente cedemos. Son muchos los desafíos que se le presentan a la vida religiosa. Por eso, nuestra fidelidad, ¿a qué clase de vida religiosa va enfocada según los desafíos que vamos consignando?

6. La secularización

La secularización es el modo nuevo como el hombre se sitúa en nuestro mundo en el que se ha dado un proceso social, cultural e histórico que se distancia de lo que hasta hace poco se ha vivido. Lo propio de esta secularización es que ya no se lee todo desde el teocentrismo que antes dominaba el panorama del hombre, sino desde un antropocentrismo donde todo se mira y quiere comprenderse desde él; el hombre se sitúa en este mundo sin recurrir a una explicación religiosa, trascendente, porque cree no necesitarla. Y entonces viene también la crítica radical de lo religioso. Este proceso es post-cristiano porque en cierta manera es una reacción al cristianismo vivido como se hacía, es decir, que pretendía bautizar todas las realidades humanas y donde la Iglesia era una Iglesia de cristiandad.

¿Qué implicaciones puede tener para la vida religiosa este desafío?

- a) Si la vida consagrada es y debe ser signo del Reino, ¿cómo lo puede ser en nuestro hoy cuando han cambiado tanto las cosas? No es lo mismo serlo en un mundo teocéntrico que en uno secu-

lar. Las maneras y formas serán completamente distintas. ¿Va a continuar queriendo mantener las maneras monásticas que la separan del mundo o prefiere elegir un estilo de vida que esté más de acuerdo con el mundo en que se encuentra? Se trata de asumir o no la secularidad.

- b) En este mundo secularizado se tiene que dar una relación distinta con él. ¿Queremos que la vocación sea considerada una simple tarea que realizamos como otras muchas personas realizan la suya, o buscamos ser manifestaciones del amor inconmensurable de Dios que cuida de sus hijos y la misión consiste precisamente en hacer visible ese amor? ¿Cómo situarnos en este mundo de la plena autonomía humana donde nada se organiza desde Dios, nosotros que nos hemos entregado al seguimiento de Jesús y todo lo queremos hacer por él?
- c) El mundo teocéntrico daba una importancia muy grande a la oración; si Dios regía todo, había que estar en contacto constante con él. No es así en el mundo secular. Requiere todo un redescubrimiento de la misma. Una oración que se atiende más a la conciencia crítica del hombre, y, en última instancia, al sentido del misterio y a la desnudez de la fe. No estamos por lo tanto en un mundo sacral, sino en un mundo donde la presencia de Dios se percibe más desde la fe.
- d) Otros aspectos de esta relación con el mundo:

asumir la secularización supone más respeto por lo humano; asumir un mundo con todo lo que tiene de tenebroso, pero, al mismo tiempo, con el máximo respeto a la libertad. El desafío de ser profetas en un mundo sin Dios, sin ningún complejo de nuestra fe, sino señalando el señorío de Dios sobre nuestra historia. Pero no podemos afirmar todo esto sino en la misma medida en que poseemos una conciencia crítica de la secularización, y en la misma medida en que seamos capaces de integrar esa misma secularización.

7. Actitudes posibles ante los desafíos

- a) La primera es la actitud de miedo o huida. Es normal. Cuanto hemos dicho y las preguntas que han ido apareciendo producen inseguridad. Y muchas veces en la inseguridad se buscan respuestas rápidas. Pero más o menos se ha ido comprobando que esto no da resultado, y entonces no se puede aguantar más tiempo en el estado de inseguridad. Y se huye como sea.

En esta actitud se recurre constantemente a recetas que den tranquilidad porque se cree que así se ataja el mal. En la vida religiosa esa huida se puede hacer por un doble movimiento: primero, por la espiritualización, que es el miedo a enfrentarse a la realidad, y entonces todo se eleva a espiritualismos; estas espiritualizaciones son nefastas porque no son sino el miedo a aso-

marse a la realidad y se huye de ella refugiándose en lo que tranquiliza psicológicamente. Segundo, la racionalización, es decir, frente a lo que ocurre se presenta una razón que en sí misma puede ser válida, pero que en la práctica lo que hace es tapar u ocultar intereses determinados que con frecuencia son más bien inconscientes.

- b) La actitud contraria. En las épocas de transición se pone de moda el futurismo y un cierto profetismo. Y así uno cree tener una respuesta exacta de lo que va a suceder en la vida religiosa, como quienes afirman que va a desaparecer porque es un carisma personal, privado, sin futuro, que será sustituido por otros movimientos eclesiales.

Nos encontramos entonces ante una realidad ambigua porque también uno puede preguntarse por qué tantos movimientos eclesiales han desaparecido en el pasado y tantas Órdenes y Congregaciones religiosas permanecen. Entonces lo que hay que preguntarse es, ¿nos encontramos con la autenticidad, con lo permanente, o hay que pensar que si la vida religiosa permanece y las demás desaparecen no es por su valor intrínseco, sino porque por propia rutina las Instituciones tienden a continuar? Y en épocas de incertidumbre las Instituciones tienden a afirmarse, pero no por su valor intrínseco.

- c) Actitud de discernimiento. Es la actitud que lealmente se pregunta hacia dónde va la vida religiosa

y a la luz del Espíritu, con todas las mediaciones posibles, trata de discernir ese hecho. Es verdad que al hacerse semejante pregunta hay que adoptar un cierto distanciamiento para que no influyan en el discernimiento los propios intereses.

8. Líneas de futuro

Citamos algunas brevemente sin que esto suponga querer ser profeta en este tema tan complicado y en el que se necesita la luz que puede faltarnos.

- a) Opción por el seguimiento de Jesús. Es un aspecto fundamental. Es la opción por la radicalidad cristiana. Decimos que vamos detrás del Maestro, pero es necesario examinar la verdad de semejante afirmación. La vida religiosa ha de ser signo radical del Evangelio. Y hay que ver la fidelidad que mantenemos diariamente a semejante hecho. Para esto hay que cambiar aún mucho de mentalidad y no querer mantener ciertos centralismos en los que estamos afincados.
- b) La identidad de nuestras comunidades. En el futuro es necesario que provenga no tanto desde lo institucional, sino más bien del estilo de vida. Más que cumplimiento, lo que se necesita es otra manera de vivir en común. Esto no quita la observancia de las Constituciones, pero con frecuencia pueden éstas interpretarse de distintas maneras. Por eso, más que detenerse en lo institucional, hay que cuidar la luz del Espíritu que sopla en

ella y en quienes se sienten llamados al verdadero seguimiento de Jesús. Nuestras comunidades necesitarán menos signos sacrales para hacerse presentes en medio de los hombres.

- c) Contemplación y compromiso por el hombre, y esto en íntima unión. No podemos separar estos dos aspectos, ni podemos creer y comprender la verdad de uno sin la del otro. La vida religiosa no podrá ser auténtico seguimiento de Jesús si no conlleva la lucha por la defensa del hombre, de sus derechos, de la justicia, de la paz y de todo ello no se hace realidad en la misma comunidad y en la misión que ejerce. Es ahí donde la fe se juega su credibilidad. No juguemos demasiado a espiritualismos, Dios humaniza la historia.
- d) Entrega a los desheredados. Es la opción por los marginados. No significa entrar en opciones de clase, es manifestar el amor preferencial de Jesús por los más pobres, por los pecadores, por aquellos que eran rechazados por los que se tenían por justos en su tiempo. La vida religiosa si es seguimiento de Jesús no puede hacer otra cosa distinta de lo que hizo el Maestro. Lo contrario falsearía el seguimiento.
- e) La dimensión contemplativa de la vida. El futuro de la vida consagrada que por una parte va a ser mucho más misión entre los hombres, al mismo tiempo deberá estar mucho más plantada en la confesión explícita de fe en nuestro mundo se-

cularizado, en una experiencia intensa de Dios. Hay que favorecer esa experiencia de Dios, sin convertirla en espiritualismo, porque a Dios se le encuentra en la misma realidad humana.

- f) La integración del papel de la mujer. Va a ser muy importante para el futuro de la vida consagrada. Va a constituir una revolución que será para bien de la vida religiosa.

9. Principios que orientarán las líneas de futuro

Citamos con brevedad algunos principios que han de orientar las líneas de futuro que hemos indicado en el punto anterior.

- a) Primero, lucidez evangélica. ¿Qué significa? Que el evangelio no es un modelo normativo de vida, algo que hay que cumplir para estar a bien con Dios o para ser “santos”. No es tampoco un ideal de exigencias, de forma que cada uno se va exigiendo más y más con su lectura. Es más bien espíritu que se personaliza en el hombre y que produce la libertad personal que es el sello de la nueva alianza.
- b) También lucidez respecto al modelo de vida religiosa. ¿Qué clase de vida consagrada queremos y estamos construyendo? Con nuestro comportamiento, nuestra manera de hacer, nuestras actitudes estamos ya, aun sin querer, creando una manera determinada de vida religiosa. Lo fundamental sería afirmar y crear lo carismático-pro-

fético de la misma. Así debe ser el seguimiento de Jesús. Así debe ser signo dentro de la Iglesia. Así se ha de manifestar ante los hombres. Por tanto, hay que cuidar de no seguir la moda, de no ceder a ciertos valores de nuestro mundo. Llama la atención cómo los Fundadores han fundado sus Institutos sobre la roca inamovible del evangelio y del verdadero seguimiento de Jesús.

- c) Algo que pedía constantemente Ignacio de Loyola, la indiferencia espiritual respecto a todo, y aquí respecto a los resultados a los que se llegue. Lo que quiere decir que no tenemos ya prefigurados unos ciertos esquemas a los que se ha de llegar, sino que hay que dejar libertad al Espíritu para que conduzca la vida religiosa hacia donde Él quiere. No es una indiferencia ante la realidad, sino que la libertad crea una suficiente distancia respecto a sus intereses egoístas para situarse en disponibilidad de fe, en búsqueda del querer de Dios, en atención al soplo del Espíritu, sin dejarse llevar por lo que uno quiere por más justificado evangélicamente que vea sus deseos. Siempre hay que preguntarse, ¿qué es lo que quiere el Señor? Y para discernirlo hay que vivir en indiferencia espiritual, que no es el cero de la balanza, sino que consiste en poner en un platillo el querer de Dios y en el otro nuestra voluntad.
- d) Cuidar un análisis sincero de hechos, de comportamientos, de estilo de vida. Si queremos que la vida religiosa vaya detrás de Jesús hemos

de preguntarnos con autenticidad sobre estas realidades. En todo ello tiene que existir verdadera fidelidad a la voluntad del Señor.

- e) Cuidar la educación de la fe. Hay que insistir en este elemento. La vida religiosa no puede encontrar su futuro sino a partir de sus propias raíces en el evangelio, en la experiencia de Dios y del seguimiento de Jesús, en la fidelidad a la radicalidad del evangelio, y, más profundamente todavía, de la fe y de la revelación, de lo dado por puro amor gratuito por Cristo el Señor.
- f) Otro elemento, situar todas las preguntas que se hacen, los datos que se dan o juicios que se emiten dentro del horizonte del tiempo. Si nos preguntamos si vivimos la vida religiosa hoy mejor que hace 30 años, ¿qué significa esa comparación? Puedo detenerme simplemente en las formas externas y dar una respuesta concreta; pero puedo responder desde una profundidad mayor que no atiende a las formas externas sino a otros valores. Por ejemplo, se puede decir, antes había más sentido de oración (vamos a suponerlo), pero ahora se trabaja más la experiencia de Dios; antes había más cumplimiento comunitario, pero ahora hay (vamos a suponerlo) más comunicación interpersonal. Por tanto, hay que cuidar las comparaciones y hay que situarlas en el tiempo, y por eso es difícil en ocasiones hacer comparaciones entre el pasado y el presente. Con esto hemos de comprender también

que hay que estar atento a cierto profetismo que puede darse de cara al futuro, y que hay que ver con mirada crítica cuanto hemos dicho antes de ese futuro.

La fidelidad se requiere en este hoy que nos toca vivir, tal y como es la vida religiosa. Esto sin acomodarnos, sino procurando que las opciones de futuro sean auténticas, vividas en profundidad y nacidas del evangelio y del seguimiento de Jesús.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a ¿Quién es tu Dios? Explicita las características.
- 2^a ¿Cómo vives tu relación con Dios en este mundo secularizado?
- 3^a ¿Te producen miedo los desafíos expuestos o alguno de ellos? ¿Por qué?
- 4^a ¿Amas de corazón tu vida religiosa o se ha convertido en un lugar de estancia simplemente?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a ¿Vive tu comunidad significativamente ante la gente de fuera?
- 2^a ¿Es tu comunidad fiel a los desheredados?
¿En qué lo fundamentas?
- 3^a ¿Cómo vive tu comunidad en este mundo secularizado?

4ª ¿Qué retos son los más importantes para tu comunidad?

Sugerencias para un día de oración

- 1ª Ponerse ante la presencia de Dios.
- 2ª Examinar los retos principales comunitarios en nuestro mundo. Cómo obrar ante ellos. Líneas de futuro en las que comprometerse.

Se es fiel ante una nueva vida religiosa:

- Si lo fundamental es el evangelio y no el cumplimiento de las leyes.
- Si el Dios al que se entrega la vida religiosa es un Dios que humaniza.
- Si la autoridad promueve el discernimiento común del querer de Dios.
- Si se acepta que la Iglesia no sea Iglesia de cristiandad.
- Si busca ser manifestación del amor inconmensurable de Dios que cuida de sus hijos.
- Si a Dios se le percibe desde la fe.
- Si es verdadera su entrega a los desheredados.
- Si cuida más el estilo de vida que los simples comportamientos.

VIVIENDO EL SEGUIMIENTO DE JESÚS EN FIDELIDAD

Una de las experiencias más profundas del consagrado es que ha sido llamado. No se encuentra donde está simplemente por un acto de voluntad. No ha dependido de sus esfuerzos. ¡Se ve tan limitado! Junto a esa experiencia de llamamiento le brota por dentro la exigencia de una respuesta fiel. Cree que no puede vivir sino en fidelidad, pero también ésta le es difícil. Al Dios que llama hay que serle fiel. Pero ¿cómo si es tan pequeño y pobre? Si Él no entra en su vida y le da lo que necesita nunca logrará completar la carrera que desea. Le horroriza la infidelidad, pero le cuesta la fidelidad. ¿Quién le puede ayudar si no es el mismo Señor?

1. Elemento de referencia

“La norma suprema de nuestra vida es el seguimiento de Cristo” (C 17). Es la realidad que condiciona toda la existencia del escolapio. La entrada

en la vida religiosa comienza con el noviciado, pero el motivo de esa entrada es muy distinto según las personas. A unos les habrá llamado el ideal que han visto plasmado en personas conocidas; a otros, una fuerza sentida por dentro como fuego que les quemaba que les ha llevado a pedir el ingreso en la Orden; a otros el discernimiento realizado de las situaciones por las que atravesaba su vida o el simple contacto con religiosos del Instituto que luego eligieron o bien la relación seria y continuada con esas personas. Muchas han podido ser las formas, pero detrás de ellas, sosteniendo lo que ellos experimentaban como llamada, está la norma fundamental que va a regir la vida, el seguimiento de Jesús.

1. La conciencia del seguimiento nace de una doble experiencia: por una parte de la Palabra: “Nuestro Salvador llamó a los que quiso para formar el grupo de sus discípulos” (C 15). Marcos lo dice casi igual: “Subió al monte, llamó a los que quiso y vinieron a Él. Instituyó Doce, para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar” (3, 13-14).

Aparecen en el texto tres elementos a los que hay que ser fieles: la llamada, la comunidad y la misión. Primero, la llamada: el saberse llamado personalmente por Dios constituye la experiencia fundante de toda vocación. La llamada requiere siempre una fidelidad de respuesta. Luego, puede darse o no. Los doce la dieron, el joven rico, no.

Pero en este caso el Señor se entristeció, porque ante su requerimiento, el hombre, libre por su parte, debe obedecer a la voluntad de Dios, porque quien se siente llamado experimenta que no hay mayor libertad que obedecer. La respuesta o fidelidad a su llamada es algo que se construye diariamente, que no se da de una vez por todas. ¿Por qué será que cuando uno no es fiel acaba sintiéndose insatisfecho y sin paz?

En segundo lugar, la comunidad. Porque aunque la llamada es siempre personal y la vocación se fundamente esencialmente en una relación “yo-tú”, el marco donde se vive y realiza ese seguimiento es la fraternidad y la historia real de los hombres. La vocación vivida fuera de ese marco es pura alienación. La comunidad y la historia son el marco donde se concretiza el proyecto de seguimiento. Lo que requiere una fidelidad a la vivencia del seguimiento en comunidad.

El tercer aspecto es la misión. Se es discípulo para ser apóstol y no se puede ser apóstol si antes no se ha sido discípulo. Llamados a anunciar el Reino, a proclamar un mundo nuevo, el mundo que Dios siempre ha soñado y ha prometido por medio de los profetas, pero que nunca se había implantado hasta que envió a su Hijo precisamente para hacerlo real aquí abajo.

2. El segundo elemento que hace posible el seguimiento es el conocimiento de la propia historia.

“También nosotros llamados por el Bautismo a la plenitud de la caridad, dejamos todo por Cristo... le seguimos” (C 16). Seguir a Jesús no es sencillo. Todo cristiano está obligado a seguirle, es un discípulo suyo o debe serlo, y el Vaticano II en la “Lumen Gentium” insistió en esa realidad (cf. Capítulo V). Pero para seguirle uno tiene que conocerse bien y para ello son necesarios algunos elementos.

Es preciso ser una persona auténtica. Sin autenticidad no puede haber responsabilidad; quien no es responsable no puede ser fiel y sin fidelidad no hay seguimiento verdadero. Personas auténticas son aquellas que se convierten en protagonistas de su historia. Saben confrontarse con la realidad. No huyen de ella, y esa realidad la viven y elaboran desde su propia subjetividad. Están siempre en proceso, no se estancan, no se quedan en el hueco de la comodidad y de lo ya sabido, quieren ser constantemente fieles a lo que Dios les pide en su vida religiosa de seguimiento, buscan asemejarse cada vez más a Jesús, y desean, aunque saben que es difícil, seguir su itinerario.

Es necesario además no estar aquejado por lo que a tantos les inquieta, acertar en lo que hacen. Esta misma preocupación les obceca a veces y se equivocan. Por eso es necesario saber que lo importante no es tanto acertar cuanto vivir a fondo. Tienen claro que la vida no consiste en montarse un sistema de seguridad, sino en el riesgo de quien confía. Por eso, la fidelidad al seguimiento la viven

en paz, porque han comprometido seriamente su vida. Si viven así, Jesús sale siempre al camino de la vida y se hace el encontradizo.

Se requiere, por tanto, volver sobre la propia vida y retomar el pasado de un modo nuevo. Antes, en la vida de seguimiento, lo que preocupaba era cumplir exactamente lo mandado; ahora, vivir la aventura de una fe que se arriesga. Antes, tener todo seguro; ahora, comprometer la vida a fondo, porque entonces es cuando de verdad se le sigue. Antes, la fidelidad era cumplimiento de normas; ahora, es vivir la vida según el propio proceso de fe.

En este sentido se ha de vivir la fidelidad cada día sin confundir nunca el orden con la vida, el orden con la fidelidad.

2. El inicio de la vida religiosa como discernimiento: Calasanz

Es cierto que Calasanz no habla directamente del seguimiento de Jesús. No era el lenguaje de su tiempo. En cambio, podemos percibir que toda la preparación que exige para entrar en la vida religiosa es el de un discernimiento que tiene como fin lo que nosotros llamamos seguimiento de Jesús. Y en este camino que vamos a ver que exige es honesto, porque si descubre en el candidato algo que le impide la entrada en la vida religiosa “despídasele cuanto antes con palabras de afabilidad y consuelo” (CC 14).

En el pensamiento del santo el camino comienza con una “profunda prueba” (CC 16). El motivo señala el íntimo conocimiento que tiene de lo que es el corazón humano, ya que, dice, que en él “anidan tendencias torcidas que con dificultad se diagnostican y con dificultad mayor se desarraigan” (CC 16). Calasanz conoce muy bien lo que es el hombre, esto se ve claro en sus cartas y es uno de los principios espirituales que da a sus religiosos, el del propio conocimiento. A base del mismo uno puede llegar a Dios, porque conociéndose como es, ha de ponerse en manos de Dios como un niño de dos años lo hace con su madre (Dios como madre). El conocimiento que se requiere del candidato a la vida religiosa ha de ser profundo, obtenido “por testimonio propio y ajeno: de su maestro, de sus compañeros y amigos, y de aquellos con quienes ha tenido algún trato” (CC 16).

Después interviene la comunidad. Ha de reunirse, ha de orar y ha de discernir si el candidato es guiado por el Espíritu. Entra aquí la importancia del discernimiento y cómo éste se apoya en la oración y en la luz del Espíritu Santo. Y si la comunidad está de acuerdo, viene el segundo momento, se le acepta como huésped por una período breve de tiempo (cf. CC 17).

¿Qué objetivo se persigue? Que el candidato conozca “el estilo de vida del Instituto y nuestros Padres lo conocerán más íntimamente en el Señor” (CC 17). La preocupación del santo en este tema

fue grande, los esfuerzos también, aunque es cierto que luego hubo superiores que no se acomodaron a este modo de proceder y, en consecuencia, durante su vida Calasanz tuvo que sufrir muchas situaciones que no hubieran ocurrido si se hubiera seguido siempre lo mandado en las Constituciones.

Todo lo dicho requiere fidelidad en el candidato, de lo contrario dejará el Instituto. Es claro que cuando algo cuesta, si no se vive en fidelidad, al final se abandona. La fidelidad constituye el raíl por el que va caminando quien ha pedido la entrada en el Instituto. La fidelidad se da en el amor, y el amor se concreta en fidelidad. El santo no ceja en su pensamiento y por eso, en un tercer momento, quiere que de nuevo se le someta “a pruebas diversas” y si persevera –fidelidad– “se le puede admitir a tomar nuestro hábito” (CC 18).

Comienza entonces la vida religiosa en el Instituto con unos ejercicios espirituales “al menos durante un mes, o durante más largo tiempo si lo juzga conveniente el Maestro” y hará confesión general (CC 20).

Todo esto requiere sin duda fidelidad grande en quien entra en la vida religiosa. Durante el noviciado Calasanz quiere que se le adiestre en ejercicios de vida espiritual (cf. CC 21), pero destacamos sobre todo estas palabras suyas, que evidencian la profunda espiritualidad y conocimiento de los hombres: “Sobre un punto queremos prevenir

encarecidamente al Maestro: que interprete con fino discernimiento en cada novicio su tendencia profunda o la orientación del Espíritu Santo, que enseña a los sencillos a orar con gemidos sin palabras; y así por ese mismo camino se esforzará en llevar a cada uno hasta la cumbre de la perfección” (CC 23).

Por tanto, según el Fundador, la entrada en la vida religiosa constituye un camino que hay que recorrer. El candidato ha de ser fiel al deseo de “tender a la plenitud de la caridad” (CC 1), y los formadores lo han de ser para aceptar a los verdaderamente llamados. Tengamos en cuenta que esa fidelidad de la que se habla es una fidelidad que se va haciendo y que, por tanto, habrá situaciones y momentos en los que una persona no llegará a vivirla con la riqueza que quiere; eso no ha de preocuparle, lo importante es el corazón en su deseo de realizar un proceso de caminar hacia la meta.

3. El seguimiento como vida

¿Qué se quiere con el seguimiento? Las Constituciones lo dicen de distintas maneras: “Se busca a Jesús como lo único necesario” (C 16). “Se quiere ignorar todo excepto a Jesucristo y este crucificado” (C 18). Se quiere “completar en nuestra carne, por amor a la Iglesia, lo que falta a la pasión de Cristo” (C 20). Se quiere entregar la vida (cf. C 18). Se quiere llegar a la plenitud de la caridad (cf. C 16).

La vida religiosa mira, por una parte, a la persona de Jesús. Él ha de ser lo único que importa (aunque luego veremos que eso que es lo único que importa se manifestará en la misión a los hermanos). Toda la vida del escolapio consiste en ir detrás del Maestro, tratando de conformarse con Él, buscando encarnar en sí mismo las actitudes del Señor; por ello pide Calasanz: “nos esforzaremos, a ejemplo de s. Pablo, en contemplar a Cristo crucificado y sus virtudes, para conocerle, imitarle y recordarle frecuentemente durante el día “(CC 44).

Este seguimiento hace que la vida se concentre en Él, sea lo más importante, se constituya en la razón de la propia existencia y la pasión por la misión a la que Él mismo nos ha llamado. Si ha de ser “lo único necesario”, de ahí se pueden sacar distintas conclusiones y han de servir para el examen de la propia fidelidad; si se ha de ignorar todo menos a Él crucificado, hay que examinar la relación que se tiene con el dolor y la Providencia, con el mal y la posibilidad de solucionarlo, y darse cuenta si la vida ha evolucionado –una vida en proceso– en este campo; si se busca la plenitud de la caridad, hay que ser consciente que a ella no se llega de una vez por todas, supone un camino, pequeñas y constantes experiencias, una fidelidad inquebrantable en medio de las dificultades que suelen aquejar la propia vida. Seguir a Jesús no llega a ser otra cosa que entregarse del todo y vivir en disponibilidad con una fuerte dosis de fidelidad amorosa al que

ha salido a mitad del camino de la propia vida. La fidelidad es la forma diaria de seguir al Maestro.

Para que se dé todo esto hay que cuidar mucho las equivocaciones en las que se puede caer. Hemos citado un conjunto de frases de las Constituciones que miran a lo que consideramos esencial en el seguimiento. Pero hay que recordar que normalmente el proceso vocacional tiene dos momentos. En el primero se destaca la identidad social. Es el momento en el que la persona, dejada ya atrás la etapa de confusión emocional y sublimadas en lo posible las pulsiones, vive esa identidad que es necesaria para la persona. Aparece entonces el grupo que le ofrece cohesión afectiva y valores comunes. En la vida religiosa el poder de la ideología es muy grande porque la existencia del grupo depende de la adhesión a Jesús. Esta etapa hay que pasarla o ponerla en crisis para llegar a lo que es la identidad personal, segundo momento, que no depende del grupo. El proceso de identidad personal comienza por la intuición de que la persona está más allá de toda otra realidad. Estamos en la unicidad personal.

Sólo cuando se llega a este momento se pueden vivir con autenticidad los elementos que indican las Constituciones. Todo ello requiere un camino desde el momento de la profesión que ha de durar toda la vida. Entonces se comprende que la vida de seguimiento no es una vida de espiritualismo sino que está encarnada profundamente en la vida hu-

mana de cada persona, y se entiende también cómo se requiere una verdadera fidelidad al proceso continuo de cambio que se va dando en el religioso.

4. En qué ambiente le seguimos

“En el ambiente comunitario de vida consagrada, le seguimos...” (C 16). “Y llegamos a ser cooperadores de la Verdad divina” (C 19). El seguimiento es de cada uno, pero el marco es comunitario. Se le sigue personalmente, pero también juntos. Por tanto, nadie puede aislarse de los demás como si fuera un eremita; nadie puede prescindir de los hermanos, son ellos quienes han de ayudar también al seguimiento personal.

Pero seguirle en común requiere un corazón muy clarificado; por ello es preciso discernir algunas actitudes que se dan en nosotros. Unas son teologales: quién es Dios en mi vida; motiva él o no mis opciones fundamentales; es una idea, una explicación o un tú personal; vivimos la vocación de una manera legalista, perfeccionista o como un proceso de búsqueda de fidelidad; la fidelidad es a las prácticas o al Dios del amor que marca el camino de la vida; nuestra vida se va haciendo poco a poco, vida en proyecto, o terminada una fase de la vida, ya creemos que hemos recorrido todo el camino y que nos podemos quedar tranquilos; volvemos constantemente a los ideales de juventud o vivimos el seguimiento en clave de proceso; cuáles

son los momentos fundantes de la experiencia de Dios y de la entrega...

Otros son relacionales. Dado que el seguimiento se vive en común, se cuenta o no con los demás en lo referente a la vida espiritual; la oración común es una simple práctica o un encuentro amoroso con el Dios que nos da la vida, es una oración creativa o más bien repetitiva, sin sentido; somos fraternidad en la oración o suma de monolitos nada más...

5. En qué consiste nuestro seguimiento

A esta pregunta las Constituciones responden con distintas expresiones, pero siempre en la misma línea: “Este seguimiento de Cristo se concreta... en la evangelización de los niños y jóvenes” (C 17). “... nos hacemos niños con los niños y pobres con los pobres” (C 19). “... entregamos nuestra vida para evangelizar a los niños y pobres (C 18). “... nos llama a la sencillez de los pequeños” (C 19). “...nos entregamos al trabajo apostólico y soportamos con gozo el sufrimiento diario en la escuela y entre los niños” (C 20). “Con su (María) presencia e intercesión podremos mostrar en nosotros la imagen del Hijo y nuestros alumnos aprenderán a modelar en sí mismos a quien ella engendró y educó” (C 23). “Mediante el ejercicio de nuestro apostolado manifestamos... nuestro amor universal” (C 21).

No podemos olvidar que hemos sido llamados al seguimiento en un carisma determinado.

Es lo que percibió Calasanz, lo que Dios le hizo descubrir y a lo que se entregó de corazón: “He encontrado mejor modo de servir a Dios haciendo el bien a estos pequeños y no lo dejaré por nada en el mundo”. Ahí se concreta la llamada al seguimiento del escolapio. A través de la pasión por su carisma, el escolapio manifiesta un amor universal. Calasanz amó a todos y a todos acogió, pero conocemos cuáles fueron sus preferencias y por qué tuvo que ampliarlas.

También en este campo pueden darse muchos engaños y por eso es necesario vivirlo en fidelidad. Una fidelidad, que como hemos repetido en otras ocasiones, se tiene que ir creando poco a poco. El peligro que se da siempre es que de joven la fidelidad quiera ser total, y se convierte en idealista más que real, y después, cuando esa fidelidad ha de ser de cada día y cuesta, uno se acomoda, la deja y se enrosca en su tranquilidad y hueco. La fidelidad fracasa y el amor de juventud se desvanece.

Decíamos que se pueden dar muchos engaños: decir que nos damos a los pobres, sin que eso sea cierto o al menos no constatable; la falta de sencillez y humildad que puede anidar en el corazón del escolapio, lo que traiciona una de la virtudes que más amó el Fundador y en la que, junto con la pobreza, experimentó cómo Dios puede cambiar una vida, gracia inaudita dada por pura misericordia; la huida de la escuela y de lo que ella implica, cosa que ya le ocurrió al santo cuando en 1638 escribía

que no encontraba sacerdotes que quisieran ir a la escuela; o convertir la escuela, revolución que él introdujo en el mundo de los pobres para darles nuevas posibilidades de redención, en un modo de repetir nuestro modelo de sociedad sin procurar que nada cambie.

Por eso el seguimiento escolapio de Jesús, le mira a Él como a lo único necesario, pero se manifiesta en el trabajo, empeño y esfuerzo a favor de los marginados. En una vida religiosa urgida por la misión. La integración dinámica de la pasión por la misión tiene que servir de crecimiento para el religioso. Sin embargo, según estadísticas, parece que esa integración se da alrededor de un 30% de los casos. Al no darse pueden aparecer algunos problemas: uno, puede que la persona se instale en una vida de cumplimiento que considera fácil y no pone el corazón en los problemas derivados de la misión encomendada; otro, la posibilidad del desequilibrio hacia las tareas, descuidando los restantes aspectos de la vida religiosa, el desequilibrio hacia una de las tareas que empieza a polarizar la intención y el afecto y desplaza a las demás actividades; tercero, el agotamiento, la depresión, no se puede mantener la actividad por querer estar presente en todas las partes de forma significativa.

La fidelidad en este campo ha de ser una vida que se va realizando poco a poco, pero progresivamente, en proceso de aprendizaje de la misión encomendada. Si desaparece el seguimiento y todo

se convierte en actividad, falla la fidelidad al Señor; si la vida consagrada permanece, pero falla la fidelidad a la misión, fracasa la entrega a la que uno ha sido llamado.

6. El seguimiento, la consagración y los hermanos

El seguimiento como consagración religiosa (también los laicos han sido llamados al seguimiento) implica en nuestras Constituciones una relación con los hermanos: "... nos unimos más estrechamente a Dios y nos entregamos con mayor disponibilidad al servicio de los hermanos" (C 16)... "guardamos su Mandamiento Nuevo" (C 18). "Somos solidarios de todos los hombres con talante acogedor y anchura de corazón" (C 22).

Además de lo dicho del seguimiento y la comunidad, aquí añadimos otra vertiente, la del amor y la solidaridad. Si no amamos al hermano ¿cómo se puede amar a Dios? ¿Si no se está constantemente sirviendo a los hermanos, ¿cómo se va a estar haciendo lo que hizo el Señor (cf Jo 13)? Si no guardamos su mandamiento (cf Jo 13,34), si no somos solidarios con ellos, ¿cómo podemos decir que seguimos a Jesús?

Es cierto que todo esto se cumple de manera especial en la vida comunitaria, corona y cruz de la vida religiosa. Y es que la norma escatológica de la vocación aparece patente en la vida común: que sea posible reunir juntos personas de origen tan di-

verso, cada uno con su historia, sin lazos afectivos propios, y precisamente ese grupo –comunidad– sea signo de la humanidad soñada por Dios para los tiempos mesiánicos. Decimos maravillas de la fraternidad, pero luego nuestra vida es distinta, no es confirmación de lo que afirmamos.

Y, sin embargo, el amor, la solidaridad es el test de la vida cristiana y de cualquier heroísmo ético (cf. 1 Cor 13). El amor que viene de Dios se realiza en las relaciones personales concretas. Atención a esto: la paradoja de la vida religiosa está precisamente en que donde más claramente experimentamos la cruz de nuestra vocación, más hondamente se nos da a percibir el milagro de Dios en nuestras vidas.

Cuando nos ponemos en seguimiento del Maestro y vemos que se realiza según el Mandamiento Nuevo por el que nos damos y amamos a todos los hombres, nos cuesta la fidelidad. La fidelidad de amor a los demás es una expresión del amor a Jesús, la fidelidad de ayuda a los demás es el camino de entrega a Jesús. La fidelidad vocacional entraña esta fidelidad al mandamiento del amor por el que se imita y sigue al Maestro.

7. María y la fidelidad

“La Virgen María... nos antecede con su luz en el seguimiento de Cristo” (C 23). Cuando no sepamos cómo seguir a Jesús, miremos a María. Cuando no sepamos cómo ser fieles al Maestro, miremos a

María. Cuando la fidelidad del seguimiento parece que se va a quebrar, miremos a María. Cuando no comprendemos que haya que ser fieles en medio de la oscuridad, miremos a María. La fidelidad está retratada de forma maravillosa en ese “Hágase en mí según tu Palabra” (Lc 1,38). “Es necesario que recurramos al auxilio de Dios y a la intercesión de la Santísima Virgen, bajo cuya protección se fundó la obra” (EP 4417). “Me encomiendo y encomendaré siempre al santísimo Crucifijo y a la bendita Virgen María, su Madre, para que se dignen proteger esta su religión” (EP 3982).

8. El seguimiento y la renovación de los votos

“La ratificación de los votos solemnes o profesión, hecha por puro amor de Dios, es una acción tan grata a Dios, que sobrepasa a todas las otras que pueden hacer los hombres, salvo el martirio. Quien ama, pues, a Dios como debe, debería renovar con frecuencia un acto que tanto agrada a Dios y, principalmente, con el buen ejemplo del prójimo” (EP 4024).

Cómo quería que sus religiosos renovaran cada uno los votos, nos lo dice en las Constituciones n. 32: “Todos y cada uno, en la fiesta de la Resurrección del Señor y de Todos los Santos, renovarán y ratificarán los votos, precedidos de la confesión general desde la última, de los ejercicios espirituales –según se especifica más adelante– y de la recepción de la Eucaristía”.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a ¿Quién es el Señor para ti?
- 2^a ¿Centras tu vida en Jesús y éste crucificado como pedía el Fundador?
- 3^a ¿Te has encontrado de verdad con los pobres y les has sido fiel?
- 4^a ¿Qué valor tiene hoy María en tu vida?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a Examina tu vida y mira si es de verdad auténtica.
- 2^a ¿Cómo vives el sufrimiento? ¿Es para ti un escándalo o un camino?
- 3^a ¿Tú y/o tu comunidad tendría que dar algún paso más hacia los pobres?
- 4^a Relata tu camino personal en relación a María.

Sugerencias para un día de oración

- 1^a Oración al Espíritu Santo.
- 2^a Lectura del tema o una parte del mismo.
- 3^a Diálogo sobre algún punto.
- 4^a Examen en común de lo que tanto quería el Fundador: los pobres.

Textos bíblicos

Flp 2,5-11; Jn 13,6; Rom 8,21; Lc 10,1 ss.; Mc 10, 13-16; Mt 11,25-29; Mt 5, 13-16; Jn 17, 11-

19; Gal 5,24; 1 Petr 4, 13; 1 Cor 1-18-25; Col 1,24; Rom 8, 17; 2 Cor 1,5.

Se es fiel en el seguimiento:

- Si se es auténtico, siendo protagonista de la propia historia.
- Si uno no se cobija en lo vivido, sino que es capaz de ir siempre adelante.
- Si se vive la fe como aventura y no como seguridad.
- Si no lo confunde con la búsqueda del orden.
- Si se busca más la identidad personal que la social.
- Si se está dispuesto a posponer todo al amor al Señor.
- Si no lo convierte en observancia de lo mandado, sino en donación al Dios del amor.
- Si la consagración la va construyendo diariamente.
- Si se ama a los hermanos.

LA FIDELIDAD AL CRECIMIENTO EN COMUNIDAD

La comunidad es el espacio donde se encarna, se hace real la vida consagrada, el seguimiento de Jesús. Vivimos en comunidad por gracia del Señor. Vivir hombres juntos, cada uno con su manera de ser, sus ideas, sus proyectos, su manera de ver la vida parece algo imposible, y de hecho lo sería si el Señor no nos lo hubiera otorgado. Hay que reconocerlo desde el principio, la comunidad es un don de Dios. Y a este don, como a todos los demás, hay que responder con fidelidad. Ser fiel en y a la comunidad no es nada fácil. Si el Señor llama, Él da la gracia de la fidelidad, pero como en los restantes elementos cristianos, hay que pedirla con perseverancia.

1. La fraternidad, sacramento del Reino

La fraternidad es sacramento del Reino por la fuerza de signo que posee. Dios Padre a través del hecho comunitario nos muestra qué ha de ser el Reino

aquí abajo, comunión de hermanos, y qué va a ser en el más allá, reunión amorosa de todos aquellos que han seguido a Jesús, lo han convertido en el norte de su vida y se han dado en el servicio a los demás. La vocación religiosa significa a través de la comunidad el proyecto de Dios que convoca a todos los hombres a ser hermanos y a vivir como tales. En la fraternidad se manifiesta el amor universal del Padre de Jesús. La fraternidad es el modo de vivir los hijos de Dios como hermanos, hijos de un mismo Padre.

Esta fraternidad no se hace visible tanto por las leyes externas que organizan el modo de vivir y comportarse, sino más bien por las relaciones profundas que han de darse entre quienes comparten la misma vocación. Sólo se puede aprender a ser y vivir permanentemente como hermanos si cada uno vive y realiza su condición de discípulo. Por eso, el discipulado, como lo hemos visto en el capítulo anterior, se vive en comunidad en la vida consagrada.

Este ser sacramento del reino sólo se puede vivir con la gracia del Espíritu y en actitud de fidelidad. La pertenencia comunitaria se enraíza en la personal convocatoria que el Señor nos hace permanentemente, la que se vive en proceso continuo, una fidelidad de amor a aquel que nos ha llamado. No hay signo si no se da la fidelidad porque al quebrarse ésta desaparece aquel. Las Constituciones lo señalan de la siguiente manera: "Reunidos en comunidad de fe... somos en cierta manera ministros de la esperanza del Reino futuro y de la unión fraterna entre

los hombres” (C 25). “Convocados por la Palabra de Dios... somos en la Eucaristía signo de unidad, actualizando en nosotros la muerte y resurrección de Cristo” (C 27). La fidelidad en y a la comunidad es elemento esencial de ser signo del Reino.

2. Elementos constituyentes de la fraternidad

La fraternidad se da por gracia –sería imposible vivir juntos si no atrajera y en cierta manera cohesionara la fuerza del Espíritu–, pero es algo que, al mismo tiempo, hay que construir. Esto implica el esfuerzo del hombre, la dedicación sincera a cuanto favorece la vida en común. Cuando se habla de dedicación, se habla de empeño y esfuerzo y, por consiguiente, de fidelidad. No se puede permanecer en comunidad si una persona no permanece fiel a los aspectos en los que se apoya la fraternidad. Algunos de ellos:

- a) Entrega a Dios y a los hermanos. Comunicación con Aquel de quien se recibe la gracia de vivir en común y entrega a quienes viven en la misma comunidad. Ambas realidades se alimentan y relacionan entre sí.
- b) Celebración del amor de Dios en la vida de cada día. Todos forman el Cuerpo de Jesús, todos participan de la Pascua del Maestro, todos deben recuperarse cada día como hermanos haya sido lo que haya sido el día anterior. En la celebración del amor de Dios se recrea el amor entre todos.

- c) Vivencia de la historia y de la Palabra. Hay que interiorizar la Palabra que se nos da cada día, pero, al mismo tiempo, hay que discernir los tiempos, la historia y los acontecimientos en los que va encontrándose la comunidad.
- d) Relaciones comunitarias sinceras que han de incluir la reconciliación, la conversión y el discernimiento entre cuantos forman la fraternidad. Si no se vive todo esto no se puede dar la fraternidad.
- e) Las diversas misiones en la comunidad. Cada uno es un miembro diferente que pertenece a todo el cuerpo comunitario; cada uno tiene otorgados por el Señor dones, gracias y carismas. Nadie ha de dominar a nadie y si alguno desea amar con mayor empeño, que sirva como el último de todos.
- f) El servicio a los pobres. Sólo la comunidad será signo de la fraternidad universal querida por Dios en la medida que viva abierta y sea acogedora de los pobres. De lo contrario, ¿cómo puede decir que en ella está el Señor?

Hemos ido citando unos pocos elementos como raíces de la comunidad. En las Constituciones se dice: “Aceptamos de corazón a los demás tal como son, y les ayudamos activamente a madurar en sus aptitudes y a crecer en el amor, procurando que el ambiente comunitario sirva a cada uno para dar respuesta fiel a su propia vocación” (C 28). En la vida en común se está en proyección a los demás, en servicio a los otros; aquí se dice que “el ambiente co-

munitario sirve a cada uno para dar respuesta fiel a su propia vocación”. En el capítulo anterior hemos visto cómo en este ambiente comunitario se sigue al Señor como a lo único necesario (cf. C 16). La comunidad como lugar de seguimiento y de servicio a los otros ayudándoles a que den respuesta a su vocación. Si la comunidad tiene estas raíces se comprende que se han de vivir en crecimiento constante. La entrega a Dios y a los otros, si la examinamos en nosotros, veremos que es algo hecho y por hacer, es decir, gracia y fidelidad; la celebración del amor a Dios en la vida diaria, es el afán de cada día al levantarnos y la confesión, al final del mismo, de que no lo hemos logrado del todo –fidelidad y debilidad–; la vivencia de la historia y de la Palabra, es suma de escucha fiel y cumplimiento a medias –fidelidad y medianía–, y así en cada uno de los aspectos que cada uno ha de repasar. La fidelidad vocacional como vida en proceso es constitutiva de la fraternidad.

3. Aptitudes ante la convivencia

Las Constituciones son muy claras en este aspecto: “La vida comunitaria exige, por una parte, aptitudes para la convivencia” (C 29). “El Espíritu de Cristo siempre presente en nosotros deja transida nuestra caridad de una delicada sencillez para adelantarnos en el respeto mutuo, amarnos como hermanos, ayudarnos con benignidad y tolerancia” (C 30). “... les ayudamos activamente a madurar en sus aptitudes y a crecer en el amor” (C 28).

En el corazón del Evangelio y de las Constituciones encontramos aptitudes y tareas fundamentales para construir la comunidad. Construir implica fidelidad. Se podría aplicar aquí la parábola de Jesús de quien empieza a construir y no logra acabar de hacerlo; le falta la fidelidad porque no tiene los medios suficientes para llevar a cabo lo que pretendía. Así, en la convivencia comunitaria se requieren unos materiales determinados para construir, pero se necesita constancia –fidelidad– para llevar todo adelante, si no llega el fracaso.

Lo dicen las Constituciones: “hay que tener aptitudes para la convivencia” (C 29). Es un requisito previo. Elemento de discernimiento vocacional obligado. Hay aptitudes que si no existen, es preciso que el candidato busque su camino personal, y hay aptitudes que han de ser elaboradas en la propia personalidad. Aparecen en el Evangelio, las citan las Constituciones. Hemos de comprender la importancia de la propia historia en éste como en otros elementos: las aptitudes se ponen como germen, pero han de desarrollarse en la vida. A eso le llamamos proceso, vida en proceso, lo que requiere fidelidad amorosa hacia aquel que llama a vivir en común.

La fidelidad es, al mismo tiempo, una actitud y una aptitud. Actitud en cuanto es la manera personal de afrontar la vida comunitaria, queriendo realizar lo necesario para vivir en ella. Aptitud, porque hay personas que no tienen la capacidad de vivir con otros, su individualismo les incapacita para vivir en comunidad.

Una afirmación hermosa, pero a veces arriesgada, es la de que “la vida comunitaria... favorece la plena madurez” (C 29). Así ha de ser, y no se puede afirmar que no lo sea en muchas ocasiones. Pero no deja de ser posible que a veces cierta vida común mantenga a algunas personas en el infantilismo porque no invita a la propia autonomía, a la elección de la autenticidad frente al cumplimiento de las normas, a la vivencia de la realidad frente al idealismo que predica la Institución, a la obediencia a la propia conciencia frente al sometimiento a la autoridad. Hay que cuidar por tanto estos aspectos.

Virtudes que están en el corazón del Evangelio y aparecen en las Constituciones que han de encarnarse en la comunidad porque hacen capaces de convivir juntos: la sinceridad, la afabilidad y minoridad en relación con los demás (cf. Mt 18, 1-5); evitar cuanto puede ser motivo de escándalo o división (cf. Mt 18, 6-10); la caridad transida de una delicada sencillez (cf. Mt 18, 12-15); la corrección fraterna (cf. Mt 18, 15); no ser enemigo de nadie, sino ofrecer el perdón con total gratuidad como el Padre de los cielos nos lo concede a nosotros (cf. Mt 18, 21-35).

Junto a lo dicho, existen dos signos principales: “Nuestra comunidad religiosa se centra en la Eucaristía” (C 28). Compartir el pan, es decir, los trabajos, las necesidades y cuanto conlleva la vida cotidiana. No es verdadera comunidad si no se da este elemento. Quien huye de los trabajos comunitarios, no está inserto en la comunidad, en todo

caso se aprovecha de ella. El “pan” significa muchas cosas: afecto, servicio, proyectos, relación, decisiones, actividades, cuanto se puede compartir.

El otro signo: “... ayudamos activamente (a los hermanos)... a crecer en el amor” (C 28). Para ello hay que servir, estar a los pies de todos, lavándolos como hizo el Señor (cf. Jn 13).

Vivir esto día a día, procurando crecer en los diversos aspectos, queriendo imitar más y más a Jesús, vivir la vida en proyecto de seguimiento de fidelidad, dándose a la comunidad, es lo que hará que encarnemos en obediencia libre las Constituciones en nuestra vida.

4. La auténtica comunidad

Como aspecto particular de lo que acabamos de decir, nos referimos a la verdadera comunidad y a las relaciones comunitarias de las que hablan las Constituciones: “Las relaciones comunitarias cobran vida y vigor con la caridad y corresponsabilidad: el espíritu de colaboración nos lleva a olvidarnos de nosotros mismos” (C 31). “Hacemos auténtica comunidad, cuando sentimos preocupación e interés por las situaciones en las que se hallan los hermanos: cuando participamos en los actos comunitarios de oración, en los que Cristo se hace presente; cuando intervenimos activamente en las reuniones de comunidad...” (C 32).

¿Cuáles son las fidelidades concretas que piden las Constituciones para vivir la verdadera comuni-

dad? Primero, la preocupación por los demás; no ser monolitos, independientes unos de otros, despreocupados, sin conocer las situaciones por las que pasan los demás, sin interrelación con ellos, encontrándose –si se hace– en la comida, en los bancos de la capilla y en la televisión. El otro no es más que un palo puesto junto a mí. Sin preocupación, no hay amor; sin amor, no existe la comunidad. Sin fidelidad en la preocupación somos simples individuos que se cruzan por los pasillos o la vida, nada más.

Segundo, vivir juntos en la oración, comer juntos, pedir juntos y pedir a Dios las mismas cosas. Cuando nos juntamos dos o más en su nombre él está entre nosotros y nos concederá lo que pedimos. Fieles a esa realidad aunque parezca rutina, porque también en ella puede darse el amor y el amor puede en ocasiones tener la forma de rutina, conservando en su interior toda la carga de donación.

Tercero, la comunidad se hace realidad en las reuniones, sean para programar, para revisar, para descansar, para gozar, para compartir dolores y esperanzas, para pasear juntos, para ¡tantas cosas!

Cuarto, la caridad y la corresponsabilidad. Estas dan soporte a las relaciones comunitarias. La caridad se expresa en el amor, la corresponsabilidad en la ayuda mutua. Amar hasta el fondo, gratuitamente como dice Pablo (cf. 1 Cor 13) es costoso y difícil, pero es el mayor de los carismas. “En el corazón de la Iglesia, yo seré el amor” (Teresa de Lisieux). Ser

corresponsable con los demás en lo que necesitan o cuando piden ayuda no es fácil sobre todo si da la sensación de que se aprovechan de uno o rompen nuestra tranquilidad y sosiego.

Pero ahí se manifiesta la vida común. Y “el espíritu de colaboración nos lleva a olvidarnos de nosotros mismos” (C 31). Es el mayor sacrificio, despojados de todo en servicio y amor a los demás, como el Señor. El seguimiento toma la forma de despojo en amor gratuito a los otros.

Ser fiel en la comunidad requiere ingente esfuerzo. Por eso la fidelidad viene muchas veces crucificada y trae la cruz a quien desea vivir en común con sincero corazón. Pero no se puede olvidar que si no se quiere cargar con la propia cruz no se puede seguir al Señor y, por el contrario, el seguimiento es una de las realidades más significativas de la vida que atrae a los demás y que manifiesta mayor amor a Dios.

5. La comunicación en la vida común

Vida común sin comunicación es una farsa. Es en la comunicación donde más se construye la fraternidad. Y con frecuencia llega a ser uno de los elementos más difíciles en la vida consagrada. Las Constituciones abordan también este aspecto: “Esto crea un ámbito de diálogo” (C 29). “Nuestra comunidad religiosa... se consolida en las relaciones interpersonales” (C 28). “El Espíritu de Cristo

siempre presente en nosotros deja transida nuestra caridad de una delicada sencillez para adelantarnos en el respeto mutuo, amarnos como hermanos, ayudarnos con benignidad y tolerancia” (C 30).

Creo que en este aspecto nos falta mucho. Y por eso insistir a veces en la fidelidad es hacerlo en el comienzo de dicha comunicación. Veamos algunos elementos que han de servir de examen de hasta qué punto se da esta realidad en nosotros, de cuál ha de ser la fidelidad que hemos de mantener, o de cómo nuestra vida ha de ponerse en proceso en este campo de la fraternidad.

- a) No cabe duda que todo encuentro se realiza en la palabra. Si el silencio puede representar el momento supremo del encuentro es más bien por concentración, porque ya no se necesitan las palabras, no porque no se sepa qué decir.
- b) La comunicación ha de ser reciprocidad de conciencias en la que la palabra es simple mediación. Hablamos de comunicación interpersonal, la que aúna reciprocidad y autonomía, sin que ninguna de las dos sofoque a la otra. No nos referimos a la palabra que se usa cuando no hay nada que decir y es simple verborrea. Pero en este campo hay que diferenciar sinceridad y autenticidad. Esta presupone vida interior personal. La sinceridad no siempre, porque puede vaciar toda intimidad. La autenticidad está hecha de libertad y respeto.

- c) Por una parte, la comunicación es necesaria en la vida común y, por otra, nadie puede ser obligado a comunicarse en la medida que no lo desea. ¿Cómo resolver esta oposición? Distinguiendo diversos grados de comunicación:

Primero, el más externo es el que aborda simples contenidos funcionales, y la persona no se da a conocer; pero existen, por ejemplo, algunos aspectos, como los administrativos, que se constituyen en símbolos que implican a la persona; así cuando se habla de dinero, aparecen miedos o posicionamientos personales con una fuerte carga emocional.

Segundo, hablar no ya de cosas sino de personas. Si éstas no tocan nuestro ámbito personal, sino simplemente el trabajo, todavía es algo externo a nosotros y no nos sentimos demasiado implicados.

Tercero, cuando se habla de ideas personales que están impregnadas de carga emocional y que dan a conocer a la persona, entonces la comunicación compromete más. En este caso cada uno elige los temas que desea, a veces conflictivos, otras, no; temas que acarrear consecuencias prácticas o lo contrario; a veces se teoriza, otras se baja más a la conciencia. Muchas veces en la comunicación comunitaria suelen mantenerse las personas en lo ideológico, que es una manera elegante –con discursos preciosos– de evitar cuestionamientos personales.

Cuarto, otro grado es hablar ya de cosas personales pero que pertenecen al pasado. Indica con-

fianza, no se habla así fácilmente y es el límite para entrar en lo personal.

Quinto, la comunicación de sentimientos actuales. Difícil porque la persona se abre y se siente vulnerable, y ,si no ve correspondencia, se cierra y se arrepiente de haber sido tan ingenua como para hablar como lo ha hecho, dejar al descubierto su alma.

Sexto, finalmente, la que se puede dar puntualmente ya que parece propio de la relación dual de amor o amistad, la aceptación incondicional del otro, abrirse descansando en el otro.

Sin duda un examen sincero de lo dicho nos indicaría la posibilidad de progresar –vida en proceso– constantemente en este campo. Hay que hacer la aventura de atreverse a vivir en un camino constante de crecimiento y de ser fiel a la posibilidad de mayor grado de apertura personal.

Pero dado lo delicado de la comunicación pueden darse también conflictos en ella. Las Constituciones lo abordan indirectamente cuando afirman: “Esto crea un ambiente de diálogo y evita cuanto puede ser motivo de división entre hermanos” (C 29). Sólo podemos tratar brevemente este aspecto. Señalemos algunos conflictos: primero, los silencios, cuando es una clara evidencia de protesta contra los demás o de miedo a decir lo que se piensa. También cuando es el resultado de que alguien “nos ha callado”. Segundo, conflictos que provienen del rechazo o descalificación de la comunica-

ción de los otros. Rechazo que se puede manifestar de muchas maneras, con palabras, gestos, murmuraciones, palabras a parte... Tercero, los que proceden de que no se puede pensar de manera diferente sin que se rompa la relación. Es necesaria la capacidad y posibilidad de divergir en lo que cada uno piensa sin que eso aleje a las personas. Cuarto, otras veces es al revés, se está de acuerdo en lo que se discute, pero la relación no es buena entre las personas. Quinto, el conflicto puede surgir por la dependencia de una persona respecto de otra; no piensa con su cabeza sino con la de aquella de quien depende. Sexto, a veces el conflicto procede de la falta de información. Están en la comunidad aquellas personas que se las saben todas y otras a quienes falta toda información. Y, lógicamente, brota el conflicto al tratar los temas.

6. Comunidad y decisiones

¿Quién crea la comunidad? Responden las Constituciones: “Este compromiso de crear y fomentar la comunidad lo hemos asumido todos al abrazar la vida religiosa; pero recae principalmente sobre quienes han recibido la responsabilidad de animar la comunidad” (C 34). Está claro, todos y cada uno de los miembros de la comunidad, pero de manera especial el superior. Aspectos importantes en la creación de la comunidad son la información y la toma de decisiones.

La información ha de ser siempre clara, total y de forma que llegue a todos. Si el animador de la comunidad se reserva algo, hace flaco servicio al grupo. Lo mismo si no logra comunicar con claridad lo que se va a tratar. El otro aspecto, la toma de decisiones. A la hora de tomarlas hay algunos aspectos críticos que se han de tener en cuenta: primero, distinguir muy bien el momento de hacer una pregunta a la comunidad. Una cosa es la presentación de la propuesta y otra su valoración. Si se hacen valoraciones en el momento de presentar la propuesta, quienes gozan de mayor influencia pueden hacer derivar todo hacia sus posiciones, dejando sin palabra a quienes no tienen tanta influencia. Segundo, la decisión más democrática y la mejor es la que se obtiene por consenso, después de haber considerado y confrontado las diversas posibilidades. También era la manera de pensar de Ignacio de Loyola. Es cierto que en muchas ocasiones no habrá más remedio que llegar a una votación, y es algo democrático, pero esta forma de obrar puede crear divisiones en el seno de la comunidad, dando nacimiento a grupos y produciendo incluso heridas que pueden llegar a tener consecuencias; estarán los vencidos y los vencedores.

Sería importante y signo de progreso que la comunidad fuera avanzando en el ejercicio de toma de decisiones, que fuera cada vez más ayuda para el superior, que ni dejara todo en manos de éste —¿hay comunidad en este caso?— ni tampoco fuera

un obstáculo en la animación que es su deber –¿se crea entonces comunidad?–. Esta sería una de las fidelidades de la comunidad hacia el superior y hacia la construcción de la misma.

7. Crecer en comunidad

La comunidad ha de ser lugar de fidelidad y crecimiento humano y religioso para el religioso. Pero existen distintos modos de entender este crecimiento. Para algunos la comunidad es simple estilo de vida, actos en común, techo para todos, plataforma de trabajo, por tanto, lugar de autorrealización para lo que se sirven de cuantos elementos encuentran en ella. Para otros, en cambio, es relación interpersonal, que no va reñida con los aspectos citados, pero refuerzan sobre todo el aspecto relacional.

Lógicamente estas dos maneras de concebir la comunidad implican dos maneras diversas de pensar el crecimiento personal; la primera de ellas pone el acento en la asimilación de valores y contenidos y, en consecuencia, la comunidad está supeditada a los procesos de semejante asimilación. Quienes la piensan de otra manera, ponen el acento en el proceso de personalización, en la aventura de la fe, en la importancia de la autenticidad como valor de camino en la vida. En el primer caso, la fidelidad comunitaria está en el cumplimiento de lo mandado; en el segundo en ser coherente con el propio proceso, aunque a veces tome un rumbo que pa-

rece equivocado. Al final, siempre la fidelidad a sí mismo conduce al encuentro del Señor.

Pero hay algunas actitudes básicas que se deben dar en la comunidad. Según las Constituciones, el cuidado por los que entran en el Instituto, la atención a los ancianos, la preocupación por los que pasan por situaciones difíciles: “Con especial cuidado y amor fraterno nos preocupamos por quienes acaban de abrazar nuestra forma de vida, por los angustiados por dificultades personales, por los enfermos y ancianos” (C 33).

En segundo lugar, la atención a toda la familia humana: “Nuestra comunidad, miembro de toda la familia humana y siempre dispuesta a servir, hace suyos, con gusto y decisión, los gozos y esperanzas, las tristezas y afanes de todos los hombres, particularmente los de la comunidad local en la que vivimos” (C 38).

En tercer lugar, la comunión con la Iglesia y otros Institutos afines (cf. C 37). En cuarto lugar, la necesidad de ir caminando, pasando de la comunidad que hemos llamado ámbito a la de relaciones personales.

Quinto, la voluntad seria de vivir con otros, con todo lo que esto implica y hemos visto. Y, finalmente, que nada realiza como el amor, y que éste no es algo genérico, sino apertura de corazón a los hermanos, se coincida o no con ellos en lo que se piensa y en los planteamientos de la vida. Y así llegamos al punto de inicio del capítulo, que experimentamos, con frecuencia en la fe, que el reino

de Dios está aquí, en el crecer juntos, en el cuidado mutuo, en la oración común, en el sufrimiento compartido. Y a todo ello hay que ser fiel.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a ¿Qué significa para ti la comunidad? ¿Cómo la vives?
- 2^a Cita otros elementos que creas constitutivos de la comunidad.
- 3^a ¿Creces humana y espiritualmente en la comunidad o buscas otros lugares para ello?
- 4^a ¿Eres capaz de caminar hacia una comunicación fraternal más profunda?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a ¿Tu comunidad es signo significativo del Reino? ¿Por qué?
- 2^a Discernir si los elementos constituyentes de la fraternidad se dan en tu comunidad.
- 3^a Ver si las fidelidades concretas que piden las Constituciones se dan en tu comunidad.
- 4^a ¿Somos capaces de ver entre todos cuál es nuestra comunicación comunitaria?

Sugerencias para un día de oración

- 1^a Orar al Espíritu Santo.
- 2^a Tomar un aspecto de los tratados y discernirlo después de haber orado.

3ª ¿Qué tenemos que cambiar?

4ª Acción de gracias.

Textos bíblicos

Lc 18,1; 2,19; Mt 6,6; Act 2,42; Rom 12, 1-2; 1 Tim 2,1; Jn 4, 23-24.

Se es fiel a la comunidad:

- Si el amor es lo principal en ella.
- Si se sabe perdonar de corazón cualquier falta cometida entre hermanos.
- Si los de fuera quedan admirados de nuestra manera de vivir en común
- Si la comunicación es sincera, afable y profunda.
- Si se ayuda al superior en su servicio a los hermanos.
- Si cada día se procura progresar entre todos en el seguimiento de Jesús.
- Si es lugar de crecimiento humano y religioso.
- Si pensar de manera distinta a los demás no rompe los lazos de amor.

¿SOMOS FIELES A LA ORACIÓN?

El espíritu de las Constituciones sobre la oración presenta lo que debe ser la oración escolapia. Capítulo práctico que se centra mucho en los actos que debe realizar el seguidor de Calasanz. Pensar en la fidelidad a la oración podría consistir en preguntarse hasta qué punto se van cumpliendo esos actos, pero ¡qué pobre fidelidad sería entonces! Nosotros al mismo tiempo que los subrayaremos, queremos descender más profundamente para ver el significado y valor de la oración. Y, en consecuencia, la fidelidad que se ha de tener.

1. Fidelidad y objeto de la oración.

1. El nº 40 de las Constituciones dice: “Con auténtico espíritu de oración y la práctica asidua de la misma, nuestra vida y apostolado en la Iglesia tienen esta finalidad: que, unidos en comunión, alabemos a Dios”.

En este sentido la finalidad de nuestra oración es semejante a la de Jesús. Él se confiaba constante-

mente a las manos del Padre y, alabándole, aceptaba su voluntad por más que le costase. Es un dato irrefutable históricamente que llamó a Dios “Abbá”; pues, eso que es el primer dato histórico, es lo último con lo que nos encontramos. Precisamente porque la resurrección lo que hace es revelar lo que había detrás de ese nombre con el que Jesús llama a Dios, Padre. Lo importante y real es que se relaciona con Dios de una manera única y singular. Y este dato histórico es exactamente el dato teológico que va a revelarse después de su resurrección y Pentecostés. De ahí que sea tan importante volver a la experiencia que tuvo Jesús de Dios, porque este es nuestro camino.

En nuestro proceso de cristianos se debe dar esto: hacer el mismo camino de Jesús en su experiencia de Dios. Todo nuestro proceso como orantes no es más que encarnar el camino del Jesús de la historia al Jesús mediador y revelador del Padre. Lo que quiere decir que la experiencia del Maestro tiene para nosotros un valor determinante. Lo expresa maravillosamente la carta a los Romanos en un texto clásico de oración cristiana: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados” (8, 14-17).

Oramos, pues, para alabar al Padre, para ser capaces de vivir en obediencia a su amor y voluntad, para que esa alabanza transforme todo nuestro ser. En este sentido sólo hay fidelidad si la oración es continua alabanza sabiendo que esto no quita otras finalidades de la oración; en todo caso la sitúa la primera.

2. Ya Calasanz había señalado en sus Constituciones el objeto de la oración: “En profundo silencio y sosiego del cuerpo y del espíritu, de rodillas o de otra postura conveniente, nos esforzaremos, a ejemplo de S. Pablo, en contemplar a Cristo crucificado y sus virtudes para conocerle, imitarle y recordarle frecuentemente durante el día” (CC 44). Las Constituciones actuales usan prácticamente las mismas palabras: “El Cristo crucificado y los misterios de su vida, serán, a ejemplo de San Pablo, el objeto constante de nuestra contemplación, imitación y frecuente recuerdo durante el día”.

La oración, según Calasanz, se ha de centrar en Jesús, y éste crucificado, como lo dicen las actuales Constituciones, que añaden “los misterios de su vida”. Cristo crucificado atraía los anhelos del Fundador: “El verdadero libro en el que todos han de estudiar es la pasión de Cristo, que da la sabiduría de acuerdo al estado de cada uno” (EP 1563).

Aquí vemos que la oración cristiana a partir del Misterio Pascual se hace esencialmente participación del misterio de Cristo; que no existe oración sino en el Hijo, pues es Él quien nos ha dado el Es-

píritu para comunicarnos su propia experiencia del Padre, su propia comunión con el Padre. De otra manera: todo el evangelio, toda la obra de Dios, la comunicación que Dios ha hecho de sí mismo a través de la historia de la salvación se resume en que por Jesús podemos orar.

Si es así, hemos de examinar nuestra fidelidad a la oración cuando el sufrimiento aparece –y aparecerá– en nuestra vida; qué fidelidad mantenemos a los deseos de Calasanz de centrar la existencia en la pasión de Jesús; cuál es nuestra fidelidad para que este hecho nos acompañe durante la jornada.

2. Oración, Palabra y soledad

1. “El trato familiar y asiduo con la Sagrada Escritura nos introducirá en el conocimiento íntimo de Dios y de su plan de salvación” (C 42). Esto implica que nuestro libro de meditación tendría que ser la Biblia de manera normal. En ella nos encontramos con la Palabra de Dios y a través de la misma conocemos la historia de salvación que continúa en nuestras vidas. Las Constituciones no dicen que tenga que ser así, afirman más bien “el trato familiar y continuo”. Pero en medio del fragor de la jornada diaria quizá haya que reconocer que el momento más propicio para estar con la Palabra es la meditación.

Dicho lo cual he aquí algunas consecuencias: primera, decir que la oración cristiana es oración en la Palabra, indica que no reposa directamente en la

experiencia. Lo propio de la Palabra es descentrar al hombre de sí mismo y esto supone una antropología muy especial, que el hombre se encuentra a sí mismo saliendo de sí. Por eso la oración cristiana no tiene como criterio directo la experiencia, como si dijéramos cuanto más experiencia tengo mejor oración hago. Tampoco se trata del grado de experiencia: cuanto más elevado sea ese grado, mejor es mi oración. Eso no es cierto. La oración cristiana tiene siempre criterios trans-experimentales y por eso no tiene por objeto directo producir en el hombre la sensación de plenitud. Se manifiesta más bien en expresiones paradójicas: gozo y sufrimiento, cercanía y lejanía de Dios al mismo tiempo; profundo sentimiento de pecado y de nada, con gran sentido de la propia libertad y alegría. La oración cristiana no tiene su discernimiento en el gusto o en la experiencia.

Segunda, la Palabra tiene su propia dinámica en la realización del hombre. Por ejemplo, ¿cómo puede el hombre realizar su afectividad en Dios a través de la oración? Sin duda para nosotros célibes, Dios no constituye nuestro descanso afectivo como lo podría ser una mujer y, sin embargo, hemos renunciado a esto para hacer de Dios nuestro descanso. He aquí la paradoja que hay que asumir y a la que hay que ser fiel.

2. Sobre oración y soledad decía preciosamente el Fundador: “Por último, y con todo ahínco, exhortamos a todos en el Señor a que, mientras les sea dado permanecer en la habitación, se esfuercen

en practicar actos externos y sobre todo internos de humildad, contrición, acción de gracias y otros que el Espíritu les irá sugiriendo. El Padre, que ve lo escondido, les recompensará y los llevará a la solidez y perfección de las virtudes” (CC 48), y lo repite casi al pie de la letra nuestras Constituciones (cf. C 43).

La oración es y ha de ser al mismo tiempo personal y comunitaria. El presente número habla de la personal. Desgranando lo que quería el Fundador de sus religiosos:

- a) Hay que hacer oración también donde nadie nos ve, sino sólo el Padre de los cielos. Por eso, la habitación es un lugar adecuado. Para orar no es necesario acercarse siempre a la capilla; hay que orar “en espíritu y en verdad” (Jn 4, 23). Dios está en todas partes, y a él se le ora desde el corazón.
- b) La oración tiene sus manifestaciones, cosa que bien sabía Ignacio de Loyola y no ignoraba el Fundador. Según Calasanz, hay que orar a veces con actos externos, otras con internos; la oración hay que hacerla en la postura que en un momento determinado necesite el cuerpo para expresar sus sentimientos. Sentimientos que pueden ser de humildad, contrición, acción de gracias, y, añade Calasanz, “otros que el Espíritu les irá sugiriendo”. Hay por tanto que estar atento al Espíritu y a lo que él vaya sugiriendo al corazón.
- c) El Padre de los cielos recompensará esta oración que ha sido hecha con sinceridad y secundando

los dictados de su Espíritu. La soledad aparece, por tanto, como elemento fundamental en la oración cristiana.

3. Escucha y silencio

Este aspecto de la oración viene resaltado claramente en las Constituciones: “El espíritu de oración se nutre y consolida con el silencio y el poco hablar, en medio de los cuales se oye más clara la voz de Dios, que sopla donde quiere. Por lo que interesa sobremanera mantenerse a la escucha, no sea que se nos presente de improviso y pase de largo sin fructificar” (C 44).

Recordemos un pasaje muy conocido del Fundador: “La voz de Dios es voz de espíritu, que va y viene, toca el corazón y pasa, ni se sabe de dónde viene o cuándo sopla. Importa, pues, mucho estar siempre alerta, para que no llegue de improviso y se aleje sin fruto” (EP 131). Por tanto, dos elementos son imprescindibles para la oración, el silencio y, a través de él, la escucha.

- a) El silencio, no porque lo idealicemos como tantas veces se ha hecho. En nuestro mundo lleno de ruidos, esos ruidos pueden ser un obstáculo para la oración. Pero existen diversos silencios y no todos ayudan a orar: está el silencio vacío de quien no hace nada, “está en las batuecas”, ahí no puede habitar el Espíritu. El silencio simplemente externo, pero el interior de la persona está

ocupado en muchas cosas y el corazón no puede atender la voz del Espíritu. Está, por otra parte, el silencio habitado por el Espíritu por el que una persona se deja poseer por la voz del Señor y su gracia. El “poco hablar” de las Constituciones hay que entenderlo en esta presencia del Señor, en la que el corazón aun en medio de los ajetresos del día permanece unido a él. ¿Por qué será que los grandes orantes han sabido unir la entrega generosa a los demás y la unión íntima con Dios?

- b) Ante la Palabra se tiene que dar la escucha. ¿Qué supone? Que el hombre se percibe a sí mismo desde la libertad de alguien que le precede. Supone salir de sí hacia el otro y que el hombre no se constituye desde sí mismo, sino más allá de sí, en Jesucristo. Supone que ser, es estar vuelto al Padre, es estar referido a otro en su escucha, escucha que es obediencia a su palabra. Esto implica una conversión de actitudes; nosotros no solemos estar acostumbrados a escuchar en la oración, la convertimos en un hablar, decir, sin dejar a Dios que intervenga. A veces es un monólogo en el que Dios tiene que escuchar y no en un diálogo amoroso entre padre e hijo. Escuchar es, pues, apoyar la existencia en otro, donde la relación personal se hace obediencia.
- c) La escucha de la Palabra supone también un sentido particular de Verdad, porque se percibe la trascendencia de Dios en esa misma Palabra que nos habla. Orar como Dios se merece es algo

que no se aprende sino al contacto vivo con la Palabra. Por eso las Constituciones dan importancia “al trato asiduo y familiar con la Sagrada Escritura”. En la religiosidad humana el hombre intenta acercarse de alguna manera a Dios, percibirlo. En cambio la Palabra es la que crea el corazón nuevo del que habla Ezequiel 36. Por eso, es propio de la Palabra dilatar la conciencia del hombre, abrirla a los espacios infinitos de Dios.

- d) En la Biblia existe un método constante de oración: cuando uno aprende a orar escuchando no tiene otra respuesta más que el agradecimiento, de manera que hasta pedir es agradecer, y arrepentirse de los pecados es alabar y recordar las maravillas del Señor.

Cuando uno escucha la Palabra y quiere orar, pero escucha desde el saber, esa Palabra se hace propia y es difícil orar. Cuando uno aprende a escuchar la Palabra como llamada de Dios, entonces esa Palabra despierta la libertad más profunda. Por eso hay que confiar en la oración, en la Palabra, en el Dios que acontece en ella, en el Dios que se manifiesta.

- e) Hay que estar muy atentos para percibir la voz de Dios. Es necesario mantenerse a la escucha de Dios que pasa cuando quiere; la vigilancia es una de las virtudes que tiene que estar presente en el cristiano y es algo que recomendó el Señor a sus discípulos y a las turbas en diferentes pa-

rábolas En este aspecto hay que preguntarse por la fidelidad a la lectura reposada, atenta y constante de la Palabra; sin esa fidelidad es muy difícil entrar en el conocimiento de Dios, de su manera de obrar, de las maravillas que hizo a favor de su Pueblo amado y de comprender cómo esa historia de salvación se sigue repitiendo en cada uno de nosotros. No se escucha a Dios cuando se está preocupado por los propios intereses; no se escucha cuando Dios es un ser que lo explica todo, pero no resulta un amante fiel que cuida de la propia vida; no se escucha cuando en los acontecimientos de cada día no se ve la mano de Dios que está detrás de cada uno de esos eventos. La fidelidad al silencio y a la escucha es un elemento necesario para la oración.

4. Oración y celebración

Las Constituciones hablan mucho de las diversas celebraciones que tiene que vivir el escolapio. Nos centramos en algunas de ellas.

- a) Celebraciones litúrgicas: “La fidelidad a la oración y la presencia de Dios durante el día nos disponen para las celebraciones litúrgicas, en las que se alcanza con plenitud nuestra santificación y la gloria de Dios” (C 45). La celebración litúrgica es la celebración de la Iglesia. Hay quienes quieren establecer una cierta oposición entre oración personal y oración eclesial. Lo dicen por-

que si la oración tiene algún sentido, es por ser algo eminentemente personal, que lleva el sello de la unicidad, de lo intransferible, incluso de lo incomunicable. Y, en consecuencia, es opuesta a la eclesial. Hay que superar esta dialéctica que opone lo personal subjetivo a lo objetivo comunitario, y eso sólo se puede hacer cuando se comprende la Iglesia en su profundidad. La Iglesia no es ciertamente una persona en sentido ontológico, y, sin embargo, no es simplemente una suma de personas. Si no existiera María y detrás de ella, Jesús, entonces habría que dudar que Dios cada vez que habla pudiera encontrar un “sí” perfecto, santo e inmaculado a su amor. En cambio, cada vez que los creyentes se reúnen en nombre de Jesús, como Asamblea de Dios, como pueblo creyente, sabemos que Dios encuentra ese “sí” perfecto e inmaculado. De manera que nuestro sí personal, el de cada uno de nosotros, los creyentes, es integrado, asumido en el sí de la Comunión de los santos. No hay, pues, oposición alguna entre oración personal y de la Iglesia.

Estas celebraciones hay que prepararlas con la fidelidad diaria a la oración que es la mejor manera de entrar luego en el Cuerpo de la Iglesia que adora, alaba, bendice y pide a Dios. La fidelidad personal ayuda a la vivencia en común. Y en ésta se ensancha y se hace a la medida de la Iglesia el corazón del cristiano. Personalmente nos sentimos pequeños y pobres; nuestra fe es

débil y el amor estrecho, pero cuando celebramos nos introducimos en la Iglesia que tiene la fe y el amor de la Esposa.

- b) En la oración eclesial matutina y vespertina están las Laudes y las Vísperas en las que por la mañana cantamos la misericordia de Dios y por la noche proclamamos su fidelidad, experimentada durante el día. Laudes y Vísperas nos introducen en el "Oficio". Oficio significa orar a Dios según conviene. Es lo debido a Dios, el sagrado deber de dar a Dios la gloria a la que tiene derecho. Trivializamos muchas veces el Oficio convirtiéndolo bien en cumplimiento de una obligación, en el resultado de una devoción o en el empeño por orar juntos. En cambio el Oficio como liturgia es lo digno de Dios en cuanto respuesta de la Iglesia al amor inconmensurable manifestado continuamente en la vida. La fidelidad a estas celebraciones no es cumplimiento de algo mandado por muy sagrado que sea. Por eso, de nada nos sirven las oraciones litúrgicas si no asumimos que es la respuesta de la Iglesia, si realmente esa oración no se personaliza en nosotros.

De ahí la importancia de la fe eclesial. Porque por más fe que yo tenga, sigo siendo pecador; por más fe individual que posea, jamás podré contemplar el misterio de Dios tal como él lo ha revelado.

¿Qué fidelidad tenemos a todo esto? ¿No vivimos la oración desde la devoción? La fidelidad, tam-

bién en este tema, es un camino de progreso, de paso de las situaciones en que nos encontramos a las realidades que subrayamos.

- c) Entre las celebraciones resplandece la de la Eucaristía: “Participamos diariamente en la mesa del Señor y, a ejemplo de los primeros cristianos, perseveramos... en la Fracción del Pan... La celebración comunitaria de la Eucaristía será su signo más genuino” (C 46). ¿Cómo celebramos la Eucaristía? Porque podemos acercarnos a ella hasta de cuatro maneras:

Primera, como la Eucaristía es lo más perfecto, es el sacrificio de Cristo a Dios, yo participo, yo cumplo y al cumplir recibo la fe. Esta manera de entenderla es hacer de los sacramentos no sacramentos de fe, sino de tipo mágico.

Segunda, se obra al revés. Lo que importa en la Eucaristía es mi propia fe, mi vocación. Entonces se convierten los sacramentos en actos de devoción. El Misterio de lo que se realiza es desplazado a la propia subjetividad religiosa.

Tercera manera, cuando se comprende que lo que importa en la liturgia es lo que Dios nos da, lo que él ofrece como salvación, como comunicación de sí mismo, como celebración del Misterio de Cristo. Entonces la actitud es de receptividad que se alimenta de lo objetivo, de lo dado en la Iglesia, de lo que Dios mismo ofrece al hombre.

Cuarta manera, cuando mi fe personal que recibe el don se une a la fe de la Iglesia. Es decir, cuando, por fin, comprendo que no puedo recibir el don de Dios, que no tengo un corazón capaz de participar en el misterio de Cristo, que yo no digo un “sí” adecuado al amor de Dios y que además no puedo porque es cierto que he recibido el Espíritu pero mi corazón no es santo ni inmaculado; por eso, cuando me uno a la Comunión de los santos, es entonces cuando puedo ofrecer un sacrificio espiritual, agradable a Dios.

La fidelidad pide realizar el camino de la vivencia de la Eucaristía hacia esta cuarta manera, sin que se den saltos artificiales, sino más bien en un proceso de vida de entrega a Dios.

Calasanz habla de la Eucaristía pero simplemente en lo que manda a sus religiosos: “Nuestros sacerdotes celebrarán a diario el Sacrificio de la Misa” (CC 56). “Los Hermanos, los Clérigos y los Ordenados de Mayores recibirán la Eucaristía todos los domingos, una vez entre semana y en las fiestas de primera y segunda clase” (CC 57; cf. CC 61). Pero basta leer las declaraciones de muchos religiosos que vivieron con él y le vieron celebrarla para comprender que era para él el pan vivo de cada día que le ayudaba a vivir todo desde la Providencia de Dios.

- d) Otro sacramento de celebración: “Por la penitencia, las obras de caridad y la liturgia somos llama-

dos a la conversión y a la renovación permanentes, pero, sobre todo, por el Sacramento de la Reconciliación, que nos devuelve la plenitud de la paz con Dios, Padre misericordioso, con la Iglesia y con los hermanos. Seremos por tanto solícitos y fieles en frecuentarlo” (C 47). Y Calasanz: “Al menos semanalmente se confesarán todos” (CC 58).

Si se hiciera una estadística sobre ese “solícitos y fieles en frecuentarlo”, la puntuación sería bastante baja. Unas breves consideraciones:

Primera, me parece que este sacramento se vive muy moralísticamente y muy poco teológicamente. Y desde esta perspectiva es normal que a muchos les parezca que no es tan importante frecuentarlo. La moral lo considera como acto, la teología como actitud. La moral lo ve como la confesión de una falta, la teología como sumergirse en la sangre redentora de Cristo.

Segunda, hemos trivializado el mismo pecado, cuando resulta que es lo más tremendo de la existencia. Bastaría repasar la carta a los Romanos. Nadie sabe lo pecador que es y lo que implica su pecado, sino cuando se arrodilla y mira la Cruz. Si no se mira desde ahí, el pecado pierde su entraña de maldad.

Tercera, la reconciliación no es un cumplimiento por el que el pecado cometido ya ha quedado perdonado y no tengo que hacerle más caso. Es mucho más. Es la manifestación

más inquietante de un amor gratuito que se entrega en acto de misericordia sin motivo alguno. El pecado merece el infierno si vemos que hemos matado al Hijo. Pero Dios en su infinito amor convierte nuestra mayor ofensa en el motivo más grande de su amor. La muerte del Hijo, que es nuestro mayor pecado, llega a ser por amor de Dios la razón de nuestra salvación. Las sinrazones del amor de Dios al que nunca comprenderemos y cuyo amor siempre nos superará por todas partes.

Cuarta, la reconciliación es un acto gratuito que no merecemos. Justificados por gracia y no por nuestras obras. Cuando uno lo vive desde ahí se queda sin aliento. Dios ama porque ama, no hay otra razón que su mismo amor. Y es que a Dios le ha dado por amar así.

Quinta, este sacramento a veces se vive simplemente para tener paz. Pero ésta proviene no tanto del sacramento cuanto del amor de Dios que perdona por pura gracia. Antes de que nació ya existían los confesionarios en las iglesias, es decir, que el amor de Dios ha precedido incluso nuestros propios pecados.

Tendríamos, por tanto, que ser fieles a este sacramento y es que el pecado sólo se puede mirar con los ojos de Dios. Entonces se tiene paz; si se mira con la propia mirada puede engendrar angustia, opresión o depresión.

5. Oración y vida

La oración está entroncada con la vida. La oración es vida y se realiza en la vida y hace de ella un homenaje a Dios. Dicen las Constituciones: “Toda nuestra vida llega a ser verdadera liturgia, cuando aceptamos en la fe todos los acontecimientos como regalos venidos de la mano del Padre. Una actitud vigilante de nuestra conciencia y el examen privado y en comunidad de nuestros actos nos ayudan a consolidar este propósito” (C 48).

A veces suele preocupar esta relación porque son dos realidades que no se han de disociar. Una oración que no sea vida, que no se haga en la vida, que pudiera apartar de ella, no es oración. Una vida sin oración es algo que no está de acuerdo con el estilo de vida elegido o, mejor, al que uno ha sido llamado. Es cierto que el entronque entre estas dos realidades es diferente según los estilos de vida. No puede orar lo mismo una madre con cinco hijos que una monja de clausura, ni ésta que una religiosa metida en la acción. El corazón de la oración puede ser el mismo, las formas, no.

Esto a veces crea tensiones. Cuando uno se siente culpable de no hacer oración, pero quizá un discernimiento serio le enseñaría que no puede hacer más. O cuando otro siente que Dios cuida de él y le mima en la oración y, sin embargo, constata que su vida no cambia. ¿Qué clase de oración es la que hace?

En la oración no importa el gusto sino el amor. No hay que buscar la tranquilidad, sino la voluntad de Dios; no vale la devoción, sino la fe; no se ha de mirar tanto el tiempo cuanto la calidad de la relación. Con lo cual no se rechaza si se dan los elementos citados en primer término.

En este tema es importante examinar dónde fundamentamos la oración y la vida; algunos quieren hacerlo en sus propias fuerzas, y ahí se encuentra la raíz de ciertos fracasos. Para otros el fundamento es la gracia, y ahí está el comienzo de la solución de muchos fallos. La contraposición no se da entre oración y vida, sino entre los fundamentos mal vividos de estas realidades, es decir, entre obediencia de fe y ansiedad por las cosas. Hay que ser, por tanto, fiel a la oración y a la vida. A la oración en la que nos encontramos con Dios y a la vida en la que nos encontramos con los hombres. Pero, ¿no nos encontramos con Dios en la vida y con los hombres en la oración? También. Tenemos que ser fieles a esta doble realidad y examinar cómo vamos haciendo de nuestra vida homenaje a Dios con las dos realidades.

6. Dificultades en la oración

Es un tema que no tocan las Constituciones pero nos ha parecido bien citarlo aunque sea muy brevemente. He aquí algunas de esas dificultades, enumeradas, aunque no desarrolladas.

Primera, la racionalización que nos lleva a no orar. Son excusas. “Yo ya tengo la liturgia, ya es suficiente”. Segunda, la dificultad de concentración. Preguntas a hacerse: ¿a qué se debe esa dificultad de concentración? No es lo mismo que se deba a una psicología ansiosa o a un exceso de activismo. O que se deba a tibieza, porque habitualmente se vive fuera de la luz de la fe o a que se esté pasando por una fase de aridez. Atención: la obsesión por concentrarse puede ser camino propicio para distraerse. Consejo: hay que aprender a orar con distracciones. Lo cual supone que uno se va ejercitando en la libertad espiritual de distinguir superficie del espíritu y fondo del mismo. Tercera, en la oración aparecen las tentaciones. ¿Cuáles? Todas. Podemos preguntarnos: si somos tan poco tentados, ¿qué clase de oración hacemos? En este caso en vez de hacer de las distracciones o tentaciones problema, hay que convertirlas en camino de humildad. Cito algunas, pero sólo citarlas: la aridez, el desaliento, la superficialidad del optimismo natural, el miedo al cara a cara con Dios, la “acedia”...

Siempre hemos de permanecer fieles en la oración y fieles a la oración. Hay quien la empieza, pero en seguida se cansa y la deja; hay quien piensa que tiene otras cosas más importantes que hacer y ni siquiera la empieza. Sin fidelidad a la oración, no es posible permanecer en el seguimiento de Jesús y amarlo perdidamente.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a Examina tu oración personal. ¿Qué haces en ella? Antes de nada, ¿oras de verdad?
- 2^a ¿Acostumbras a orar también en la soledad? Soledad no es estar sólo, se está con Dios.
- 3^a ¿Usas muchas palabras en la oración –le disgustaba al Señor– o es más bien para ti un diálogo de amor?
- 4^a ¿Vives la oración eclesial? ¿Te sientes dentro de la Iglesia cuando oras?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a ¿En qué situaciones puede decir la comunidad que sigue a Jesús crucificado?
- 2^a ¿Se ha hecho alguna vez la experiencia del discernimiento comunitario?
- 3^a Discernir cómo se viven las celebraciones diversas que se hacen en común: laudes, vísperas, Eucaristía...
- 4^a ¿Se celebra alguna vez en común la reconciliación aunque no sea sacramental?

Sugerencias para un día de oración

- 1^a Tomar un texto bíblico: leerlo, meditarlo personalmente, buscar paralelos y ver qué le dicen a cada uno, poner todo eso en común y sacar algunas consecuencias para la vida de comunidad.

Textos bíblicos:

Lc 18,1; 2, 19; Mt 6,6; Act 2, 42; Rom 12, 1-2; 1 Tim 2,1; Jn 4, 23.24.

Se es fiel a la oración:

- Si el centro de la misma es Jesús.
- Si su pasión y resurrección ocupan un lugar privilegiado.
- Si se vive en actitud de receptividad.
- Si no consiste en un hablar, sino se favorece la escucha.
- Si lo principal es Dios y no nuestros intereses aunque sean espirituales.
- Si buscamos no el gusto, sino la voluntad de Dios.
- Si pedimos de corazón a Dios su Espíritu Santo.
- Si nos mantenemos en ella a pesar de la aridez, desaliento o tentaciones.
- Si sabemos escuchar lo que Dios nos dice.
- Si no la convertimos en leer cualquier clase de libros.
- Si la Palabra está con frecuencia en nuestras manos y en nuestro corazón.
- Si no la dejamos por no sentir nada o porque no nos dice nada.

- Si correspondemos con amor al amor que recibimos.
- Si sabemos agradecer, alabar, bendecir, ensalzar al Dios de la vida.
- Si aprendemos a orar como lo hizo el Señor.

FIELES EN LA CASTIDAD

El número 16 del capítulo segundo de las Constituciones dice que vivimos el seguimiento de Jesús “fieles en la castidad”. De esta fidelidad tratamos ahora. En el seguimiento de Jesús en la forma consagrada, aparece el celibato como uno de los elementos característicos de esta manera de ir detrás del Maestro y de plantearse la vida. El Señor vivió célibe y en la vida consagrada hemos sido llamados a configurar nuestra existencia con esa forma de vivir el Maestro. Pero la castidad, o, mejor, el celibato, es un camino a recorrer, y las Constituciones señalan diversos aspectos de ese recorrido.

1. La castidad es un don

Es la primera afirmación de las Constituciones en este capítulo: “La castidad por el Reino de los cielos es un don eminente del amor del Padre que recibimos en la Iglesia” (C 53). Quiere decir que no es un proyecto del hombre, algo que él ha ele-

gido por su cuenta, algo que pretende vivir con y desde sus fuerzas; es más bien una vocación de seguimiento de Jesús. La persona consagrada ha sido atraída por la fuerza del Espíritu del Señor hasta identificarse con la forma de vida que llevó el Maestro. Si no fuera por su llamada, por el don recibido, no se podría ir de esta manera detrás de Jesús con su misma forma de vida.

Ante este don no hay que preguntarse por qué; los dones de Dios tienen su razón en ellos mismos, en la locura de un amor que ha querido entregarse de esa manera. Dios ha querido llamar a una persona a una forma de vivir y se le ha entregado para que pueda hacerlo. ¿Qué podemos decirle al amor cuando ha querido manifestarse así?

Esto no quita que toda castidad sea verdadero don de Dios. Se vive de otra manera, pero también como don del Señor. Pero ahora tratamos de la castidad consagrada en la vida religiosa, aquella en la que la persona se siente vinculada a la persona de Jesús, y esa vinculación le lleva a una pertenencia a él de manera que está por encima de cualquier otra vinculación que pueda darse.

Al don hay que responder con fidelidad. Fidelidad en aceptarlo, de manera que no se puede hacer otra cosa que tener las manos abiertas y el corazón dispuesto; fidelidad en vivirlo, con los medios que luego especificarán las Constituciones; fidelidad en agradecerlo, porque hay que comprender que sólo

el amor inaudito e incomprensible de Dios es la razón de poseerlo.

Cuando se habla de castidad consagrada hay que cuidar de no espiritualizarla y pensar que está por encima de la castidad cristiana. Para quienes la virginidad es lo distintivo de la vida religiosa, la virginidad tiene primado sobre la existencia cristiana y miran el matrimonio como algo inferior. De manera que la virginidad es la forma privilegiada y casi propia de realizar la existencia del discípulo. Para afirmar esto se apoyan en Trento que indicó la superioridad de la virginidad como estado en sí mismo sobre el matrimonio.

Pero hay que tener en cuenta que una cosa puede ser superior como estado, pero esto no quiere decir que sea para “mí”. Y decir “para mí” no es únicamente decirlo a nivel individual, sino darse cuenta que como forma de existencia cristiana sólo existe en cuanto es una historia personal. El problema de la vocación no es problema de estados sino de llamadas personales, de procesos personales. Hay que desplazar la cuestión de las formas de existencia, de los estados a las historias, a la subjetividad, a los procesos personales. Y así cambian las percepciones y los juicios.

Por otra parte en este tema hemos de tener cuidado en no caer en el desprestigio del cuerpo, del amor humano, del amor sexual, del placer sexual que se da en la vida humana. Quien ha elegido la vida religio-

sa porque la cree superior al matrimonio o porque sufre el rechazo del amor sexual, no ha entendido lo que es la vida consagrada. Haber sido llamado a una vocación no es rechazar las riquezas que tienen las demás –también el matrimonio es una vocación– ni de los componentes de las mismas.

2. Seguimiento de Cristo con amor indiviso

Es un elemento fundamental en la vida consagrada Pero, ¿qué significa o implica de forma que podamos examinar nuestra fidelidad?

- a) Que en esta vida está comprometido el corazón. Y que hay que vivir desde él. El corazón se lo juega todo en el amor y si de verdad ama no busca otra cosa que al amado y satisfacer sus deseos. Cuando se vive desde el centro de la vida y uno sigue sus impulsos no sabe a dónde le van a llevar. Cuando uno entra en la vida religiosa no conoce lo que va a ser su futuro. Sólo se deja llevar por el amor que se ha centrado en Jesús, porque se ha sentido atraído por él a vivir de esa manera.
- b) Corazón indiviso implica pertenencia. Por eso la castidad consagrada más que no vivir ciertas experiencias –habrá que hacerlo–, está en experimentar el gozo de la pertenencia a alguien. Pertenencia es la vivencia de ser de alguien. Puede resultar difícil definirla, pero toda persona sabe cuándo pertenece a otra y se pueden tener relaciones aparentemente amorosas sin pertenencia.

cia. La castidad consagrada se vive y se realiza en la pertenencia. No hay castidad auténtica sin pertenencia, aunque se superen las tendencias a aquellas realidades a las que se ha renunciado. Se puede cumplir todo lo que manda el voto de castidad y si no hay pertenencia al Señor, ¿qué clase de castidad es esa?

- c) El corazón indiviso incluye vinculación. La pertenencia es vinculación; si no hay vinculación, no existe pertenencia y si no existe ésta el corazón indiviso está maltrecho. Por eso, quien vive la castidad consagrada no se permite la dispersión del corazón, el coqueteo afectivo, el juego erótico. Al margen de la culpa moral, en la que no entramos, aquí se trata de sensibilidad espiritual, de relación incondicional con el otro; en nosotros, con el mismo Señor.
- d) El corazón indiviso no es algo que se posee por el simple hecho de haber emitido el voto de castidad. Ocurre como en los demás votos. Normalmente la profesión no es la consagración de algo que se vive en plenitud, es más bien el comienzo de un camino que hay que recorrer. Y esto es importante ante las dificultades que puedan surgir o en los tropiezos que se pueden dar. El corazón indiviso es algo que hay que ir creando, porque si la castidad consagrada es don, es también combate. Si es don, no depende de nuestros empeños, elección o deseos; si es combate, Dios permite las dificultades, luchas,

tropiezos y caídas. Pero ni el combate elimina que sea don, ni, al revés, el don aleja que sea también combate.

- e) Corazón indiviso es vinculación con Dios, pero esto no quiere decir que no puedan vivirse otras vinculaciones. Muchas veces se ha enseñado mal en este campo: el amor que se da a otra persona es el amor que se le quita al Señor. ¡Cuánto ha habido de estas enseñanzas en la vida religiosa! El cristianismo y, en consecuencia, la vida religiosa no ha valorado en su justo precio lo humano y no ha sabido integrarlo en la experiencia religiosa de fe. Demasiado platonismo y agustinismo han influido en el cristianismo en este tema. Es cierto que el corazón indiviso es una vinculación de alianza exclusiva con Dios, pero no quita, aunque parezca paradójico, otras vinculaciones. Siempre se ha de distinguir el nivel trascendental y el categorial. En el primero se vive la vinculación con Dios, que está por encima de cualquier otra vinculación; en el segundo, se viven las demás vinculaciones que pueden ser con carácter definitivo. Hay que tenerlo en cuenta, con discernimiento, en la vida personal y en el acompañamiento personal.
- f) En todo este tema está de por medio la afectividad, porque no hay castidad en la que no esté implicada la afectividad. Hay vocaciones en cuya vida lo fundamental ha sido la afectividad con Jesús. Él ha sido su todo. Él ha conducido

sus vidas. Han sabido descansar en Él, y en los momentos duros de la vida, Jesús ha sido quien ha apaciguado sus corazones y les ha dado la posibilidad de confiar con una fe absoluta en Él. En este caso se sigue a una persona; se da un contacto de tú a tú, y es este contacto y seguimiento el que lanza a la misión. En otras personas, en cambio, lo que priva es Jesús como modelo o símbolo. Más que el mismo Jesús, lo que importa es lo que simboliza.

La afectividad conlleva dos elementos; primero, que lo que vincula es la humanidad de Jesús. Recordemos la importancia que daba a esta humanidad Teresa de Jesús. A veces uno puede relacionarse con Jesús como segunda Persona de la Trinidad, pero no se manifiesta la humanidad del Maestro y no es ésta con la que se entra en relación. Segundo, lo que significa Jesús para el discípulo, la importancia de su persona, es decir, algo así a la experiencia que tuvieron los discípulos de Jesús como un tú que, al mismo tiempo, era el Señor, el Maestro. Jesús, entonces, tiene un significado, una relación, una vinculación con la persona; es el todo y se le pueden aplicar todas las imágenes que aparecen en los evangelios.

- g) El corazón indiviso implica la continencia perfecta, vivida en celibato. “El consejo evangélico de castidad... comporta la obligación de una continencia perfecta, vivida en celibato” (C 55).

Calasanz hace mucho énfasis en esta vivencia de continencia en sus Constituciones: “Resulta en verdad enaltecedor para los religiosos, mientras siguen revestidos de esta carne mortal, cultivar la castidad de la mirada, del caminar, de la palabra, de la compostura de todo el cuerpo; como ángeles del cielo. Pero han de saber que es sobremanera vergonzosa cualquier mancha de esta virtud, don de Dios. Evitarán con todo empeño el pensamiento impuro –estrellándolo, en su nacer, contra las piedras–, la conversación escabrosa y cuanto exhale cierto aroma a vanidad en este mundo. Y señaladamente velarán por la modestia de los ojos: no se nos vaya a entrar la muerte por las ventanas” (CC 112).

La fidelidad del corazón indiviso es una realidad fundamental para vivir la castidad consagrada en el seguimiento de Jesús. Esa fidelidad hay que considerarla desde los aspectos que iremos tratando en los puntos siguientes.

3. El amor a todos los hombres

Al hablar de la castidad consagrada, afirman las Constituciones: “... y así nos unimos más estrechamente a Dios y amamos a todos los hombres con singular caridad” (C 53). Siempre se ha insistido en que el celibato da mayor libertad a la persona para poder entregarse a todos. Pero hagamos algunas observaciones:

-
- a) Lo fundamental del celibato, lo hemos dicho, es la relación íntima que establece con Jesús. Se le sigue a Él que es quien constituye el centro de la vida, de los deseos y del amor. En ese sentido, podemos considerar y vivir el celibato como cuestión afectiva. Lo que es determinante no es convertirlo en una forma de vida que da la posibilidad de permanecer más libres para determinadas funciones. En este caso convertiríamos el celibato en algo funcional y lo que es cuestión de corazón lo haríamos simple medio para alcanzar algunos objetivos, por muy importantes que nos parezcan.
 - b) No siempre el celibato da libertad. Bajo esa forma de vida pueden esconderse muchas clases de egoísmo, de falta de compromiso en la vida, de tenerla resuelta porque se tiene miedo a vivirla fuera, de no tener que preocuparse de muchos problemas que son los de la gente normal.
 - c) Otras veces, lo que llamamos “amor a los hombres” no es otra cosa que proteger el corazón con múltiples actividades, porque no se quiere tener expuesto lo más importante de la vida, y se evita por este medio la auténtica donación a los hombres y a Dios; al tener miedo a los hombres, la vida religiosa se toma como refugio; al tener miedo al cara a cara con Dios, se hace de ella un hueco donde vivir bien.
 - d) Pero cuanto hemos dicho no quita que existe la verdadera libertad de quien despreocupado de las

realidades personales, se entrega de verdad a los hombres, vive para ellos, les dan cuanto pueden y sobre todo se dan ellos mismos. Es un empeño de servicio que imita al que Jesús tuvo con sus contemporáneos. Pero así como Él alimentaba esa donación por medio del contacto continuo con el Padre en la oración a solas con Él, ellos comprenden que nada valdría la entrega a los hombres si no estuviera sostenida y alimentada por medio de la oración a solas con Jesús. En los hombres encuentran a Jesús, pero semejante encuentro necesitan sustentarlo en la presencia del Maestro, y en ella oran por los hombres a los que se dan.

Todo lo dicho requiere fidelidad tanto a los hombres como al Señor, y vivir semejante fidelidad como camino que se va recorriendo constantemente. Si no hay fidelidad a los hombres, ¿qué significa el amor a Jesús? Y si no existe fidelidad al amor a Jesús, ¿qué clase de entrega es la que se da a los hombres?

4. Camino para conseguir la castidad

Dicen las Constituciones: “El don especial de la castidad consagrada hay que descubrirlo, adquirirlo y conservarlo con el esfuerzo de cada día. Y eso lo consiguen, sobre todo, los que, desconfiando de sus propias fuerzas, entablan un trato familiar con Dios y en actitud humilde de Él esperan las fuerzas necesarias” (C 57). Tres elementos se citan: descubrir, adquirir y conservar

- a) Primero, descubrir. Esto requiere discernimiento y, en ese sentido, acompañamiento espiritual. Puede aparecer como un deseo o bien fuertemente sentido o como una corriente que viene de lejos sin que uno se haya dado cuenta hasta un determinado momento de querer entregarse a Dios o de seguir a Jesús o de trabajar por el Reino. Antes, en personas más jóvenes, solía darse como el afán por imitar a una persona que se había conocido y a la que se admiraba, un educador, un religioso del mismo pueblo... Estoy hablando de la vocación que conocemos. Así, pues, al principio suele aparecer como un ideal. En ese sentido presupone el deseo del hombre, algo que le atrae y le hace salir de sí mismo. Hemos de recordar que la vocación en sí es iniciativa de gracia y no se puede confundir con un sentimiento.

Hay personas que tienen la experiencia vocacional como entrega a una causa o como proyecto o bien como entrega al prójimo; otros como experiencia de amor personal de pertenencia. Puede haber muchas formas de experiencia vocacional. Todo esto supone discernimiento para que la persona sepa cómo ha sido llamada por Jesús y en qué medida Jesús es su amor personal. No siempre lo es. La pregunta a hacerse, ¿qué experiencia de amor configura la vida, porque no se trata sólo del momento de entrada, y en qué medida esa experiencia de amor tiene

que ver con la vocación de seguimiento a Jesús? Esto influye luego en el modo de vivir la castidad consagrada, el corazón indiviso.

- b) Segundo, adquirirla. Expresión ambigua puesto que hemos afirmado que es don. Pero el don hay que recibirlo en agradecimiento. Al considerar la vocación y el substrato de la afectividad, hay que atender a dos coordenadas de esa afectividad humana, la simétrica y la asimétrica. Ésta es la que supone desigualdad. La experiencia asimétrica tiene que irse dando en el proceso vocacional y aparece cuando uno puede sentir a Dios como Padre, que en el fondo es la experiencia del amor como gratuidad. Uno se va reconciliando con su finitud, aprende a descansar en Dios, a saberse amado, a purificar la vida y el corazón en la confianza en Dios.

La relación simétrica implica cierta igualdad; es la que se da, por ejemplo, con los amigos. En el proceso de adquisición de la castidad consagrada, la que se da con Jesús. Suele aparecer en personas más autónomas, en las que el mundo de la significación es lo que primero emerge, y luego, a lo mejor, tienen dificultad en asumir la dependencia. En este caso hay que cultivar el amor personal a Jesús, el seguimiento, la configuración con su persona, el progreso de la vida de castidad consagrada como un vivir con y para Jesús, y de ahí para los hombres. Ahí tenemos los dos polos de la afectividad de la per-

sona, finitud y libertad, gratuidad y obras. Hay que preguntarse cómo aparece todo esto en el propio camino de la adquisición de la castidad consagrada.

- c) Tercero, conservarla. En seguida indicaremos los medios que citan las Constituciones, antes señalemos algunos presupuestos humanos.

Uno, la conciencia clara de que nadie puede saltarse impunemente las necesidades básicas de la persona. Por ejemplo, no se puede ser célibe si no se asume la propia corporalidad, la necesidad de ser amado, si no se tiene integrado el mundo de la mujer. Con frecuencia ahí se encuentra un mundo reprimido aunque sublimado. Hay que cuidar todo ese mundo de realidades no asumidas porque han sido mal comprendidas o porque se ha recibido una mala y falsa educación en este campo, o bien por ciertos miedos que pueden nacer en una persona en cuanto siente todo lo que es propio de ser hombre.

Segundo, a medida que se va caminando ha de aparecer la experiencia vinculante. Es una experiencia transicológica, y es que el celibato no es cuestión de castidad sino de pertenencia. Es algo que otorga el Espíritu, pero es profundamente humano. No hay que confundirla con una gratificación. La vinculación no es moral, es experiencia de pertenencia, alianza. Poco a poco, a medida que se va afianzando la castidad se perci-

be más como amor de fe. Y se experimenta que la fe personaliza más que la necesidad.

Hay que atender a esto: cuando uno descubre cómo se va afianzando la vocación celibataria, es cuando en ese amor de fe puede seguir con necesidades normales de deseos, de lo que sea, pero eso no cuenta, porque no toca el fondo de la persona, no toca el amor en el centro personal. Puede ser que unos las necesidades humanas las integren de manera normal y a otros que Dios pueda dejárselas a flor de piel, con una fuerte impresionabilidad que casi asusta. Pero hay que darse cuenta pronto de que eso es superficial y que el centro es el corazón indiviso por el Señor.

5. Medios espirituales

“El trato familiar con Dios se alimenta de la Sagrada Escritura, la oración y los Sacramentos; y de tal modo transforma el corazón que hace nuestra entrega a Dios y a los hombres más generosa cada día. Nuestra devoción filial a la Virgen María y su protección reiteradamente implorada acrecientan nuestras fuerzas para imitar vigorosamente su ejemplo de fidelidad” (C 58).

El medio fundamental del que hablan las Constituciones para vivir la castidad consagrada como quiere el Señor es la oración. ¿Quién puede hacerlos vivir un auténtico celibato? ¿Quién puede lograr que nuestro corazón, lacerado por tantas he-

ridas, llegue a ser un corazón indiviso centrado en el amor al Señor? ¿Quién puede rehacer la existencia, tan deteriorada por tantas luchas y quebrantos como hemos ido sufriendo a lo largo de la vida? Sólo Dios y Jesús a quien encontramos en la oración.

La oración escolapia es afectiva. No en vano pasaron por la vida de Calasanz los franciscanos conventuales, los carmelitas y el P. Cordeses. Y así ha de ser la nuestra, salvada la libertad de seguir a Jesús por donde lleve a cada uno.

La oración afectiva se inicia con la presencia de Dios en un acto de fe. Y en ella hay que partir del corazón. No se trata de “creer” con la mente que estamos ante Él; sí de vivir con el corazón su presencia que es real aunque no se manifieste en ningún sentimiento.

El momento central es la relación. Puede provenir de la lectura de un pasaje bíblico, de una mirada interior a Dios, de un latido del corazón, de sentirse llevado a amar, bendecir, alabar, ensalzar o pedir a Dios, o simplemente de estar ante Él, junto a Él, con Él. La fe animada por el amor es el medio y fin de la oración. Por eso en cuanto brota la relación hay que dejar cualquier otra cosa y mantenerse en ella. No hay que examinar lo que se hace o cómo se hace, porque entonces se ha roto la relación. En la oración se ama, no tiene por qué estar uno a gusto; en la oración importa el Señor, no nosotros; la oración es salir de nosotros hacia Él.

Y todo acaba con la obediencia de fe. Todo lleva al que ora a cumplir el querer de Dios, manifestado en la misma oración.

Lo mismo sucede con los sacramentos, vividos desde la fe. Comer el Cuerpo de Jesús, beber su Sangre, y recibir su perdón. El alimento va fortaleciendo el alma, hace que la castidad consagrada se vaya afianzando y los sobresaltos de la vida no entorpezcan el corazón indiviso. El perdón purifica día a día la existencia y la Sangre del Cordero ayuda a superar las dificultades. Porque si el mundo afectivo (en el que suele haber tantas heridas) no está bien resuelto, cuando uno opta por la entrega al celibato, tarde o temprano aparece la crisis. Puede ocurrir, no siempre, que si una persona es sana, aunque no tenga integrados los presupuestos humanos, a través de la oración Dios puede suplir esos presupuestos. Pero no es lo normal. Se puede decir que una persona que en su relación con Dios ha vivido procesos de libertad, resulta que en la misma medida que no tiene miedo a la relación humana, aparece la crisis cuando menos lo piensa. En las crisis afectivas hay sin duda aspectos morales, pero no es lo más importante. Esas crisis tienen siempre un significado e indican el proceso de una persona. No puede dejarse de lado el problema moral, pero existen otras dinámicas del proceso que son las más importantes, muchas veces de integración.

Por eso ante la crisis la pregunta a hacerse es: ¿A qué responde? ¿A una idealización? ¿A una represión?

Son preguntas delicadas que hay que formularse, atendiendo al proceso de la persona, viendo los medios humanos que citamos en el punto siguiente. Siempre hay que vivir todo en fidelidad, en autenticidad.

6. Mediaciones humanas

Mediaciones humanas que citan las Constituciones: “la vida consagrada se desenvuelve en un ambiente comunitario alegre” (59); “la práctica de las virtudes humanas y cuanto favorece la higiene mental y la salud corporal” (C 59); “el instinto espiritual” (C 59); el cuidado en todos los medios de comunicación (cf. C 60); “la sobriedad y constante vigilancia” (C 61); “la opción de nuestra fe renovada a diario” (C 61); “el deseo de profundizar en el conocimiento de Cristo y de orientar hacia Él con amor único nuestra vida entera” (C 61).

Vemos los elementos que citan las Constituciones; no se trata ahora de hacer casuística de todos estos aspectos. Sí es conveniente subrayar la fidelidad a lo que ahí se pide. No se puede vivir lo mismo el celibato y tener el corazón indiviso si uno se permite ver o tener revistas que pueden ser una dificultad para la castidad que no tenerlas; o dedicarse a mirar imágenes no convenientes en cualquier medio de comunicación (¡los hay tantos!), que no hacerlo. Esto es claro. Ahí debe entrar el cuidado, la fidelidad amorosa, la oración afectiva, la madurez humana, el crecimiento espiritual.

En la comunidad ha de haber un ambiente alegre de forma que no se necesite buscarlo en otras partes. Y es decisivo el instinto espiritual que nos hace percibir espontáneamente lo que está bien y lo que no en este campo de la castidad. Aunque es cierto que en este voto, como en los demás, cada uno es llamado a vivirlo de una manera determinada; Dios llama a vivir la castidad de maneras distintas, por ejemplo, a veces a través de mediaciones humanas y otras sin ellas. La vivencia de la castidad no depende sólo de nuestro esfuerzo (que hay que ponerlo) sino sobre todo de la llamada que recibimos del Señor para vivirlo de una manera determinada. Y eso hay que discernirlo, y discernido, ser fiel a ello.

Elemento también importante es “la sobriedad, vigilancia, madurez afectiva en el trato amistoso con las personas”. En este punto las Constituciones del santo Padre reflejan la mentalidad de su tiempo, aunque el fondo de las mismas (no la forma) manifiestan en este aspecto una sabiduría exquisita (cf. CC 113 y 115).

Hoy comprendemos que la relación interpersonal es muy importante. Y hay que decir que en la vida lo importante es amar. El celibato no puede ser una castración del corazón. Lo que hay que tener en cuenta en esta relación con otras personas es que no son medios, en todo caso se convierten en mediaciones dadas por Dios. Convertir a una persona en medio es objetivarla; mediación es algo

que Dios pone en la vida para que a través de ella se llegue a la indivisión del corazón y a hacer de Él el único tesoro de la existencia. Pero el camino es delicado, con tropezones a veces, y que se debe realizar con verdadero discernimiento.

En todo lo que hemos dicho se requiere verdadera fidelidad. ¿Pero cómo vamos a ser fieles a Dios en un tema que hemos convertido a veces en demasiado espinoso? ¿Por qué en el cristianismo se ha tenido y se tiene tanto miedo al cuerpo y a la relación sexual? Serán los dos una sola carne, dijo al principio Dios. Sí, la fidelidad a pesar de todo es posible en el campo de la castidad consagrada, pero hay que confiar en Dios. El tiempo no destruye la fidelidad, sino que la refuerza, es posible ser fiel “siempre”. El “para siempre” es posible. En nuestra vocación, además, escuchamos constantemente la voz del Señor: “No temas, yo estoy contigo”. Y vamos hacia Él con un corazón amante y apaciguado, perdonado y asombrado de su amor, vigilante, pero sabiendo que es Él quien cuida de nosotros, esperanzado porque nos ha dado a Jesús y en Él lo más querido que tenía.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a ¿Vives la castidad como don del Señor? ¿En qué lo notas?
- 2^a ¿Cómo valoras tu cuerpo y todo lo relativo a la sexualidad en tu vida?

- 3^a ¿Qué es para ti tener un corazón indiviso?
¿Cómo vives lo que dicen las Constituciones?
- 4^a ¿Cómo es tu amor a los hombres?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a Examina tu vida ante el n^o 112 de las Constituciones del Santo Padre.
- 2^a ¿Se entrega la comunidad de corazón a aquellos para quienes trabaja?
- 3^a ¿Es la oración para la comunidad lugar de paz donde se rehace el corazón?
- 4^a ¿Cómo se vive en tu comunidad lo que dicen las Constituciones n. 59-61?

Sugerencias para un día de oración

- 1^a Orar al Espíritu Santo.
- 2^a Leer el capítulo de la castidad de nuestras Constituciones.
- 3^a ¿Hay capacidad para dialogar con profundidad en tu comunidad sobre lo que dice este capítulo?
- 4^a ¿Qué considera cada uno más importante para la comunidad de lo que dice este capítulo?

Textos bíblicos

Mt 19, 10-12; 1 Cor 7,7; 7, 32-35; Flp 3,10; 1 Cor 9, 22; Mt 25, 1-13; Lc 20,34; Flp 3, 20-21; Ap 14, 1-5.

Se es fiel a la castidad:

- Si tu pertenencia es el Señor.
- Si vives vinculado a Él.
- Si el amor es la razón de tu consagración.
- Si toda otra vinculación en tu vida está sometida a la del Señor.
- Si tu corazón no lo pones en lo carnal (San Pablo).
- Si no tienes miedo a tu cuerpo, a la sexualidad, al placer.
- Si tu renuncia a lo que conlleva el voto de castidad nace de experiencia de amor y no de miedos o huídas.
- Si el Señor es tu todo.
- Si amas de verdad a los hombres y te entregas a ellos, y esa entrega nace del amor a Dios.

FIDELIDAD A LA DEFENSA DEL INSTITUTO

¿Por qué hay que ser fieles a la pobreza en nuestra vida escolapia? Porque nos lo dijo Calasanz: “Los religiosos amarán a la venerable pobreza, madre de la exquisita humildad y de las demás virtudes, como a la más firme defensa de nuestra Congregación. La conservarán en toda su integridad y se esforzarán en experimentar a veces sus consecuencias” (CC 137). Algo que han querido conservar las nuevas Constituciones que siguen el pensamiento e incluso las palabras del Fundador: “Esta es la pobreza que amamos como la más firme defensa de la Orden, y la conservamos en toda su integridad” (C 75).

La pobreza en Calasanz más que un voto (que lo fue) fue una experiencia profunda de conversión que Dios le hizo vivir, de tal manera que llegó a considerarla como defensa de su religión. Y una de las últimas batallas que tuvo, y en la que venció, fue la defensa de la misma frente a aquellos religiosos que quisieron relajarla. El Fundador estaba con-

vencido que si se llegaba a esto, redactando nuevas Constituciones que se apartaran del sentido de las que tenían, la Orden quedaría destruida. Pero Calasanz venció y la Orden continúa su andadura.

1. La pobreza en la vida religiosa

Cuando uno piensa en la pobreza en la vida religiosa en seguida se le representa la escena bíblica del joven rico. Para él la riqueza fue un impedimento para seguir a Jesús; el seguimiento de Jesús se le pedía a ese joven viviendo en pobreza. Las Constituciones afirman: “Seguimos a Cristo que siendo rico se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza” (C 63). En el seguimiento de Cristo en la vida consagrada aparece la pobreza como un requisito. Apoyándonos en el relato del joven rico (cf. Mt 19, 16-22) podemos distinguir cinco momentos de la dialéctica vocacional de la pobreza a la que hay que ser fieles.

Primero, en el punto de partida hay un encuentro. La vocación no es un proyecto de perfección. Es una experiencia de Jesús como Mesías. Experiencia de fe que implica la experiencia de Jesús como alguien en quien se manifiesta el absoluto.

Luego viene el diálogo. “¿Qué tengo que hacer para conseguir la vida eterna? Cumple los mandamientos. Ya los he cumplido”. Ahora se trata de un plus. Pero la clave de ese plus no es lo jurídico-moral. El que plantea el Maestro es el propio del Reino

y de la experiencia del creyente. Existe una llamada carismática a vivir el Reino mediante la pobreza.

Se trata, por tanto, de una experiencia vocacional que irrumpe, que yo no escojo. El Reino introduce una novedad en la experiencia del discípulo. Más allá del ordenamiento religioso (mandamientos) está la experiencia de absoluto de Jesús, “deja todo y sígueme”. Es lo que dicen las Constituciones: “... de anteponer su Reino a todos los bienes de este mundo” (C 63).

El tercer momento, cuando uno se da cuenta que para seguir a Jesús en pobreza hay que haber intuido lo que es el Reino más allá del ordenamiento religioso. Y hace falta una opción de fe que permite seguir a Jesús fiándose, que las Constituciones lo subrayan así: “... haber puesto sólo en Dios nuestra confianza” (C 63). No se puede vivir en pobreza ni ser fiel en ese camino si Dios no llama a vivir de esa manera. Cuando uno es llamado al seguimiento en pobreza, sólo puede abandonarse incondicionalmente bajo la soberanía de Dios. Y es entonces cuando en la pobreza se puede experimentar el Reino.

Siguiente momento, esto no lo puede el hombre, pero lo que no es posible para él lo es para Dios. Por tanto, no puede ser deseo religioso, voluntarismo, perfeccionismo. Desde ahí no se puede vivir la pobreza en seguimiento del Maestro. Todo eso no puede soportar la dinámica del Reino, sólo

cuando alguien es atraído por la gracia. Con lo cual tenemos que Jesús centra el tema, todo depende de la fe, de la experiencia carismática que nos llama a Jesús, y del acto de fe, de la fuerza del Espíritu que lo posibilita. Sólo se puede seguir a Jesús pobre siendo pobre.

Todo termina con la pregunta de Pedro: “A nosotros que lo hemos dejado todo...”. A vosotros os dejo el Reino, el ciento por uno. Os doy todo, pero con persecuciones. Nosotros lo hemos dejado “todo por el Reino” (C 65), repiten las Constituciones como Pedro. Y el compromiso de “vivir el misterio de Cristo pobre... es, a la vez, prueba y exigencia de nuestro amor a Cristo y a los pobres” (C 65).

La pobreza no nace sino de esta experiencia de Jesús. Hay muchos que pueden optar por la pobreza por otros muchos motivos, por ejemplo, simplemente sociales o estructurales; en nosotros es una experiencia vocacional, prueba de que amamos a Dios y a los hombres y, al mismo tiempo, exigencia de ese amor.

Como resultado de esta experiencia vocacional aparecen en nosotros dos elementos. Primero, que el Espíritu ha tenido que suscitar en nosotros las preferencias de Jesús. Y sabemos cuál fue una de ellas, ser pobre en vez de ser rico, vivir en pobreza en lugar de hacerlo en la riqueza. Es la pregunta a hacerse, ¿prefiero ser pobre a ser rico? Donde experimento que el Reino es real es que en la pobreza

que para el joven rico fue una barrera infranqueable, la obra del Espíritu en mí produce una libertad interior por la que prefiero la pobreza. Ese es el test de si mi seguimiento de Jesús es real. Segundo, una pobreza a nivel vocacional indica que no la vivimos como “status”, sino como voluntad expresa de ser pobres. Se ha considerado muchas veces la vida religiosa como estado: tiene sus leyes, sus normas, su ordenamiento jurídico-social, su austeridad; no, es dinámica vocacional, voluntad expresa de ser pobres. Desde ahí hay que interpretar muchos de los números del capítulo de pobreza y de lo que iremos diciendo. Y, en consecuencia, la fidelidad no es al marco social que puede permitir muchas cosas con tal que se cumplan ciertas normas, sino a la dinámica vocacional que es mucho más profunda.

2. Ejemplos

Las Constituciones, en su segundo número, nos ponen dos ejemplos de cómo se ha de vivir la pobreza: “El Señor Jesús entre los pobres y los humildes escogió por Madre a la Virgen María, que aventajaba a todos en pobreza y humildad. Y San José de Calasanz, que aprendió la humildad y otras virtudes experimentando la venerable pobreza, nos quiso auténticos Pobres de la Madre de Dios” (C 64).

En María la pobreza es sencillez porque no se considera más que nadie; es disponibilidad, porque está siempre atenta a cumplir la voluntad de Dios;

es olvido de sí, porque su preocupación son los demás y sus necesidades; es amor a todos, porque cuida y está con los discípulos cuando el Señor se ha ido. María está abierta a lo que Dios quiere de ella sin fijarse en sí misma, sin atender a sus deseos, o mejor, consintiendo a todos ellos en obediencia a Dios y en donación a los demás.

Y en Calasanz conocemos su extrema pobreza que llegó a vivir como “suma pobreza”. Decía: “en cuanto a la santa pobreza, de pocos conocida y de poquísimos abrazada, en cuanto a mayor perfección la podamos llevar, más aseguraremos la religión” (EP 1755). Muchísimas citas, de profunda espiritualidad, tomadas de sus cartas, podríamos aducir. En cambio las Constituciones, en el capítulo quinto y sexto, sobre la pobreza y la ropa, da más bien normas concretas para sus religiosos. Y hay que comprender que reflejan la vida de otro tiempo. Diríamos que la auténtica espiritualidad de la pobreza tenemos que buscarla más en las cartas que en las Constituciones. Éstas dan la normativa, en aquellas se ve el corazón de Calasanz que late día a día ante las necesidades de sus religiosos.

3. Manifestaciones de la pobreza

- a) “Y las hacemos patentes cuando compartimos de verdad” (C 65): el compartir. Es muy importante preguntarse en qué medida vivimos el compartir. Hay un sentido básico del compartir

que es, yo vivo una vida común y basta. Pero ¿a qué se reduce esa vida común? Fundamentalmente a una observancia de actos en común y en que las cosas que yo tengo las vivo bajo la dependencia del superior (y no siempre ni mucho menos), y llevando una vida austera (¿hasta qué punto?). Pero no hay un compartir de bienes porque la pobreza está muy marcada por el sentido individualista y la obediencia. Tendríamos que vivir un compartir en la renuncia a lo propio y a nivel comunitario. Es importante que comprendamos que lo que yo produzco no es mío. Hemos de vivir relaciones donde los bienes que yo uso pertenecen igual a los demás. Frente al individualismo, debe existir una circularidad de bienes en el compartir. Al mismo tiempo tiene que darse el compartir hacia afuera: "... compartir de verdad nuestros bienes con los necesitados" (65). Esto en la vida religiosa está muy olvidado, dar lo remanente, lógicamente considerado siempre el ministerio al que nos dedicamos y todo lo que exige. A veces la acumulación de bienes se da individualmente y en otras ocasiones en los Institutos.

- b) El cuidado de las cosas comunes: "Nuestro espíritu de pobreza ha de manifestarse... en el cuidado de las cosas comunes" (C 66). Aquí el peligro reside en caer en la casuística. Pese a todo, algunas consideraciones: cómo se viven las cosas que pertenecen a la comunidad; si se

consideran propias y se hace con ellas lo que se quiere. Cómo se comporta uno con el precio del trabajo; si se tiene sentido de vida común sin buscar dentro del grupo algo más, sino ateniéndose a la vida de todos, sin individualismos, viviendo con los demás y como los demás, siguiendo la pobreza. Si la vida común refleja realmente opciones de pobreza. Cuál es la calidad de vida que se lleva. Si como comunidad se intenta una pobreza que no acumula, que comparte con los pobres, que sabe dar y acoger. Y un tema delicado que normalmente uno no sabe cómo afrontarlo, ¿puede un grupo, en este tema de la pobreza, acogerse a la Providencia hoy día y con el ministerio que ejercitamos?

Muchas de las cosas citadas aparecen desparramadas en los distintos puntos del capítulo. He aquí algunas de ellas: "... las hacemos patentes cuando compartimos de verdad nuestros bienes con los necesitados" (C 65). "Nuestro espíritu de pobreza ha de manifestarse... en el cuidado de las cosas comunes" (C 66). "La práctica responsable de la pobreza evangélica... exige que seamos pobres de espíritu y de hecho" (C 69)". "...los profesos de votos solemnes pierden la capacidad de adquirir y poseer. Por eso, todo lo que adquiere el religioso de votos simples con sus iniciativas y trabajo personal, o en concepto de pensión, incluso social, subvención o seguro o por razón de la Orden, y lo mismo todos los bienes que obtenga el profeso

de votos solemnes por cualquier concepto, los entrega a la Casa, a la Provincia o a la Orden. Y todo dinero, y los títulos todos, los ingresan en la caja común...” (C 69). Hay que ser fiel a todos estos aspectos que señalan las Constituciones. En este campo de la pobreza es fácil creer que muchas cosas no tienen importancia, ser laxo en su vivencia o no relacionar la pobreza vivida en profundidad con el seguimiento de Jesús.

- c) La espiritualidad de lo cotidiano. Con lo que se quiere afirmar que una espiritualidad de la pobreza nos lleva a vivir las cosas como don. Y esto supone toda una espiritualidad de lo cotidiano. No se renuncia a las cosas porque sean malas. El espíritu del Reino no está tanto en la renuncia de lo material para espiritualizar, sino al revés, espiritualizar consiste en poder vivir las cosas como don, porque normalmente el hombre las vive como deseo posesivo. Esto incluye saber gozar de las cosas, poderlas amar, no ser negativo ante ellas. Es un principio de la vida espiritual que Dios no quiere sacrificios forzados, sino voluntarios. Esto nos exige examinar nuestras relaciones con las cosas, que ahí también anda la pobreza. Si alguien renuncia a algo porque lo considera negativo, ¿qué valor tiene semejante renuncia? Por una parte, hay que saber gozar de todo, y, por otra, hay que saber que cuando se renuncia a algo –no hablamos de pecado– es porque lo considera positivo, pero el amor le lle-

va a hacer un gesto de generosidad que muchos no podrán comprender.

Es preciso examinar la propia fidelidad en lo cotidiano, no permitirse en la práctica lo que en la profesión se ha entregado al Señor. A veces existe un largo trecho entre lo proclamado en la profesión y lo vivido día a día. Aun sabiendo que la vida es proceso, que nunca se llega a la vivencia en plenitud de una realidad, hay que cuidar los pequeños gestos que tantas veces se nos escapan en la vivencia de la pobreza.

- d) “Por el voto de pobreza renunciamos al derecho de usar y disponer de los bienes materiales sin el permiso de los Superiores” (C 68). Podríamos titular esto la espiritualidad de la renuncia. Que tiene que darse en nosotros por el seguimiento de Jesús, no por mentalidad platónica o dualista respecto de los bienes materiales. No podemos negar una espiritualidad de renuncia que pertenece a la sabiduría humana, acumulada a través del tiempo y de tantas personas, que dice que la propia identidad sólo se puede salvar si el hombre sabe renunciar a los bienes materiales. Es decir, que tiene que aprender a renunciar, a ser moderado en este tema. Es “la austeridad de vida” (C 66) de la que habla este número de las Constituciones.

Cuando el religioso se propone, por llamada, vivir en pobreza, no lo hace en base a esa sabiduría, sino porque habiendo sentido las preferencias de

Jesús, a él le ha sido concedido preferir pobreza a riqueza como al Maestro. Y en esa vivencia, hay que saber discernir. Porque no todos son llamados a expresar la pobreza de la misma manera; no depende sólo de los distintos carismas que existen en la Iglesia, sino que dentro del mismo carisma Dios llama a vivir la pobreza de maneras distintas o en profundidad diferente. Y quien la vive con exigencias más radicales no tiene que creerse superior a quienes, observando las Constituciones, la viven con menor radicalidad, porque pudiera ser que en los otros votos ocurriera al revés. Este vivir vocacionalmente la pobreza incluye experimentar dolorosamente el no tener, si no la radicalidad no tiene sentido. La pobreza nace en nosotros del amor a Jesús pobre.

En todos estos aspectos se requiere la fidelidad vocacional. Si vocacionalmente uno ha sido llamado a vivir en pobreza, ha de recorrer el camino necesario para seguir a Jesús. En este campo suelen darse muchas excusas porque en el fondo no es agradable ser pobre. Y a veces en la vida se suele retomar aquello que se dio en la profesión al Señor.

4. Mecanismos de defensa

Son maneras de obrar que nos escudan ante el vivir con radicalidad la pobreza. Una es el famoso permiso. Es cierto que las Constituciones nos pre-

vienen de este mecanismo, pero están quienes no dan importancia a este elemento porque les parece que infantiliza a la persona y no tiene sentido, o bien quienes lo cumplen para evitar toda intranquilidad de conciencia: con el permiso pueden hacer lo que quieran. Dicen las Constituciones: “La práctica responsable de la pobreza religiosa no consiste sólo en contar con el permiso de los Superiores para el uso de las cosas, exige que seamos pobres en espíritu y de hecho” (C 69).

El permiso sirve muchas veces para camuflar la verdadera vivencia de la pobreza. Hay que moverse no por el permiso, sino por la madurez de conciencia que discierne lo que conviene y lo que no, lo que está bien y lo que no lo está. Para nada sirve el permiso si la conciencia indica otra cosa. Y tranquilizar la conciencia con el permiso es lo más absurdo en la vivencia vocacional de la pobreza.

Otro mecanismo de defensa quiere atacar el n. 70 de las Constituciones: “En nuestra vivienda y en nuestras Obras... también debe brillar la pobreza. Teniendo en cuenta el medio social en el que vivimos, damos testimonio, incluso colectivo, de nuestra pobreza”. ¿Cómo son nuestras viviendas? No se trata de hacer demagogia, que a nada conduciría; es cierto que nuestro ministerio exige Obras a favor de los niños, pero las Constituciones pide que en ellas brille la pobreza, y continúan: “Rechazamos del todo hasta la apariencia de lujo, de lucro desmedido y de acumulación de bienes”.

La pobreza que debe aparecer en las viviendas y en las Obras, se manifiesta en su mayor profundidad en lo que es la misma condición del hombre. Es decir, que la pobreza posibilita ser radicalmente hombre, asumir la condición de ser hombre. Y esto en cuanto concede la posibilidad de asumir la finitud, aceptándose cada uno como es y lo que es. En ese sentido aparece la finitud como elemento esencial de la persona humana; y al decir finitud, se dice todo aquello que conlleva, es decir, la reducción existencial en toda vida humana. La pobreza ayuda a vivir esa reducción como sabiduría, como nuevo camino de plenitud. La finitud conlleva fracaso, limitaciones, enfermedades, dolores, rupturas, despegos del corazón, pérdida de seres queridos, impotencia, edad y tantas otras cosas. Pues bien, todo eso que es reducción, la pobreza nos enseña y ayuda a vivirlo como camino de plenitud. Lo que parece paradójico, que la cruz sea también en este campo camino de plenitud. Lógicamente, es la presencia de la gracia y del amor del Señor, al que se le sigue en pobreza, quien concede semejante capacidad y posibilidad.

5. Pobreza y uso de bienes

No podemos olvidar que la pobreza es carismática y que los carismas son muchos en la Iglesia. No puede ser igual la pobreza escolapia que la de los hermanitos de Foucauld, aunque ambas sean seguimiento de Jesús. Por eso, la pobreza escolapia, como todas las demás, tiene su propia peculiaridad.

- a) Pobreza y ministerio: “Usamos de los bienes materiales en la medida en que son necesarios para el ejercicio de nuestro ministerio. Procuramos siempre potenciar nuestras Obras y adquirir nuevo instrumental pedagógico y material auxiliar que redunde en beneficio de los pobres, de los jóvenes y de nuestro apostolado” (C 71).

Podríamos llamarlo también pobreza y medios de misión. No cabe duda que el primer medio de misión es la misión evangélica, y en ésta se encuentra el ser pobres. Nuestra vida evangélica, el modo como vivimos el evangelio, los valores que secundamos, la entrega que hacemos, todo eso que aparece ante los cristianos, es la primera y fundamental misión. Es la misión del ser, que a veces no se cuida significativamente, pero que no se debe desatender.

Pero se nos ha dado un ministerio en la Iglesia, y es la entrega educativa a los niños y jóvenes, sobre todo más desfavorecidos, donde se hace real social e históricamente nuestro ministerio. En este sentido las Constituciones dan algunos avisos: que se usen los bienes materiales en la medida que son necesarios, y que es necesario adquirir constantemente nuevo material pedagógico que redunde en bien de los educandos.

En este tema se requiere un delicado discernimiento para no confundir lo personal con lo académico, y, sin embargo, saber que lo académ-

mico puede exigir ciertos materiales personales para lograr el fin del ministerio.

- b) Misión y pobres. Nuestra misión nos envía a los pobres. Las situaciones son diversas en los distintos países. Uno se pregunta, ¿qué clase de pobres? Creo que hay que seguir el criterio evangélico, que no se reduce al criterio socioeconómico, pero lo implica. Porque tampoco pueden entenderse las preferencias por los pobres en un simple sentido espiritual. Las preferencias de Jesús fueron bien evidentes: los pobres socioeconómicos, los afligidos, los enfermos, los marginados por la ley, los pecadores, las prostitutas... Y dentro de la dinámica de preferencia, nunca hay exclusivismo.
- c) Pobreza y lucha por la justicia y la paz. "... y denuncia las situaciones injustas que viven los pobres. Participamos eficazmente en las iniciativas que promueven la justicia y la paz. Damos trato humano y acorde con las exigencias de la justicia a quienes trabajan con nosotros" (C 74). Uno de los temas importantes hoy es que la misión no se puede entender únicamente como buena noticia de Jesús muerto y resucitado o como experiencia de fe; hay que pensar en la situación integral del hombre. Pero, ¿hasta dónde es posible esto? ¿Es idealismo, una quimera, algo en lo que nos engañamos? No sé a dónde se llegará en este tema; sólo sé que hay que luchar en este campo y que en nuestro ministerio tenemos medios

importantes, tantos y tantos niños, hombres del mañana, que tienen que ser educados en estos temas y que podrán influir en el futuro.

Pero hay que pensar en las claves de la lucha por la justicia y la paz, porque no es lo mismo misión que paternalismo, no es lo mismo promoción de los pobres que proceso de concienciación. Cada vez se comprende más que esta lucha por la justicia y la paz pide cambio de estructuras. ¿Y cómo hacerlo sin militancia política alguna?

- d) Misión y ayuda. Las Constituciones piden también en el campo de la pobreza diversas ayudas. Simplemente las enumeramos: Ayuda entre las mismas demarcaciones de la Orden: “Las Casas y las Provincias prestarán gustosamente a las que sufren estrecheces...” (C 73). El Capítulo General pidió un estudio a fondo para una nueva capacidad del compartir económico en el seno de la Orden. Lo que se tratará en el Consejo de SS. MM. de octubre de 2010.

Ayuda a la Iglesia, porque somos Iglesia, y según las propias posibilidades: “... y contribuirán con sus bienes, en la medida de sus posibilidades a las necesidades de la Iglesia” (Ibídem).

La concesión de los espacios cuando no se usan para servicio de las necesidades de la Obra: “Además del uso para actividades escolares, concedemos una utilización constante y amplia de nuestras Casas y de nuestras Obras, para el bien

de la colectividad y, sobre todo, de los pobres” (Ibídem).

De nuevo, al leer estos números, no podemos quedarnos con los brazos cruzados. La pregunta es, ¿cómo ser fieles de verdad a lo que dicen las Constituciones? De lo contrario los convertiríamos en papel mojado.

6. Pobreza, Misterio Pascual y cruz

En Pablo el Misterio cristológico aparece desde dos vertientes; por una parte, desde la obediencia: en Filipenses nos dice que “se despojó de su rango... (2, 7)”. Pero, por otra, en 2Cor 8,9 lo hace desde la pobreza, texto con el que empieza este capítulo en las Constituciones: “...siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza”. ¿Qué significa que Pablo haya traducido el Misterio cristológico en términos de pobreza? Que la ley de la vida nueva es la desapropiación, perder la vida para ganarla. Y eso quiere decir también que hemos de aprender a vivir la cruz, el fracaso, la ineficacia de la misión desde la sabiduría de la cruz. Lo que nos lleva a una pregunta final, ¿dónde realizamos más la misión, en el trabajo o en el sufrimiento? ¿En el ser o en el hacer? ¿En la tarea o en la obediencia?

También la pobreza es un camino a recorrer. Es un proyecto en el que nos proponemos seguir a Cristo hasta imitarle lo más posible en la vivencia de la pobreza. En las distintas facetas que hemos

ido citando. Esto requiere fidelidad diaria y discernimiento cuidadoso para no dejarse engañar en este campo.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a ¿Vives la pobreza como resultado del seguimiento de Jesús?
- 2^a ¿Sientes en ti las preferencias de Jesús?
¿Prefieres ser pobre a ser rico?
- 3^a Tu pobreza ¿es cumplimiento de normas o llamada que sientes te hace el Señor?
- 4^a Examina tu vida leyendo el n. 69 de las Constituciones. ¿Cómo te sientes?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a Discierne tu llamada vocacional ante el texto de Mt 19, 16-22.
- 2^a ¿Comparte tu comunidad con los necesitados alguno de sus bienes? ¿Es posible hacerlo? Si no se hace, ¿por qué?
- 3^a ¿Podría vivir más pobremente la comunidad? ¿En qué cosas?
- 4^a ¿Es tu comunidad significativa en el campo de la pobreza ante los de fuera?

Sugerencias para un día de oración

- 1^a Pedir al Señor luz y dedicar el día a un examen y discernimiento de este capítulo.

Textos bíblicos

2Cor 8,9; Mt 6, 24-33; Lc 1, 38; 1, 46-49; 2 Tes 3, 8-12; Mt 6,20; 19, 21; 1 Jn 3,17; Act 4,32.

Se es fiel a la pobreza:

- Si la pobreza nace de una experiencia de fe en Jesús.
- Si vives desposeído de ti mismo.
- Si eres capaz de dar el tiempo a los demás.
- Si nada vives como propiedad tuya.
- Si cuidas de las cosas comunes.
- Si no acumulas bienes materiales que no necesitas.
- Si no te creas necesidades que son más bien satisfacción de tus caprichos.
- Si entregas todo lo que recibes, según indican las Constituciones.
- Si la vives como bienaventuranza y no como algo que hay que soportar.
- Si sabes dar de lo tuyo a los necesitados.
- Si vives la sabiduría de la cruz.

FIDELIDAD A LA VOLUNTAD DE DIOS

El Fundador dio mucha importancia a la obediencia. En sus Constituciones afirma: “Dijo Cristo el Señor, nuestro Salvador: ‘No he venido a hacer mi voluntad...’. Será, pues, necedad suma que un religioso nuestro pretenda hacer su propia voluntad. Abracen todos de consuno la sincera obediencia. Ella sola –atestigua San Gregorio– afianza en el hombre las demás virtudes y las preserva una vez plantadas” (CC 99).

Cuando el cristiano habla de obediencia se refiere siempre a la obediencia a la voluntad de Dios. Es lo fundamental en la vida cristiana. Y no sólo en ella, también en la vida religiosa. Sin obediencia al querer de Dios, la vida camina al fracaso. Pero esa voluntad de Dios se manifiesta a través de distintas mediaciones. En este capítulo hablamos de una de ellas, el voto de obediencia. Y si es tan importante la obediencia al querer de Dios, es fundamental la dinámica de la obediencia.

1. Libertad y obediencia

Cuando uno habla de obediencia en seguida emerge el tema de la libertad. ¿Ser obediente no va contra la propia libertad? Y si ésta es uno de los valores más importantes para el hombre, ¿se puede ser obediente y al mismo tiempo libre? Depende del tipo de libertad que se tenga.

- a) Libertad como sumisión. En este caso la autoridad garantiza las relaciones naturales más primordiales. No hay posibilidad de emancipación, de individualidad. En este caso la sumisión está muy vinculada a la libertad como seguridad. Se prefiere estar sometido que no recorrer el camino de la propia aventura personal que produce inseguridad.
- b) Libertad como obediencia responsable. Se ha dado ya un paso adelante. Es libertad porque es responsabilidad moral. En este caso la libertad se percibe a sí misma por referencia a unos valores, a unas normas objetivas y a una libertad que garantiza la objetividad del bien. La obediencia es responsabilidad respecto a lo objetivo. La Iglesia está muy configurada por este orden objetivo. La autoridad se concibe como mediadora del bien común. Existe el peligro desde el superior, manipular al súbdito, y desde éste, buscar otro tipo de seguridad: sé que hago la voluntad de Dios porque obedezco a los superiores.
- c) Libertad como autonomía. Es no estar pendiente de las propias necesidades psicológicas de au-

toafirmación. Es una conciencia de guiarse a sí mismo. Conciencia moral que se ilumina a sí misma, que se guía por los grandes valores.

- d) Libertad del amor como experiencia interpersonal. No es el amor como dependencia, es el amor capaz de vincularse, la libertad referida a un tú. Por eso, sin amor no hay obediencia religiosa.
- e) Libertad como obediencia de amor. Donde no existe mayor libertad que obedecer por amor. En este caso, el amor es capaz de ser en forma de sumisión. Jesús que en el monte de los Olivos obedece, obedece sometiéndose por amor al Padre. Aquí ya no existe oposición entre obediencia y libertad. La libertad mayor es ser obediente, la obediencia conlleva en lo profundo de su ser la más rica libertad de la que pueda gozar el hombre. Sin embargo, hemos de reconocer que no es fácil atreverse a un amor de obediencia como dinámica de la propia existencia, porque pertenece a una realidad nueva.

Según cómo vivamos la libertad, así será nuestra obediencia. Y la obediencia que practicamos depende mucho del concepto de libertad que tengamos. Lógicamente de esto no se habla en las Constituciones, pero es el substrato necesario para la vivencia del voto de obediencia si no queremos caer en una simple casuística.

2. Dónde nace la obediencia

Dicen las Constituciones: “Para continuar en nosotros la obediencia de Cristo, nos dejamos conducir en la fe por la Divina Providencia, haciendo oblación de la propia voluntad” (C 76). Lo propio de la obediencia es que podamos percibir a Dios, su querer, su acción y su providencia a través de las mediaciones. Que es lo mismo que decir que se puede hacer una doble lectura de las realidades intramundanas. Y esto sirve para vivir con corazón creyente y tranquilo la obediencia incluso en aquellos mandatos que no nos parecen acertados. Puedo hacer la lectura de que, por ejemplo, el superior me ha mandado algo por capricho, y no tengo porqué justificarlo, y si lo hiciese me equivocaría, y, sin embargo, leer esa acción concreta como acción de Dios. Es la lectura bíblica de la historia. Supone una fe que se ha confrontado con una historia concreta, una providencia percibida en una historia de Dios y su fidelidad. Entonces la fe precisamente consiste en la capacidad de leer con paz lo intramundano como realidades intramundanas, y percibir ahí una realidad que nos sobrepasa.

La fidelidad vocacional consiste en no buscar razones espirituales, sino en caminar cada vez más adultamente en una lectura semejante. Todo esto conlleva a una fidelidad total de dejarse guiar constantemente por Dios en su Providencia, sabiendo leer cuanto nos ocurre con la doble capacidad antes indicada y a poder obedecer al superior con una conciencia abierta y sincera.

Pero no podemos olvidar que aquí se da también la oblación de la propia voluntad. En este punto seguimos a Jesús: “Yo no obro por mi cuenta, es el Padre el que me dice lo que tengo que hacer” (Jn 5,30). “Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre” (Jn 4,34). En Jesús el misterio de obediencia va esencialmente unido al de la sumisión: “estaba sujeto a ellos” (Lc 3, 51). “Adoptó la forma de siervo en todo semejante a todos” (Fil 2,7).

Vemos en Jesús la paradoja, que la libertad de obedecer sólo al Padre, con la oblación de su voluntad, se revela en forma de sumisión, de obediencia, de sujeción. Por eso, nosotros podemos emitir un voto de obediencia, es decir, proyectar nuestra existencia en no tener voluntad propia, en someternos a los demás, en virtud de haber captado esta paradoja, que la libertad del hombre consiste en morir a sí mismo, en no tener proyecto propio para ser conducido por el Espíritu.

Todo esto requiere la fidelidad a una percepción. Es experiencia de la nueva ley del Espíritu. Es espiritual porque los problemas no se detectan a nivel de organización, a nivel de cómo tiene que funcionar la autoridad en los grupos religiosos, sino a niveles más hondos. Se requiere la fidelidad a un discernimiento donde uno ha de examinar si ha aprendido a situar su vida, su proceso humano y de fe, incluyendo el misterio de la cruz. De lo contrario sólo se podrá hablar de una obediencia social, pero eso no es propiamente el voto de obe-

diencia. Por eso, no hay que absolutizar ninguna mediación, del superior, de la comunidad o cualquier otra. Sólo hay que darse cuenta de que es el camino por el que pasa la obediencia directa a Dios en desapropiación de sí mismo.

La fidelidad a estas realidades no es fácil; supone fidelidad a la cruz, a la propia desapropiación, a la lectura bíblica de la propia historia y de los acontecimientos que ocurren, y así la vida va caminando en proceso de maduración.

3. Qué implica la obediencia

Nos dice el número 83: “Nuestra obediencia es un acto de plena libertad, enraizado en la fe y en el amor, que nos conduce a la libertad interior propia de los hijos de Dios. De este modo, nos dispone para la plena donación en la caridad y crea en nuestra persona la auténtica madurez” (C 83).

Primero, es un acto de plena libertad. Ya hemos hablado de la relación entre obediencia y libertad. La obediencia se vive en su auténtico núcleo cuando uno llega a experimentar y vivir que la mayor libertad está en obedecer a Dios. Por tanto, ambas realidades no se oponen. Pero uno puede lograr esto cuando está en la dinámica del amor. Se da hasta en lo humano: “mi mayor gozo es estar contigo y hacer lo que tú quieras”. Donde no se trata de sumisión que busca seguridad, sino que el amor toma forma de entrega obediente; y esta obediencia

no es sumisión incondicional, sino experiencia de amor entregado, producida por la fascinación que provoca el otro.

En segundo lugar, la obediencia viene enraizada en la fe y el amor. Porque supone que la persona, como creyente, ha empezado a intuir o tener experiencia de cómo la fe ineficaz, inútil, oscura es el ámbito donde se realiza la persona; que sólo la fe coge el centro de la persona.

Tercero, conduce a una libertad interior. La obediencia se dirige antes que nada a Dios. En el fondo la auténtica obediencia del hombre es a Dios. Lo que ocurre es que semejante obediencia posee muchas mediaciones. La primera, para todos, es la propia conciencia, que se debe formar y a la que se debe seguir. En esas mediaciones es también donde se sitúa la obediencia al superior. Es decir, que la obediencia a Dios pasa a través del carisma escolapio, y en él aparece la figura del superior como mediación. Ahí es donde debemos situar lo que antes hemos dicho de la lectura salvífica de la propia historia y lo de la personal desapropiación.

Cuarto, para obrar así se requiere una verdadera madurez. Porque quienes hemos percibido la vocación dentro de las Escuelas Pías, es en ella donde situamos la obediencia a Dios. Estamos, por tanto, en la manera como uno percibe su proyecto vital más íntimo, y resulta que no puede percibir su obediencia a Dios sino en la forma de kénosis, en forma de muerte

a sí mismo, es decir, en que uno entrega la voluntad de todo su ser, no tiene proyecto, está a disposición de Dios a través de las mediaciones concretas donde Dios le ha situado. Es la disponibilidad total en receptividad absoluta a lo que Él quiera. Eso supone que la libertad se ha comenzado a situar en la cruz, como Jesús. Lo que requiere una gran madurez porque de lo contrario podría llevar a la destrucción de la persona. Y, sin embargo, nada la enaltece más que la obediencia a Dios por medio de las mediaciones.

Es claro que cuanto hemos dicho no se alcanza de una vez por todas, ni es fruto del simple querer; se necesita recorrer el camino fiel de enfrentarse con la propia libertad, de experimentar y vivir lo que es la voluntad de Dios, de percibir cómo esa voluntad no destruye la persona, sino que la dignifica, de sentirse invitado a dar el paso hacia el propio despojo, y de saber aceptar la cruz en la lectura bíblica de los hechos tantas veces ambiguos de la propia existencia. Lo que necesita un recorrido de fidelidad. Si no obramos así, convertimos la obediencia en simple sumisión, en tranquilidad de inseguridades, o no se le hace caso porque no se le encuentra sentido.

4. Qué se busca en la obediencia

Lo dice el n. 77: “Todos los religiosos, para realizar fielmente lo que agrada al Padre, intentamos descubrir su voluntad en intercambio de pareceres y comunión de oraciones”. La finalidad es clara,

buscar el querer de Dios sobre la propia vida. Las Constituciones insisten en “el intercambio de pareceres y comunión de oraciones”. El diálogo común, la reunión comunitaria ha de ser un medio de búsqueda de la voluntad de Dios sobre el grupo. Quiere decir que a las reuniones comunitarias hay que darles profundidad; no han de ser simplemente funcionales, ni se ha de hablar sólo de cosas externas, sino de lo que atañe al grupo y a su vida religiosa. Dentro de este marco cada uno ha de ver cómo sitúa su propia vida, actuación y comportamiento.

La voluntad de Dios se “da a conocer en los impulsos del Espíritu” (C 77). Lo que requiere ser muy sensible al Espíritu, saber escucharlo, saber estar alerta, conocer su susurro. A veces habla directamente al corazón o en el silencio de la oración o en el recogimiento ante Él o en la apertura del corazón a Dios.

Otras veces el querer de Dios pasa a través de los deseos de la comunidad y de toda clase de signos (cf. *Ibidem*). Para ello se requiere una gran sensibilidad en el discernimiento porque sin él es imposible captar el paso de Dios en medio de los sucesos de la vida.

Finalmente, hablan las Constituciones de los superiores y hermanos. Al afrontar este tema hay que convencerse de que la obediencia cristiana desbarrata todos los esquemas, porque el problema de la obediencia no es problema de competencias: a quién hay que obedecer. Antes, el superior lo dominaba todo; ahora, ha aparecido la importancia de la comunidad.

Esto, en todo caso, es problema de organización, no de auténtica obediencia. Por eso hay que superar dos esquemas, por una parte, el piramidal, que dominaba en los esquemas teológicos que justificaban la obediencia religiosa: Dios arriba, el súbdito abajo, y entre medio, como mediación y canal, el superior. En la Iglesia de Jesús las mediaciones nunca responden al esquema piramidal. Es al revés, las mediaciones existen para que aparezca la relación inmediata con Dios. Por otra parte, también hay que superar el esquema igualdad-democracia.

Hay que cuidar con no sacralizar la obediencia. El punto de partida de la misma es la libertad para la que hemos sido liberados, que hace que el hombre se ponga en relación directa con Dios. La persona ha de superar las fases infantiles de inseguridad y asumir la vida humana con libertad. Pero hay que superar también la libertad como voluntad propia. Y uno la llega a percibir como ser en otro, como fe, como escucha, de lo que hemos hablado antes al ver el despojo que supone la obediencia y cómo brota del amor incondicional al Otro.

5. El superior

Del superior hablan las Constituciones en distintos números. ¿Qué le piden?

Primero, “tiene el cuidado pastoral de los hermanos como principal y genuino cometido” (C 84). Esto incluye atender a los religiosos, cuidarlos en sus

situaciones difíciles, corporales y espirituales, estar cerca de ellos en los momentos arduos por los que puedan pasar y “planificar, como es debido, la marcha de la vida comunitaria, atendiendo a la necesidad de las Obras y ante todo a las personas” (C 85). Es muy importante este servicio que ha de prestar el superior; no se puede convertir en gestor, sino que ha de recordar que pese a las dificultades que a veces encontrará, su misión fundamental es el cuidado amoroso de sus hermanos: que crezcan en el seguimiento de Jesús, que no se desvíen por caminos equivocados.

Segundo, “a él le corresponde la última palabra, en cualquier determinación” (C 84). Lo dicen claramente las Constituciones, pero ha de tener cuidado al ejercer esta acción. La última palabra no debe estar en oposición a la comprensión, al diálogo, a la espera, a la tranquilidad, a la búsqueda de otras soluciones. Porque también a este tema se debe aplicar lo del n. 86: “se sirve más de la dulzura del consejo que de la severidad del mandato”. Pero, después de todo, tendrá que cumplir lo que dicen las Constituciones.

Tercero, aunque sea misión delicada e ingrata, las Constituciones le piden: “Recordando que se halla al frente de hombres, corrige sus defectos con benignidad” (C 86). Palabras que recuerdan las de Calasanz: “Por su parte, no olviden los Superiores aunar la autoridad con la prudencia y discreción. Recuerden que están al frente de hombres y practiquen más la humanidad aconsejando que la severidad mandando” (CC 111). Esta atención al súbdito, el cuidado

del mismo, la preocupación por él, lo ha de tener en cuenta también en los trabajos que le asigna: “Al asignar cargos y responsabilidades, confía a cada uno el oficio que le corresponde, según su temperamento y cualidades” (C 85). Es un eco de lo que insistía Calasanz cuando pedía que se atendiera al “talento” de cada uno. Esto requiere una relación muy personal y constante del superior con cada uno de sus hermanos. Está como el Señor, a sus pies; les sirve, atiende a sus necesidades, se preocupa de sus problemas.

Cuarto, no es fácil la misión de buscar con los religiosos la voluntad del Señor. Se ha de hacer “en actitud humilde y dócil” (C 84); esta búsqueda de la voluntad de Dios ha de servirle “para cumplirla fielmente con ellos (C 84).

Semejante servicio requiere una fidelidad constante. El superior ha de impetrar diariamente la ayuda del Señor, ha de escuchar con sencillez a sus hermanos, ha de considerar su ministerio no de una manera funcional, como trabajo, sino de una manera teológica, como guía a la santidad de todos ellos, al mismo tiempo que él mismo hace ese camino.

6. El hermano de comunidad

¿Qué recorrido debe hacer cada uno de los hermanos de comunidad? ¿En qué líneas han de ser fieles diariamente, pero de forma que también ellos tengan una vida en proceso vocacional en la que van asumiendo la llamada vocacional a la obediencia?

Primero, Calasanz quiere que la obediencia al superior sea total: “Al superior, sea quien sea, respetenle como a padre; préstenle obediencia total, animosa, con disponibilidad y humildad, sin legítima excusa o protesta” (CC 100). Las nuevas Constituciones ponen el acento en que la obediencia sea “pronta y alegre” (C 81).

Para que la obediencia sea de este modo se ha de considerar a Cristo en todo superior: “Lo conseguirán sin dificultad si se esfuerzan en descubrir a Cristo el Señor en todo Superior, aunque lo mandado parezca arduo y contrario al gusto. Es el Señor quien dejó dicho a los Superiores: ‘Quien os escucha a vosotros, me escucha a mí; quien os rechaza a vosotros, me rechaza a mí’” (CC 101). Y eso lo conseguirán tanto más cuanto menos se fijen en la persona del superior: “Acostumbren a no fijarse en la persona a quien obedecen, sino en Aquel por quien y en quien en todo Superior obedecen: Cristo el Señor” (CC 103).

Han de tener ante todo una disponibilidad total: “Muestren toda disponibilidad absoluta ante una proposición del Superior; como si proviniera de labios de Cristo” (CC 106). Para el santo el súbdito ha de dejarse en manos del superior quien podrá disponer libremente de su persona: “Con obediencia total deje en manos del Superior el disponer libremente de su propia persona y de las cosas que con su licencia usa. Nada le oculte...” (CC 105). Las Constituciones actuales piden: “Someteremos a

su aprobación y discernimiento aun los carismas personales, en servicio de la comunidad” (C 81).

Para que la obediencia tenga todas las características pedidas por el Fundador, remata el santo de la siguiente manera: “La actitud del buen religioso ha de ser no esperar a que el Superior dé una orden formal por escrito o de palabra; le bastará descubrir cualquier signo manifiesto de su voluntad, aun sin un mandato explícito. Y tendrá presente que, si se presta obediencia a un hombre, es por solo Dios, supremo amor del religioso. Así la motivación de toda obediencia no será el temor amedrentador, sino el amor” (CC 102).

En la mente del santo se da una idea muy tradicional en el campo de la obediencia en la vida religiosa: “Mantengan todos la firme convicción de que es imposible equivocarse al cumplir la voluntad del Superior, si ésta no es pecado” (CC 108).

Leyendo cuanto hemos citado anteriormente se ven las líneas en las que se ha de insistir en la fidelidad. Todo lo dicho señala un camino no fácil que hay que ir construyendo en la propia vida, que es preciso ir recorriendo, para el que hay que pedir la constante ayuda del Señor. Sin fidelidad a la escucha de Dios a través de la mediación del superior, no hay obediencia. Pero en las Constituciones las mediaciones de esta búsqueda de la voluntad de Dios, no es sólo el superior, sino existen otras muchas. A ellas hay que ser fieles en el proceso de una vida que quiere seguir a Jesús.

7. Los conflictos

Está claro que en la obediencia pueden nacer conflictos entre el superior y el súbdito. Las Constituciones lo contemplan en el n. 88: “Si alguna vez la decisión del Superior y la conciencia del religioso parecen entrar en conflicto, ambas partes, puestas las miras en el bien común de la Orden y de los hermanos, sopesen con serenidad sus motivos y traten de discernir la voluntad de Dios, sin omitir la oración y las oportunas consultas. Si, a pesar de todo, no llegan a un acuerdo y es necesario dar ulteriores pasos, respetando siempre la caridad, el religioso está obligado a obedecer”.

El punto habla de una manera general y da también una solución general. Pero no todos los conflictos son iguales, y por eso distinguimos tres clases.

Primero, cuando el conflicto surge porque aparece una llamada estricta de Dios. El caso de M. Teresa de Calcuta. Está para partir de ejercicios espirituales y siente la llamada de Dios a otra misión. En este caso está claro que la persona tiene que dejar la Congregación y obedecer a la llamada de Dios. La instancia divina está por encima de la humana. Diría que en este caso no hay conflicto y que los superiores, quienes sean, tienen que dejar marchar a esa persona.

Segundo, conflicto a nivel de recurso espiritual. Por ejemplo cuando un destino puede comprometer seriamente la identidad vocacional. El superior

manda a un religioso a un lugar o situación que se presume que es tan débil que no va a poder. Uno le puede animar diciendo: “fiate de Dios”. Pero resulta que no tiene suficiente madurez para asimilar los conflictos que va a vivir, ni suficiente libertad interior para que le baste la fe. Es el caso en el que la obediencia es puesta a prueba de fe. No hay más salida que una de estas dos: o es la prueba de fe que madura, o si no tiene que desobedecer para salvar algo más importante que la mediación de la autoridad. Pero, atención, no vale usar el motivo de que no voy a poder realizarme en ese otro lugar o cosas semejantes. No venimos a la vida religiosa para realizarnos. Se requiere mucho discernimiento. En este tema uno puede engañarse fácilmente. Por eso, en este caso hay que ser muy limpios interiormente, porque en seguida cree uno encontrar motivos de los que hemos dicho que comprometen seriamente la identidad vocacional, y no es así, sino que lo que se busca en el fondo, bajo manto de esa razón es no obedecer por que cuesta o no gusta.

Tercero, conflicto entre eficacia del bien común y que soy puesto a prueba en la negación de mí mismo. Por ejemplo, trabajo muy bien en un sitio, con gran eficacia y me mandan a otro. Conflicto entre una eficacia controlable y la obediencia que tiene un carácter nada eficaz. En este caso tiene prioridad la obediencia porque no se ha entrado en la vida religiosa para ser eficaz, sino para seguir a Jesús hasta la muerte. Y porque también en la

Iglesia tiene eficacia, aunque de otro modo, seguir a Jesús hasta la cruz.

Signos de obediencia evangélica: uno, cuando se comienza a distinguir por iluminación interior entre deseo y obediencia; segundo, cuando se da la paz más allá de la eficacia; tercero, cuando uno percibe su vida como un proceso de liberación interior.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a ¿Qué clase de libertad estás viviendo?
- 2^a ¿Es tu obediencia semejante a la de Jesús, en desapropiación personal?
- 3^a ¿Qué supone para ti que la obediencia auténtica del hombre es siempre a Dios?
- 4^a ¿Has tenido algún conflicto con los superiores? ¿Cómo lo has resuelto?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a ¿Qué hechos de tu vida pasada o presente no logras leer como providencia de Dios?
- 2^a ¿Cómo puedes experimentar que la fe ineficaz e inútil es el ámbito donde se realiza la persona?
- 3^a Discierne los problemas más conflictivos que tienes ahora con la autoridad.
- 4^a ¿Significa algo para ti el superior? ¿Algo simplemente funcional o con valor teológico?

Sugerencias para un día de oración

- 1ª Oración al Espíritu Santo.
- 2ª Toma las Constituciones de Calasanz y examínate a la luz de los números citados.

Textos bíblicos

Jn 4, 34; 5, 30.

Se es fiel a la obediencia:

- Si nace de una libertad como obediencia de amor.
- Si no se hace de ella una realidad simplemente funcional.
- Si se asume el hecho de que conlleva la negación de uno mismo.
- Si la cruz que comporta no destruye a la persona.
- Si se concibe como la mayor libertad delante de Dios.
- Si se vive como auténtica obediencia a Dios.
- Si llega a ser el ámbito donde uno consigue percibir el querer del Padre.
- Si no se vive como oposición a la propia libertad.
- Si es camino que facilita el seguimiento de Jesús.
- Si se vive en fidelidad y entrega a Dios.
- Si acepta el despojo de la propia persona hasta la muerte en cruz por amor.

FIDELIDAD A LA MISIÓN ESCOLAPIA

Si de algo se sienten felices los escolapios es de la misión a la que han sido llamados. Recuerdan siempre la imagen evangélica de Jesús defendiendo a los niños que querían acercarse a Él y que los discípulos trataban de impedirlo. Los niños nunca han sido ni son una molestia para el Maestro. “Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios” (Mt 19,14). El escolapio ha de ser fiel a esta misión de la que hablamos en el presente capítulo.

1. El ministerio escolapio

La Iglesia ha recibido el mandato de evangelizar, de predicar la Buena Noticia a todas las gentes. Todo cristiano desde el puesto que ocupa tiene la obligación de ser fiel a la misión recibida de Jesús y que es para todos los bautizados. La manera como las Escuelas Pías realizan semejante misión es a través del ministerio que han recibido de la Iglesia,

ministerio para el que han nacido en ella. El ministerio escolapio es la misión evangelizadora en clave calasancia, vivida desde la perspectiva escolapia. Así es como ella colabora a la edificación del Cuerpo de Cristo. Es el carisma que le ha concedido el Espíritu Santo y que el Fundador lo recibió como llamada de gracia de parte de Dios. Este ministerio se concreta en la educación integral de los niños y jóvenes, pero sobre todo de los más necesitados. Todo esto es lo que nos recuerda el primer número del capítulo de las Constituciones sobre “Nuestro ministerio en la Iglesia”: “El Espíritu Santo, que concede a cada uno su propio carisma, para edificación del Cuerpo de Cristo, inspiró a nuestro Fundador la obra de las Escuelas Pías. Nuestra Orden participa de manera específica en la misión evangelizadora de toda la Iglesia por medio de la educación integral de niños y jóvenes, sobre todo de los más necesitados, plasmada en el cuarto voto específico” (C 90).

Las realidades que aparecen aquí están esparcidas más ampliamente a lo largo del capítulo. Ya desde el principio se ha de insistir en la importancia del ministerio de la Orden. Se puede decir que hemos nacido para este ministerio, vivimos para él, tenemos que desgastarnos hasta la muerte en él; la pasión por el ministerio es una de las realidades que más animan el corazón del escolapio. Por eso, la fidelidad a cuanto se dirá es fundamental; quien no es fiel a este ministerio, de alguna manera no es escolapio ya que es la razón de ser de las Escuelas

Pías. La vida escolapia nace en cada uno según Dios lo ha conducido; luego, a través de la formación, va comprendiendo y enamorándose más y más del ministerio recibido, y dedica breves períodos de tiempo a él; ordenado sacerdote, sabe que ha sido ordenado para los niños y jóvenes, sobre todo más necesitados, y, ya anciano, ora por ellos, porque, como le decía Calasanz al P. Dragonetti, anciano de más de 110 años, él apreciaba tanto la oración por los niños como el trabajo con ellos.

Esa fidelidad hay que ir la examinando constantemente, recordando una frase muy fuerte del Fundador: “Quien no tiene espíritu para enseñar a los pobres, no tiene vocación de nuestro Instituto, o el enemigo se la ha robado” (EP 1319).

2. Objetivo del ministerio escolapio

Cuando un escolapio está ante un niño, cuando lo recibe en su clase, ¿qué quiere hacer con él y de él? Antes que nada busca la formación integral de la persona. No se trata de manipular cualquier aspecto de la misma. Quiere que sea persona de verdad, auténtica, como Dios lo desea. Y eso requiere formación de toda la persona, en todas las áreas de la misma.

Pone su empeño también en hacer que busquen y amen la verdad. En un mundo que no se distingue precisamente por esta cualidad, donde abunda la mentira y la búsqueda de la propia satisfacción y del propio bien, los alumnos que acaban sus estudios en

las Escuelas Pías tendrían que ser personas que no se acoplaran a los valores de este mundo, sino capaces de luchar por un mundo distinto, menos desigual, que, al fin y al cabo, fue lo que hizo Calasanz. Hombres capaces de colaborar en el trabajo por un mundo más humano que aquel que han encontrado, capaces de estar en sintonía con todas aquellas personas que, pensando de forma distinta o con una religión diferente, sin embargo, están dispuestas a hacer de nuestro mundo un mundo más habitable, más en paz.

Es cierto que el seguidor de Calasanz trabajará desde la perspectiva de la fe, tratando que sus educandos tengan una vida coherente con ella, y eso les ha de inculcar; pero la fe no ha de separarlo de quienes tienen otras creencias, más bien ha de constituir un test de la sinceridad de la vivencia cristiana que le hace mantener la fe y, al mismo tiempo, trabajar y estar codo a codo con todo hombre de buena voluntad. Dicen las Constituciones: “Esta misión educadora tiende a la formación integral de la persona de modo que nuestros alumnos amen y busquen la verdad, y trabajen esforzadamente como auténticos colaboradores del Reino de Dios en la construcción de un mundo más humano, y mantengan un estilo de vida que sea coherente con su fe” (C 92).

Por eso, un medio muy importante para el escolapio es la educación en la fe y para ello se sirve de la catequesis que desde los albores de las Escuelas Pías fue algo muy querido por el Fundador, inculcado por él y realizado por sus hijos: “La educación en la fe es

el objetivo final de nuestro ministerio. A ejemplo del Santo Fundador y de acuerdo con nuestra tradición, consideramos la catequesis –que ilumina la fe, inicia en la liturgia y prepara para la acción apostólica– como el medio fundamental de nuestro apostolado en la comunidad cristiana en la que vivimos” (C 96).

El escolapio ha de empeñarse constantemente en vivir desde esta perspectiva. Lo que quiere decir que ha de ser fiel a una práctica del ministerio que incluye los aspectos indicados. La fidelidad en el modo de vivir el ministerio le hace conformarse cada vez más con Cristo en el marco de las Escuelas Pías. El ministerio ha de ser su pasión, y la fidelidad al mismo su fortaleza. Ansía vivirlo antes ya de que le llegue el tiempo, le duele el momento en que tiene que abandonarlo realizado de una forma directa, pero nunca se aparta de él porque con su oración, con sus pequeñas acciones o con el testimonio de su vida, se sigue sintiendo totalmente escolapio, aceptando de Dios y ofreciéndole las situaciones por las que va pasando.

3. El apóstol

Es preciso centrar también la atención en el escolapio como apóstol y lo que implica, aunque no se detengan en esto las Constituciones. Nosotros no lo podemos olvidar.

Al penetrar en el misterio más íntimo de la existencia del escolapio como apóstol, constatamos que se da en él una forma nueva de configurar la

existencia; lo que la configura es la misión apostólica. Y desde ella vive un proceso de madurez. Dios suele suscitar personas para las que la misión que Él les encomienda configura toda su existencia. En consecuencia, quedan descentrados de lo que desde el ángulo humano podríamos llamar los aspectos de autorrealización. El ministerio que Dios les encomienda sobrepasa al hombre elegido; este ser sobrepasado es el que le descentra, lo pierde para sí mismo, le impide caminar por el proceso normal de autorrealización. Este hombre ya no vive sino para la misión para la que ha sido llamado. Esto no se realiza en todas las personas que tienen un ministerio, pero puede darse, se da y es gracia.

Si a uno le sucede lo indicado, se produce en él una especie de paradoja. Por una parte, es un ser humano a fondo pleno, pero, al mismo tiempo, es un solitario, un hombre singular; no es del mundo, pertenece a Dios de una manera especial y al Reino al que se ha consagrado con todas sus fuerzas. Lo hemos podido ver en escolapios que han vivido de esta manera su entrega al ministerio, al que han amado con todo su corazón.

Todo ello comporta un riesgo. Es decir, se debe evitar caer en el perfeccionismo, y también pretender ser en el apostolado un héroe, buscando la buena imagen o la autorrealización. Hay que comprender que el apostolado, en su sentido más profundo, no es una tarea que se realiza como cualquier otra de nuestro mundo. Hay que tener presente que las necesidades

básicas del hombre, de un modo especial las exigencias del corazón, siguen buscando su autorrealización. Por eso, hay que cuidar cualquier idealismo en el que se pueda apoyar la entrega. La solución de la paradoja sólo aparece cuando el deseo de autorrealización humana da paso a la obediencia o a la misión.

En el apóstol sucede lo mismo que en san Pablo, ha de asumir su limitación y debilidad, para que en ellas se dé la fuerza de Cristo. Dios manifiesta su poder en la debilidad. Esto puede desconcertar al apóstol pero ha de comprender que así es la acción de Dios.

Estos elementos que se dan en el apóstol, de alguna manera se viven en todo ministerio. El escolapio ha de preguntarse por la fidelidad a cuanto se ha expuesto y ver en qué medida va creciendo su vida en las realidades señaladas. Si no existe fidelidad a la dinámica apostólica, el ministerio puede convertirse simplemente en un trabajo como cualquier otro, pero al que le falta el mordiente de la entrega paulina a la causa de Cristo, al Reino, dentro del carisma recibido por Calasanz.

4. La consecución del fin de la misión

Desde lo que es el fin del ministerio escolapio, nos podemos preguntar por los medios para conseguirlo. ¿En qué aspectos ha de poner su empeño el hijo de Calasanz, sabiendo que, después de todo, cuanto hace es gracia otorgada por Dios por su inmenso amor? Que es lo mismo que preguntarse en

qué elementos ha de ser fiel en su vida escolapia. Una fidelidad que ha de vivir en progreso constante porque nunca se realiza del todo y siempre se está intentando vivirla más a fondo.

El escolapio vive su ministerio y se prepara a él antes que nada con su misma vida cristiana y religiosa, evangélica. El vivir día a día en contacto constante con los educandos, hace que sea la vida lo que los eduque más que los conceptos que aprenden. Una vida imbuida de evangelio, una vida que en todas las circunstancias del día, buenas o malas, reacciona al estilo de Jesús, es en lo que más se fijan los alumnos, lo que más les impacta, lo que en el futuro más recordarán y por eso mismo lo que más influye en ellos.

Pero la enseñanza requiere también una fuerte preparación en todos los campos del saber que luego se van a ejercitar. En sus Constituciones avisaba el Fundador: “Observará con atención cómo desempeña cada uno su obligación. Podrá, así, confirmarlo o relevarlo de ese cometido” (CC 190). Este sentido práctico le hizo legislar sabiamente: “Y como en casi todos los Estados la mayoría de sus ciudadanos son pobres y sólo por un breve tiempo pueden mantener a sus hijos en la escuela, cuide el Superior de designar un maestro diligente para estos muchachos: les enseñará caligrafía y cálculo; así podrán ganarse la vida más fácilmente (C 198)”.

Nuestras Constituciones actuales piden por eso la renovación constante: “El ejercicio responsable de

nuestro ministerio exige la renovación incesante de una buena preparación profesional, encarnada en la realidad humana concreta que inspira nuestros afanes. Por tanto, y según nuestra auténtica tradición, hemos de seguir métodos sencillos y eficaces, coherentes con el progreso de las ciencias de la educación” (C 95).

Además de lo dicho se ha de procurar la madurez y desarrollo de las aptitudes humanas y religiosas de los escolapios porque cuanto más las posean mayor bien pueden hacer en los educandos. El cuidado de todo esto el Fundador lo encarga al superior (Cf. CC 189, 191).

Por último, se requiere una cierta afinidad de espíritu y solidaridad con los niños pobres. Quien no tiene esa afinidad, ¿cómo puede entregar la vida a ellos? El ministerio escolapio no se soporta, se ama, o si no se deja. Y hay que examinar diariamente este amor a los menesterosos, la capacidad de donación a ellos, la exigencia de ver en ellos a Cristo el Señor, como pedía Calasanz. Nadie puede darse a la fuerza o por voluntarismo simplemente a aquello que no ama. Sólo el amor puede hacer que el ministerio sea la pasión que arrastra el corazón.

Todo esto lo expresan las Constituciones: “Para conseguir el fin de nuestro ministerio –además de nuestro ejemplo de vida evangélica– cuidamos sin cesar nuestra preparación en el campo de lo sagrado y lo profano, y procuramos la madurez y desarrollo de nuestras aptitudes humanas y religiosas. Nuestra

misma consagración –sobre todo, la nobleza de la castidad y el testimonio de la pobreza– nos proporciona no sólo una sólida eficacia educativa y apostólica, sino también una cierta afinidad de espíritu y activa solidaridad con los niños pobres” (C 93).

La vivencia de lo que hemos ido diciendo crea algunas tensiones en el escolapio que no debemos pasarlas por alto. Haber sido llamado al ministerio implica el “ser-para”. Es decir, que la persona ya no se pertenece a sí misma. Más, se podría decir que todo lo suyo ya no le pertenece. Está configurado por la misión, por el Reino de Dios. Ama, que lo digan si no los niños, pero su amor viene de otro lado, y su misión viene referida al Señor. Por eso tiene que vivir de una manera muy peculiar tanto afectiva como psicológicamente. Ama, pero no pertenece a nadie, y lo vimos en el capítulo de la fidelidad a la castidad. Y para vivir así se requiere gracia y fuerza del Señor.

Por otra parte, el apóstol vive una realidad muy distinta a la de las demás personas. Mientras que éstas dedican su vida a las diversas tareas a las que se han entregado, al apóstol se le ha introducido el fuego del Absoluto, y entonces uno no puede dividirse, porque todo tiene que ver de alguna manera con el absoluto del Reino. En una palabra, no se trata de perfeccionismo, sino de la dinámica de totalización y exclusividad que establece la misión. Y esta realidad es tan radical, que experimenta que poco a poco su vida se reduce a eso. Esta es, pues, la dinámica: en una época el amor hace que uno se entregue, pero

nota que todavía hay reserva en él, y luego llega otra época en que uno no tiene tiempo para él porque el amor totaliza. Esto requiere una gran fidelidad al proceso que provoca la misión. Cabría aquí la pregunta, si se da este hecho en nosotros y hasta qué punto hay fidelidad en nuestra vida al mismo.

5. Medios del ministerio escolapio

El medio fundamental es la escuela. Que las Constituciones piden que sea popular como en sus inicios, animada de espíritu evangélico, con una visión de fe del mundo y en la que los alumnos adquieran el desarrollo de sus facultades. Oigamos lo que dicen las Constituciones: “Nuestra escuela, eminentemente popular desde su nacimiento, animada del espíritu evangélico de libertad y caridad en su ambiente de comunidad escolar, trabaja para que la visión del mundo, de la vida y del hombre se vea iluminada por la fe y las facultades de los alumnos adquieran desarrollo y madurez. Y, con la rectitud y santidad propias de la verdad vivan revestidos de la nueva condición humana y sean fermento de salvación para la sociedad” (C 97).

De una manera u otra han aparecido antes estos elementos. En todo caso es preciso subrayar lo de la escuela popular. Si la escuela no es popular, no es calasancia. Ya en el n. 91 se decía: “Nuestro Instituto es una entidad benéfica que realiza sin ánimo de lucro su apostolado educativo”.

Que fuera popular su escuela lo tiene a gala el Fundador y así la defendió siempre pese a las dificultades que encontró. Es una escuela para el pueblo y para que el pueblo pueda acceder a los niveles de vida que da el saber. Es cierto que han cambiado las circunstancias desde el s. XVII pero esto no debe constituir una trampa para diluir la fuerza avasalladora de la escuela. Lo que se requiere es creatividad y profetismo. Y que los profetas no sean desechados, sino escuchados y seguidos.

Esto hace que el educador se haga consciente de lo que implica la vivencia de la misión. El rasgo fundamental es la experiencia de una llamada que se introduce en la realidad humana y dedica al Padre. Es una experiencia carismática que, como tal, consagra al religioso y lo dedica al ministerio, al Reino; es, por eso, una experiencia totalizante y exclusiva que configura incluso el modo de vivir.

Todo lo cual pide una fidelidad a la finalidad del ministerio, a la escuela popular que ha de realizarse de otra manera que en tiempos del Fundador, pero tan popular como entonces. Las correcciones son necesarias, las aplicaciones, también, pero sin que se dé ninguna traición al pensamiento del santo; por eso se necesitan profetas que sepan discernir hoy el modo de vivir el carisma de Calasanz y se requiere que los demás los sigamos.

Todo esto precisa algunos presupuestos humanos. Uno, que el apóstol sea capaz de tener mundo propio,

que es más que entregarse a su ministerio. Porque puede dedicarse a él y, sin embargo, su mundo estar en otra parte. Y, dos, que tenga capacidad de personalizar su trabajo. Es decir, que la tarea que hace la viva como suya, no como algo que le sobreviene o le cuesta. Para hacer algo propio hay que asumirlo y para asumirlo es necesaria la fe, porque ésta es la que lo posibilita.

6. No estamos solos

Es muy importante que el educador tenga esta conciencia. No está solo porque ha de tener el apoyo de la sociedad (¿lo tiene? Sin duda lo precisa, pero hay que ver lo que está ocurriendo en nuestro mundo en el campo de la educación y el modo como se considera y trata a los educadores). No está solo porque ha de promoverse más y más la adhesión de toda la comunidad educativa (elemento de examen para ver si es verdad). No está solo porque hay un empeño sentido de cooperación con todas las instituciones de la Iglesia y de la sociedad (el problema no es nuestro empeño por cooperar, que ojalá sea evidente y constante, sino si esas instituciones quieren cooperar). He aquí lo que dicen las Constituciones: “La educación –obra y deber de la familia– precisa de la ayuda de toda la sociedad y en especial de la comunidad local. Por tanto, promovemos en nuestros centros la colaboración de cuantos forman la comunidad educativa; y, por nuestra parte, cooperamos en este común empeño educativo con todas las instituciones de la Iglesia y de la sociedad” (C 98).

No basta afirmar el deseo, se requiere una fidelidad de hecho a este comportamiento cooperativo. Muchas veces podemos escudarnos en muchos motivos para evitar esta cooperación, porque no nos gusta o porque presenta dificultades o porque supone trabajo. Pero sin ella no puede funcionar ni avanzar la escuela.

Hemos de ser conscientes de que con nuestro ministerio se presta ayuda a la Iglesia local: “Mediante nuestro ministerio prestamos ayuda, con espíritu calasancio, a las necesidades de la Iglesia local dentro de una pastoral diocesana de conjunto” (C 100). Es un aspecto muy importante en la vida escolapia este de la vivencia eclesial. Bastaría fijarnos en el Fundador. Pese a cuantas dificultades por las que pasó, fue siempre fiel y obediente a la Iglesia. Aunque esto tuviera como resultado la reducción de la Orden a Congregación a la manera del Instituto de la Congregación de Santa María *in Vallicella* de Roma, llamada de San Felipe Neri. El amor a la Iglesia estaba para Calasanz por encima de todo. Para el escolapio, el servicio a la misma, la dedicación a su misión, el servicio a sus necesidades también ha de estar por encima de todo. El escolapio al examinar esta vivencia eclesial ha de recordar lo que escribía Calasanz: “Haga, pues, que todos los de esa casa del noviciado, se muestren agradecidos a su madre, la Santa Iglesia” (EP 3039).

Es importante también el empeño de inculturación que ha de hacer el ministerio calasancio, amando a los pueblos donde se ejerce, respetando

sus costumbres y las riquezas que tienen, y promoviendo lo más propio y singular que tienen esos pueblos y sus culturas. Sin eso tampoco hay escuela calasancia: “Al programar nuestras actividades, nos adaptamos, en cuanto es posible, a las leyes y costumbres legítimas de cada región, y buscamos ante todo que nuestra labor educativa se acomode mejor a la cultura de cada pueblo” (C 101).

7. Dónde trabajamos

Después de las muchas discusiones que ha habido en las Escuelas Pías sobre este tema, hoy son muy claras las Constituciones en este punto y a ellas tenemos que atenernos: “Respondiendo a nuestra vocación, además de la catequesis, preferentemente de enseñanza elemental y media, que constituye el fundamento de la educación popular, podemos trabajar en cualquier actividad que promueva la educación de la juventud. En las parroquias y misiones que nos han sido confiadas dedicamos especial atención, con espíritu calasancio, a la educación de la juventud” (C 99).

8. Dificultades

Indiquemos algunas dificultades que plantea este tipo paradójico de existencia. Fundamentalmente es el tema del “rol” que realizamos, que se puede considerar desde distintas perspectivas. Primera, nuestro rol crea una tensión psíquica muy fuerte y se debe tener cuidado con esto. Una de las

cosas más importantes es tener una salud psíquica sana de forma que uno pueda ser él mismo sin estar condicionado por el rol, que no necesite ser perfecto ante los demás, que pueda con toda tranquilidad manifestar sus debilidades. El hombre no puede mantener un talante de tensión moral, si no puede expresarse sin moralizar.

Otra es la dificultad a niveles afectivos. Ya hemos hablado de esto en el capítulo de la castidad. En el fondo se trata de cómo configurar la integración y los procesos humanos con la dinámica de totalización que ha de asumir profundamente la soledad. Dos criterios, uno, saber vivir a niveles diferenciados. Si puedo diferenciar mi pertenencia exclusiva a Dios de los otros niveles, donde yo puedo ser yo mismo, sin que por eso me ate a nadie. Otro, poder vivir la soledad. No sólo el estar solo, sino la soledad afectiva. En la misma medida en que uno se va dando a la misión, cada vez se abre más el abismo de la soledad.

Hay que cuidar con toda el alma la fidelidad en estos aspectos. De lo contrario la misión, el ministerio, perderá toda su riqueza y se convertirá en un trabajo que hacemos con mayor o menor intensidad, pero no alcanzará lo que ha de ser según el Señor. Por eso, el apóstol tiene que tener los ojos bien puestos en el Maestro, seguirle de corazón, amarle con toda el alma y hacer que su vida sea un obsequio a su Divina Majestad, al mismo tiempo que se entrega sin medida, en nuestro caso, a los niños y jóvenes, en especial los más desfavorecidos.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a ¿Cuál es para ti el objetivo final del ministerio escolapio?
- 2^a ¿Estás abierto a la colaboración con toda persona de buena voluntad que trabaje por un mundo mejor?
- 3^a ¿Procuras vivir cada vez más a fondo el ministerio escolapio, no importa dónde o cómo te encuentres?
- 4^a ¿Trabajas tu formación personal o la tienes abandonada?

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a ¿En qué hechos se manifiesta tu amor por los niños? ¿Tienes preferencias? ¿Es algo que te llega al corazón?
- 2^a Discernir en comunidad las dificultades que los miembros pueden encontrar en el ejercicio de su ministerio y cada uno, con la ayuda de todos, buscar soluciones.
- 3^a Explicitar en común en qué campos y en qué niños se realiza la entrega a los más necesitados.
- 4^a ¿En qué medida estás configurado por la misión?

Sugerencias para un día de oración

- 1^a Ponerse en presencia del Espíritu de Dios.

- 2^a Leer y comentar este capítulo de las Constituciones, viendo si hay fallos en la vivencia del mismo y cómo se pueden superar.
- 3^a Petición por los alumnos, sobre todo, por los que lo necesitan más.

Textos bíblicos

1Cor 12, 12 ss; Rom 12, 4 ss;

Se es fiel al ministerio:

- Si intenta la educación integral del educando.
- Si puedes colaborar con toda persona de buena voluntad que trabaje por un mundo mejor.
- Si en la pobreza y en las limitaciones se percibe la fuerza de Dios.
- Si se da testimonio con la vida y esto es más importante que la simple enseñanza.
- Si existe sintonía con los niños pobres.
- Si va totalizando poco a poco la existencia.
- Si se trabaja de manera especial por los necesitados.
- Si se consigue que las escuelas sean cada vez más populares.
- Si se colabora sinceramente con la Iglesia local.

FIDELIDAD A UNA VIDA EN PROCESO

La vida escolapia es una vida en continuo progreso, con diversas etapas. El religioso escolapio sigue al Señor, pero ese seguimiento es un camino que tiene que recorrer en el que se va haciendo persona, se va configurando como consagrado y va entrando poco a poco en la senda por la que caminó el Señor. Toda su vida es proceso. Externamente, el proceso viene marcado por las Constituciones; internamente, por la dinámica del Espíritu que guía a cada uno según sus planes. En cada etapa el escolapio tiene que ser fiel a lo que mandan las Constituciones, a su propia conciencia y al soplo del Espíritu, que es quien en definitiva guía la vida. Veamos el recorrido que debe hacer quien pide su entrada en la vida escolapia y la fidelidad que debe vivir en todo ese recorrido.

1. Primer momento: el deseo de ser escolapio

El Señor llama cuando y como quiere. El ejemplo más claro lo tenemos en el Evangelio, en la

llamada de Jesús a los discípulos. Llamó a los que quiso y lo fue haciendo según su querer. De esa misma manera brota en una persona el deseo de ser escolapio. Puede ser como el agua de un río que va llenando una presa y que en un momento determinado rompe el dique, derramándose por el valle, o puede ser una llamada como el relámpago que aparece de repente en la noche en medio de una gran tormenta. No importa el modo, pero es el momento en que una persona vive la sensación de haber sido llamada por el Señor, de que la mano del Maestro se ha posado encima de su cabeza.

La actitud de la familia escolapia ante este hecho ha de ser de recibir con alegría al que llama, y estando con él esforzarse para que la respuesta que tiene que dar sea sincera y generosa: “A los que llaman a nuestra puerta movidos por el Espíritu y deseosos de abrazar nuestra vida y ministerio, los recibimos con alegría en el seno de la Familia Escolapia. Sobre todo con el testimonio gozoso de nuestra vida nos esforzamos en conseguir que su respuesta a la llamada sea sincera y generosa” (C 104).

En este momento se requiere fidelidad a una examen serio de cuál es el motivo de la llamada, cuál el espíritu que lo guía, por qué quiere entrar en las Escuelas Pías y cuál ha sido su trayectoria hasta ese momento. Es lógico que en medio del entusiasmo del candidato, aparezcan también dudas, porque no siempre la llamada se da con claridad meridiana y cuanto más se conoce la persona, a veces más mie-

do siente de estarse engañando. Lo que es preciso examinar es la intensidad (no sensible), el origen y el sentido de la llamada, y si en el corazón persista el deseo de entrar en la vida escolapia.

2. Segundo momento: prenoviciado

Tenemos al candidato dispuesto. Pide la entrada. Calasanz que conocía muy bien a las personas, cuando alguien pedía la entrada en la Orden, al margen de examinar los impedimentos que podían imposibilitar esa entrada, pedía una prolongada prueba. El motivo indica el conocimiento que tenía de las almas: “Las tendencias torcidas que anidan en el corazón del hombre, con dificultad se diagnostican y con dificultad mayor se desarraigan. Hemos juzgado, pues, de máxima trascendencia que, tras atento examen de los impedimentos, se someta al candidato a prolongada prueba. Antes de ser incorporado a la vida común de nuestra Congregación, conviene que se le conozca profundamente por testimonio propio o ajeno: de su Maestro, de sus compañeros y amigos, y de aquellos con quienes ha tenido algún trato” (CC 16). Así legisló, así obró, aunque no siempre le dio buen resultado el empeño por tener candidatos aptos.

Quería, además, que el candidato fuera conocido por la comunidad, al mismo tiempo que él mismo conocía mejor al Instituto: “Si, puesto en oración el grupo de Padres que tienen voz en aquella casa, lo consideran guiado por el espíritu de Dios, podrá

ser admitido como huésped durante un período breve que el Superior concretará. Se percatará así del estilo de vida del Instituto y nuestros Padres lo conocerán más íntimamente en el Señor” (CC 17).

En la misma línea se conducen las Constituciones actuales. Es preciso que el candidato conozca de cerca lo que es una comunidad escolapia, que vea también de cerca las ocupaciones que entraña nuestro ministerio y que pueda, al mismo tiempo, ser también conocido por los religiosos que viven en ella. Cuanto mejor se conoce a un candidato antes de entrar, es posible que dé menos problemas después, aunque no siempre sea así. Dicen las Constituciones: “Antes del Noviciado todos los candidatos para que puedan discernir con madurez y plena conciencia si su llamamiento viene de Dios, tomen contacto con nuestra vida de comunidad y con las ocupaciones de nuestro ministerio por el tiempo que sea necesario. Durante ese período la Comunidad conoce mejor a los candidatos y, comprobadas atentamente sus fuerzas, los ayuda a abrazar con mayor seguridad nuestra vida” (C 108).

En este momento es preciso examinar los ideales del candidato. Normalmente uno se entrega a una vida que tiene carácter definitivo porque posee unos ideales que desea alcanzar. Pero puede también arrastrar aspectos pendientes de su vida pasada aún sin resolver, que debe conocer. Puede ocurrir muy bien que la fuerza de los ideales que trae retrase la satisfacción de las pulsiones y éstas no hayan sido elaboradas y que después causen problemas. O pue-

de ocurrir que tenga una autoestima frágil o bien el narcisismo de su autoimagen. Puede arrastrar relaciones de dependencia que podrían acrecentarse en la vida religiosa si no recorre un camino adecuado. Puede crecer en él la megalomanía del deseo porque se le presenta la vida consagrada como el lugar donde va a sobresalir en lo que más le llama la atención, los valores religiosos. Puede haber vivido y ser hijo de una responsabilidad más o menos rígida. Puede tener una imagen distorsionada e inmadura de Dios. Puede buscar en la vida religiosa la protección de ciertos miedos que ha ido experimentando en la vida, y esto de una manera más o menos inconsciente. Se requiere, por tanto, un discernimiento serio del candidato y de las motivaciones que le han llevado a la vida escolapia. Las que hemos citado pueden no manifestarse en un primer momento, sino aparecer poco a poco durante el tiempo de formación, por lo que tiene que haber un seguimiento espiritual y un acompañamiento muy cercano, en todo el proceso.

Por lo demás, en esta etapa se requiere una fidelidad a los idealismos sanos que le han empujado a pedir la entrada en la Orden, sabiendo el Maestro que semejantes idealismos son propios de los inicios de la vida religiosa.

3. Tercer momento: el Noviciado

- a) Para dar el paso al Noviciado se requieren algunas cualidades: “buena salud, buen temperamento y

suficientes cualidades para iniciarse en la vida propia del Instituto” (C 109). Incluso indican las Constituciones que puede ser bueno que pasen los candidatos por un perito para comprobar esas cualidades o ver si tienen algunas dificultades, sobre todo de tipo psicológico, que pueden ser de impedimento para una vida religiosa sana, protegiendo en este campo siempre la intimidad de la persona (*Ibídem*). Calasanz, por su parte legislaba que “si sometido a pruebas diversas persevera firme en su propósito, previa también en este momento la oración de la comunidad, se le puede admitir a tomar el hábito” (CC 18).

En las Escuelas Pías el Noviciado es de un año, “en casa canónica, designada por el P. General con el consentimiento de su Congregación” (C 110).

El Noviciado es un tiempo propicio para ciertas experiencias que se darán en él o en los primeros años del Juniorato. Es fácil, por una parte, que el novicio llegue a constatar, en el examen de su persona, con la ayuda del acompañamiento espiritual o del perito antes indicado, que en su vida se dan ciertos bloqueos. Por ejemplo, tener la idea de un Dios bueno pero, al mismo tiempo, desde el ángulo emocional, tener miedo al rechazo de Dios. O bien, habiendo entrado parecía una persona independiente, pero resulta que en el fondo evitaba la relación y el conflicto con la autoridad. O siente un cierto rechazo ante algunas explicaciones que se le dan en el Noviciado y

que no acaba de entender. Todo esto es normal, no tiene que preocupar, pero hay que cuidarlo.

En esta etapa lo que se requiere es fidelidad a las sugerencias del Espíritu que habla al corazón, sin idealizar este aspecto. Fidelidad a la apertura de la vida al Maestro, de manera que esta apertura le haga descansar y no engañarse en el camino que recorre. Fidelidad a la dinámica del Noviciado, sabiendo aprovechar cuanto en él se le va enseñando.

- b) Figura indispensable en el Noviciado es el P. Maestro. Las Constituciones le piden flexibilidad para acomodarse a las necesidades del momento histórico en que vivimos, que sepa interpretar los signos de los tiempos y de las personas, que cuide de cada uno de los novicios, les siga en su desarrollo y sienta como propia la situación de cada uno, y que fomente en ellos el amor a la Iglesia y a la Orden (cf. C 107). Calasanz, que indica también lo que quería del Maestro, incide en un punto de suma importancia: “Sobre un punto queremos prevenir encarecidamente al Maestro: que interprete con fino discernimiento en cada novicio su tendencia profunda o la orientación del Espíritu Santo, que enseña a los sencillos a orar con gemidos sin palabras; y así por ese mismo camino se esforzará en llevar a cada uno hasta la cumbre de la perfección” (CC 23).

Además de lo dicho por el Fundador, el Maestro ha de tener en cuenta una crisis que es impor-

tante y puede darse ya en el Noviciado, hoy más que antes porque entran al mismo personas más adultas. Y si no se da en el Noviciado ha de darse en el Juniorato. De lo contrario se presentará cuando el escolapio tenga más edad, y entonces la explosión de esta crisis puede causar mayores estragos. Es la oposición entre idealismo y realismo. El candidato ha entrado motivado por un idealismo. Lo ha ido alimentando porque un joven sin idealismos no puede volar. Lo que ocurre es que poco a poco, o a través de un hecho determinado de la vida, se da cuenta de que no puede alcanzar lo que tanto ansiaba y se encuentra con su propia realidad con la que nunca se había confrontado y que jamás había pensado que podía darse en él. El choque puede ser muy fuerte porque percibe que no existe correspondencia entre lo que ansiaba y lo que puede lograr, y hay que estar preparado para ayudar a la persona en este momento para que no se desfonde o no entre en depresión.

- c) El Maestro no está sólo en su tarea, le acompaña la comunidad formativa que constituye con los candidatos “un auténtica fraternidad, en la que todos maduran su vocación, la alimentan por la oración y el trabajo y la mantienen en la disciplina necesaria” (C 106). Hay que acertar en quienes se destinan a esa comunidad porque pueden llegar a constituir un referente para los novicios. Han de estar comprometidos con la formación,

ser ejemplos de vida evangélica, personas que inspiren confianza, a quienes los novicios puedan acudir con paz en sus dificultades y que formen un verdadero equipo con el Maestro.

- d) Los novicios han de estar preparados en todos los campos: por eso el Superior Mayor les puede conceder, con el parecer del Maestro y para completar su formación “por una o más veces un tiempo determinado para ejercer el apostolado fuera de la Comunidad del Noviciado” (C 111). Esta preparación puede ser muy provechosa siempre que no les distraiga de lo fundamental del Noviciado; el encuentro con ciertas realidades, quizás no de acuerdo con lo que se les ha ido enseñando en el Noviciado, puede crear algún desconcierto o crisis a la que ha de estar bien atento el Maestro.

Esta formación tiene que completarse con algo que deseaba el Fundador aunque el Maestro ha de saber aplicarlo a nuestro tiempo; es decir, buscar el sentido profundo de lo que deseaba el santo y traducirlo en formas más de acuerdo con el día de hoy: “Ocúpense también en quebrantar el propio querer y el propio pensar y a conllevar cuanto redunde en la negación de sí mismo; y aprendan a ser sumamente sencillos” (CC 22).

De alguna manera puede también ir apareciendo la cruz, todavía de una manera muy apropiada a la edad y momento que vive el novicio, pero que le

ha de servir para ir comprendiendo que el seguimiento de Jesús implica también esta faceta que irá haciéndose realidad más y más en la vida.

- e) Lo que deben hacer en el Noviciado lo declaran las Constituciones: “Bajo la dirección y responsabilidad del Maestro y con la colaboración de la Comunidad, el novicio se va iniciando en nuestro estilo de vida. Aprendan los novicios los elementos fundamentales de la vida religiosa y las principales etapas de la Historia de la Salvación; instrúyanse en la doctrina y ejercítense en la práctica de la oración personal y comunitaria; y participen con frecuencia en las celebraciones litúrgicas. Acostúmbrense, poco a poco, por la vivencia de los votos, a la renuncia de cuanto no pertenezca al Reino de Dios; y esfuércense en vivir en unión con Dios y en incrementar su amor al prójimo” (C 112).
- f) Y a punto de emitir los votos: “Antes de la profesión simple, el novicio hará cesión de la administración, uso y usufructo de sus bienes a favor de quien le plazca, y por todo el tiempo de los votos simples” (C 113).

Durante este tiempo el novicio ha de ser fiel a la elección que el Señor ha hecho de su persona. Esta elección no es amor arbitrario de Dios. Simplemente es que Él es así, ama por amar y escoge porque quiere; así le brota del corazón. Esto no ha de crear ninguna dificultad en el no-

vicio. Cuando se pregunta si Dios ama a todos igualmente, ha de llegar a entender que sí ama a todos, y por eso elige a algunos para que todos se enteren. Y ha de vivir la elección como amor entregado, lo que no constituye ninguna amenaza, sino todo lo contrario. Por eso, ha de ser fiel a estas realidades que le van configurando lentamente al Señor Jesús.

4. Cuarto momento: Juniorato

Cambia la vida del novicio. Da un paso adelante, está en el Juniorato, aparecen nuevas coordenadas, distintas de las del noviciado, aunque tiene que existir una línea de continuidad. No siempre es fácil dar este salto, pero hay que aprenderlo, y el Maestro de juniros tiene que acompañar sobre todo a los primerizos. Cuando se da este paso hay que hacerse tres preguntas: una, qué hago, porque han cambiado las ocupaciones, los trabajos, lo que llenaba la vida; segunda, en consecuencia, cómo lo hago, sabiendo que se trata de otras ocupaciones, hay una dinámica interna que traía que no se debe perder y que tiene que seguir alimentando la vida; tercera, desde dónde lo hago, es decir, las actitudes vitales desde las que nace el trabajo, la entrega y la situación en que se encuentra. Y hay que ser fiel a la respuesta a las preguntas formuladas. El Juniorato no puede significar la pérdida de lo mejor que se traía del Noviciado. Por eso hay que ser fiel al entronque entre Noviciado y Juniorato. Fidelidad a

lo que se ha aprendido en el Noviciado, aunque se pueda vivir de otra manera. Fidelidad cada vez más al Espíritu, porque la vida tendría que ir creciendo en esta dimensión, vida en el Espíritu. Fidelidad a lo que ocupa gran parte del Juniorato, los estudios.

El Juniorato tendría que ser la consolidación del Noviciado, asentado en la realidad de la vida normal que se va a tener en el futuro. Y en este sentido existe una fidelidad fundamental, la de la oración. Hay que vivir con sinceridad el agradecimiento, porque uno ve la pobreza de su vida y, al mismo tiempo, se da cuenta de lo mucho que ha recibido. Ve lo pecador que es, pero su confianza se apoya en Dios. A medida que pasa el tiempo se da cuenta de lo poco que se conoce, pero Dios le va haciendo entrar en la realidad de lo que es. Y después de todo se abandona a la misericordia de Dios. La fidelidad a todo ello le introduce en un camino que ha de ir intensificando y en el que Dios se le irá dando cada vez más.

Sobre los estudios que deben hacer en el Juniorato puede verse el n. 114.

5. Quinto momento: hacia la profesión solemne

Se requieren al menos seis años de votos simples. Puede prolongarse este tiempo hasta los nueve a juicio del Superior Mayor, y se requiere "autorización del P. General, con el consentimiento de su Consejo, para reducirlo a menos de seis, salvo siempre el trienio canónico" (C 115).

En este tiempo hay que cuidar la fidelidad al proceso que se ha ido viviendo anteriormente. Fidelidad a los votos simples que se emitieron, con el examen de la vivencia de los mismos para ver si desde la perspectiva humana tiene la capacidad de vivirlos (la vivencia en su plenitud no es fruto de ningún voluntarismo, sino gracia del Señor), y la fidelidad al amor a la Orden.

Es hermoso lo que piden las Constituciones a quien va a emitir la profesión solemne: “Transcurrido el tiempo de la profesión simple, el religioso declarará, por escrito, su propósito de hacer libremente la opción de vivir en la Orden por toda la vida, en el lugar y oficio a que los Superiores le destinen para gloria de Dios y utilidad del prójimo. Haga entonces la profesión solemne, precedida de un tiempo de retiro y oración” (C 116).

6. Sexto momento: la profesión solemne

El texto de la profesión es un bello texto que sigue las pautas del que escribió Calasanz, con pequeños cambios introducidos posteriormente. Lo que se expresa es que se quiere profesar para seguir más de cerca a Jesús y para ello se emiten cuatro votos, los tres tradicionales en las Órdenes y Congregaciones religiosas, y un cuarto, propio de las Escuelas Pías. Y todo ello se hace con libertad y de todo corazón. Los votos se hacen a la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Las nuevas Constituciones ponen este acto tan importante bajo la protección de la Virgen

y de nuestro Santo Padre. Es, pues, el momento de la donación total a Dios en la vida consagrada. Es el “para siempre” al que en nuestro mundo se tiene tanto miedo y se afirma incluso que es imposible ser fiel de esa manera. El religioso sabe que sí, que se puede vivir, sin duda no por las propias fuerzas, sino por la gracia misericordiosa de Dios, que si llama, da también las fuerzas para vivir a lo que llama.

Desde este momento hay que ser fiel a lo prometido. Y esto no como una realidad estática, sino como un camino, un proceso que terminará con la propia vida.

7. Séptimo momento: la formación permanente, la vida entera

Dicen las Constituciones: “Todos nuestros religiosos, terminado el plan de estudios prescrito, deben proseguir su formación permanente con la ayuda de la Comunidad, para cumplir dignamente con las exigencias siempre nuevas de nuestra vocación y ministerio. Los Superiores Mayores, de acuerdo con los religiosos, deben compaginar las cosas de modo que todos dispongan del tiempo necesario y de programas convenientes para mantenerse al día en punto a formación” (C 120).

Empieza la fase de la vida que seguirá hasta el final de la existencia. El número insiste en la formación permanente. Nosotros vamos a insistir en tres elementos fundamentales para este tiempo.

Primero, la vida ha de ser ya simple seguimiento de

Jesús. Para ello es preciso una conciencia vivida y clara de que lo importante no es la conducta, sino desde dónde la miramos. No es importante si uno reza, sino desde dónde reza; o si es casto, sino por qué lo es; o si se dedica al ministerio, sino las expectativas que tiene de esa entrega al mismo. Ha de adquirir poco a poco la capacidad de darse cuenta de que las cosas cambian de signo cuando se las mira con ojos de Dios, como lo hacía el Maestro. Lo negativo si se mira con ojos humanos, es positivo cuando se mira desde Él. A medida que uno va caminando y va experimentando su propio pecado, tiene también la experiencia de que puede dar gracias por todo, incluso por el propio pecado, no por haber pecado, sino porque en él es donde se manifiesta y experimenta la salvación de Dios. Y así uno vive una paz, que no es suya, pero que le llega hasta lo más íntimo de su ser, y comprende no sólo con la cabeza, sino con el corazón, que lo mejor de la libertad está en entregársela a Dios.

Por otra parte, su vida va a tener ya para siempre un elemento fundamental, el trabajo por el Reino. Y aquí ha de considerar algunos aspectos para no engañarse o no caer en la depresión. No tiene que hacerse ilusiones sobre el resultado de su trabajo; el Reino se manifiesta con frecuencia en la debilidad y aparente fracaso. Por eso uno no ha de vivir de sus deseos, aspiraciones o ideales, sino de aquellos que encarnen la voluntad del Padre, voluntad que se manifiesta de muchas maneras. Por eso, no se han de buscar éxitos fáciles, porque pueden ser una simple

trampa y no manifestación del Reino. Hay que vigilar las motivaciones del corazón, porque es lo mejor que tenemos, lo que se ha entregado al Señor y a él le pertenece. Habrá que ser pacientes con la fuerza del mal y estar dispuestos a no ser comprendidos.

Otro aspecto es la relación afectiva con Jesús, que es el todo de la vida. Por eso, hay que vivir esa relación porque Jesús es el Don incomparable del Padre. Con él hay que tener amor de obediencia, sabiendo que no existe mayor libertad que obedecerle. Se debe comprender que esa relación se alimenta con el señorío de su amor y, por tanto, que todo depende de su iniciativa, a la que nos sometemos completamente. Jesús es el todo de la vida, camino, verdad y vida, pan que nos alimenta, sed que sacia nuestra sed, luz que ilumina nuestros caminos tantas veces oscuros y resurrección en la que creemos y esperamos recibirla un día. Sin Él nada podemos y en Él reposa nuestra existencia. Por eso, hay que ser fiel al Señor, a la forma de vida que Él escogió para sí y a la que nos llamó como gracia de su amor, a los susurros que con su Espíritu llegan a nuestro corazón. Hay que serle fiel hasta la muerte.

Preguntas para la reflexión personal

- 1^a ¿Trabajas a tu manera para discernir la vocación escolapia en alguno de tus alumnos?
- 2^a ¿Qué piensas sobre el tema de nuestros noviciados? ¿Te convencen como están montados?

- 3^a ¿Has pasado tú la crisis del realismo que te ha hecho enfrentarte con lo que eres de verdad y dejar los idealismos que trajiste al entrar en la vida religiosa?
- 4^a Haz un recorrido de lo que ha sido tu oración desde los tiempos del Noviciado. Piensa si es conforme a la voluntad del Señor.

Sugerencias para un discernimiento comunitario

- 1^a ¿Se preocupa la comunidad de las vocaciones que pueden nacer en el colegio?
- 2^a ¿Qué cualidades cree tu comunidad o tú que deben poseer quienes piden la entrada al Noviciado para que su desarrollo sea el conveniente para la vida escolapia?
- 3^a Examina lo que dice el n. 116 de las Constituciones y mira si tienes alguna dificultad en torno a lo que allí se dice.
- 4^a ¿Qué fidelidad de vida tienes al Señor?

Sugerencias para un día de oración

- 1^a Oración común ante el Señor.
- 2^a Dialogar sobre el tema de las vocaciones y los diferentes pasos que deben dar hasta la entrada en la vida normal de un escolapio. Ver dificultades que pueden aparecer, cómo trabajar, lo que hace la comunidad, lo que tendría que hacer. Estudiar casos conocidos.
- 3^a Orar por las vocaciones.

Textos bíblicos

Mt 9, 38; Jn 1, 35-51.

Se es fiel a la formación permanente:

- Si se hace de la vida un camino de progreso constante.
- Si se examina con esmero al candidato antes de entrar.
- Si el Noviciado es tiempo de reflexión sobre los motivos de entrada y los bloqueos que puede tener un candidato.
- Si se atiende a la crisis de realismo que ha de aparecer en la vida y es preciso resolverla bien.
- Si se cuida la elección de la comunidad formativa que acompaña al Maestro de novicios.
- Si el Juniorato no echa por tierra los elementos fundamentales aprendidos en el Noviciado.
- Si se tiene los ojos de Dios para vivir las realidades de la vida diaria.
- Si se vive que lo importante no es el fruto del trabajo, sino el corazón que se entrega en el duro trabajo.
- Si no se buscan los éxitos fáciles, sino la voluntad de Dios.
- Si se permanece diariamente fiel al amor a Dios.
- Si se preocupa uno por leer y prepararse cada vez mejor en lo que enseña.

